



# Confesiones

Laura Barcali

# CONFESIONES

-Laura Barcali-

ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

©Confesiones 2018

©Laura Bartolomé Carpena 2018

[doriannelor@gmail.com](mailto:doriannelor@gmail.com)

Autoedición de Laura Bartolomé Carpena. No existen derechos cedidos a terceros.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización escrita de los titulares del ©, bajo las sanciones que establece la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

El contenido de este relato es ficción. Algunas referencias están relacionadas con hechos históricos o lugares existentes, pero los personajes, localizaciones e incidentes son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia.

## **Capítulo 1**

La lluvia mojó los cabellos oscuros de Lorena, así como su ropa y zapatos, al salir de la estación de tren. No cogió ningún paraguas al irse de su casa en Madrid, ni tampoco gran cosa dadas las circunstancias de su marcha. En cualquier caso, no podía saber que en Zamora estaría lloviendo tanto, cosa que descubrió al llegar a la provincia.

La mujer nunca pensó que su vida hubiera llegado a ese punto, el de tocar fondo de aquella manera, ni haberse dejado manipular por su marido tantos años. No aguantó más y tuvo que dejar su vida atrás, aprovechando que él se había marchado de viaje de negocios.

Tras coger un taxi que la acercara a su destino final, se bajó del vehículo empapándose completamente, pues el aguacero que estaba cayendo era importante. Dada la oscuridad de la noche, pisó un charco profundo que le llegó hasta media pierna y el bolso se le cayó dentro. Agobiada, Lorena lo sacó chorreando y perdió el zapato en el proceso. No miró atrás y continuó hacia delante con lágrimas en los ojos. Ya estaba llegando a donde quería; un colegio femenino, interno, católico y de pago, en el cual trabajaba su padre como bedel desde hacía veinte años. Le quedaban días para jubilarse y no le había dicho que iba a verlo, pero no tenía a nadie más ni tiempo que perder. Su madre murió tres años antes y era hija única. Carecía de amigos porque su marido bien se había encargado de aislarla durante años.

Era casi media noche, sabía que no eran horas de aparecer por allí, pero ¿qué otra cosa podía hacer en aquellos momentos?

Lorena se apartó el pelo húmedo de la cara y secó los ojos como buenamente pudo. Llamó al timbre de la puerta lateral con mano temblorosa y muerta de frío. Tuvo que hacerlo varias veces pues no abrió nadie.

La lluvia se intensificó y la mujer no supo qué más hacer. Todas las luces estaban apagadas y la zona en silencio. No pudo llamar a su padre, o a otro taxi, tras comprobar que el iPhone de última generación estaba inutilizado por el agua. Lo mínimo que cogería Lorena sería una buena pulmonía.

Acabó sentada en las escaleras llorando de pura desesperación, cuando la puerta se abrió a su espalda. Un hombre en pijama asomó y se quedó mirándola sorprendido.

—¡Hola! Soy la hija de José. Necesito hablar con mi padre. —El hombre la observó de arriba abajo con expresión de cierto desprecio que no pasó desapercibida para Lorena, aunque no estaba en situación de ofenderse.

—Pase. —Dejó que entrara con expresión hastiada.

—Siento las horas, siento...

—Espere aquí, ahora llamo al Sr. Pérez —le cortó sin más.

A Lorena le pareció que el tipo estaba muy molesto. Pero en vez de hacerle sentir peor, le enfadó su actitud por la falta de empatía.

Unos cinco minutos más tarde apareció José, el padre de Lorena, corriendo por un pasillo poco iluminado.

—¡Hija! —La cogió de los brazos sin entender qué hacía allí—. ¿Qué te ha pasado?

—Me caí en un charco, papá.

—Ven, vamos a la enfermería.

—¿A la enfermería? Bueno, preferiría secarme y...

—¿No ves que te está sangrando la pierna? —La mujer ni se había percatado, pero su progenitor tenía razón.

Ya en la estancia, José anduvo buscando alcohol y yodo, a parte de un apósito para curar el rasguño de su hija, justo en la rodilla.

—Quítate la chaqueta, estás empapada. Te daré un paracetamol por si acaso. —Le tendió un vaso con agua y una pastilla—. ¿Se puede saber por qué no me has llamado? ¿Qué ha pasado? ¿Y Raúl? —la acribilló a preguntas.

—Papá... yo... Raúl... ay, escuece. —Andrés aplicó el alcohol a la herida y luego el yodo y el apósito.

—¿Os habéis peleado?

—Algo así... —No era tan sencillo de explicar, por desgracia—. Papá, necesito que me ayudes y que no le digas que estoy aquí si te llama. Por favor... Mañana te lo explicaré todo... —Su padre la miró seriamente y asintió sin hacer más preguntas. Eso alivió a su hija por el momento.

—Te voy a llevar a una de las habitaciones que han quedado libres. Allí hay toallas y mantas. ¿No traes más ropa?

—No... —Andrés comenzó a entender la gravedad del asunto. Algo muy fuerte tenía que haber pasado entre su hija y su yerno para que ella viajase doscientos kilómetros hasta allí sin equipaje y sin decirle nada.

—Bueno, te traeré una camiseta, un pijama y unos calcetines. ¡Estás helada! —apuntó.

—Gracias, papá... —se le llenaron los ojos de lágrimas al sentirse protegida.

José ubicó a su hija en una habitación unipersonal y pequeña que perteneció a una antigua alumna. Aún quedaban algunas cosas de ella. Cuando el hombre volvió con algo de ropa, Lorena le preguntó:

—¿No está la chica? —El hombre puso cara triste y luego sonrió.

—No, no volverá. Ya no está en el colegio...

—Oh, gracias —dijo ella al tenderle su padre el pijama.

—Duerme. Mañana yo te despertaré, no te preocupes por nada.

—Gracias, papá... Siento haberme presentado así.

—Lo que importa es que estés bien. Buenas noches...

—Buenas noches... —Y el hombre se fue dejándola sola.

Lorena se cambió de ropa rápidamente, muerta de frío. Al quitarse el sujetador y las bragas vio las marcas, los dedos de su marido bien marcados y recordó, con un escalofrío, lo sucedido esa misma tarde. No quiso pensar más y se secó el pelo con la toalla, se puso el pijama que le quedaba enorme y se metió rápidamente en la cama tapándose hasta las orejas. Estaba a salvo, a salvo de Raúl. Allí no podría encontrarla.

Ajeno a todo esto, el padre Adrien se había quedado en la rectoría tras avisar a Don José, ya que la compartían, y se metió de nuevo en la cama.

Estaba casi dormido cuando escuchó el timbre de la puerta lateral. Algo dentro de él le dijo que no se levantara, pero la insistencia de quien fuera lo hizo ponerse en pie del mal humor.

Encontrarse con una mujer bañada, de pies a cabeza, le dejó sorprendido y desconcertado. La hija de Don José había sido inoportuna. Sin embargo, le

preocupó que algo grave le hubiera sucedido, sin zapato, con la rodilla sangrando y el bolso convertido en piscina.

Ya averiguaría que había pasado para que apareciera buscando a su padre con tanta desesperación. Al menos él la atendería en condiciones.

Por lo tanto, Adrien pudo irse a dormir tranquilo a pesar de la despacible madrugada.

## Capítulo 2

Tras una noche de sueño profundo, Lorena abrió lentamente los ojos con las legañas pegadas. Tosió con un dolor en el pecho: fue inevitable enfermarse después de darse una buena ducha de lluvia fría.

Se frotó las legañas mientras se dirigió al baño. La imagen del espejo le devolvió una mujer con muy mal aspecto.

—Joder... —musitó de mala gana.

Abrió el agua caliente de la ducha y cuando esta salió se metió dentro tras desprenderse del pijama de su padre.

—Esto tendría que haber hecho anoche... —bostezó bajo el agua.

Cogió el champú y el gel que debieron de ser de la chica que ya no ocupaba la habitación.

Se quedó una media hora bajo la ducha, para relajar los músculos agarrotados, evitando abrir los ojos y verse las marcas en la piel. No podía alargar más la sesión y salió buscando alguna toalla. Se secó a conciencia cuerpo y cabellos y luego fue hasta su bolso. Este seguía empapado, aunque había sacado todas las cosas y algunas ya estaban secas, como su cartera. La ropa, por otra parte, se había secado del todo.

—Lo que no tengo son zapatos... Bueno, un zapato... El otro debe seguir en el charco.

Bufó mientras intentaba encender el iPhone sin resultados. Ya estaba seco, pero probablemente se había estropeado.

—Al menos Raúl no podrá encontrarme si este trasto no funciona. No hay mal que por bien no venga. O eso dicen... —Se le resbaló de las manos y fue a parar al suelo, al recogerlo vio una zapatilla de ir por casa. Un poco más al fondo, bajo la cama, estaba la otra. Le venían un poco pequeñas. Sin embargo, ya era más que un solo zapato húmedo.

Mientras se peinaba le extrañó que estuvieran allí las zapatillas y también utensilios de aseo personal. Se levantó para examinar el armario y encontró colgado un uniforme planchado y un chándal con el escudo de la escuela. En el

cajón quedaban algunas prendas íntimas, que le hubieran venido muy bien pero que no se atrevió a tocar.

—Se habrá ido hace muy poco, entonces... —dedujo. Encogió los hombros y no le dio mayor importancia al asunto.

Unos toques en la puerta la sacaron de su ensimismamiento y se dispuso a abrir.

—Papá... —Este entró con cierto sigilo y una bolsa en las manos.

—Te traigo algo de ropa y unos zapatos. Vístete y bajaremos a las cocinas; tendrás hambre.

—Vale... —Su padre esperó fuera mientras se ponía una chaquetilla gris y un calzado austero. Seguidamente salió.

—Vamos, hija. Debes de estar hambrienta.

Lo cierto fue que Lorena no había comido nada en casi todo un día. El estómago se le pegó a la espalda de tal forma que le resultó imposible probar bocado. Pero el hecho de estar en un lugar seguro abrió su apetito.

Caminaron por los largos pasillos del edificio, los cuales ella ya conocía de anteriores visitas a sus padres, ya que ambos trabajaban allí hasta que su madre falleció. Al principio, cuando ella era adolescente, no estaban interinos. Pero cuando marchó a Madrid para ir a la Universidad a estudiar psicología, ellos decidieron ir a vivir al colegio católico. No es que Lorena acudiera en muchas ocasiones ya que, tras acabar la carrera, no volvió a Zamora más que de visita. Su marido se curó bien de aislarla de forma que apenas vio a sus padres unas pocas veces en los años posteriores a su enlace matrimonial.

—Ahora las alumnas están todas en clase.

—¿Sigue estando la misma Madre Superiora?

—Sí...

—Pfff —bufó.

Siempre le había parecido una grandísima hija de puta que miraba a todo el mundo por encima del hombro, incluidos a sus padres. La familia de Lorena era sencilla, amable y de estatus social medio. Aquella escuela católica concertada de pago era para niñas y jóvenes de gente con mucho dinero. Eso la salvó de entrar a estudiar allí cuando terminó primaria.

—Bueno, bueno, ya sé que no la soportas, pero he hablado con ella y no tiene problema de que te quedes unos días.

—Oh, qué buena monja —dijo en tono sarcástico.

—Lorena, por favor, que ya tienes 35 años —esta no comentó nada más tras haber sido reprendida.

Entraron en la cocina donde ya se estaba preparando la comida del día para las alumnas. Allí no solo el personal estaba compuesto de monjas, sino que también trabajaban personas no pertenecientes al clero. La mujer reconoció a varias de las monjas, pero a nadie externo. Su padre le tendió un plato de cereales con leche, un vaso con zumo de naranja y un par de tostadas para que se sirviera ella misma.

—Sé que ya no eres una niña, pero te veo muy desmejorada y demasiado delgada.

Lorena se limitó a desayunar sin responder.

—Buenos días, Don José —una voz masculina, con cierta sonoridad francesa, se escuchó a espaldas de la mujer.

—Buenos días, Padre Adrien. —Lorena tosió un poco antes de darse la vuelta para saludar también al desconocido clérigo. Se esperaba encontrar a un hombre más mayor y bastante menos agraciado, resultando ser el de la noche anterior.

—Buenos días, señorita...

—Mi hija se llama Lorena, padre.

Este la miró con seriedad, con evidente desagrado, tras sus gafas de montura metálica, fijándose en ella mejor. No era muy alta, de pelo castaño oscuro algo ondulado y ojos verdes oliva. La encontró demasiado delgada.

—Nos conocimos ayer, sí... A horas intempestivas —dijo con total sinceridad.

Ella quiso abrir la boca para reprocharle el comentario, aunque su padre no se lo permitió poniéndole la mano sobre el hombro; estaba claro que la conocía muy bien.

—Mi hija lo lamenta muchísimo, padre, fueron las circunstancias...

—¿Y qué circunstancias son esas? —Adrien observó a la mujer con sus ojos de un azul frío, intentando saciar la curiosidad.

—Pues es un asunto familiar, padre Adrien —contestó ella secamente, remarcando la última palabra.

—¿Ha hablado con la Madre Superiora? —El sacerdote cambió de tema como si olvidara que ella estaba allí, dirigiéndose a José.

—Sí, ya está todo hablado.

—Bien. Tengo que irme. Buenos días —se despidió.

—Buenos días —contestó el hombre mayor.

Adrien se marchó rápidamente a las cocinas.

—Menudo cap...

—¡TSH! Hija, por favor.

—Perdona, papá, pero ¿has visto cómo me ha mirado?

—Bueno, bueno, serán imaginaciones tuyas. Termina el desayuno. Bajaremos al centro a comprar algo de ropa para ti.

—¿Y este quién es?

—El director de la escuela.

—No es de aquí.

—Es medio francés, nacido en España. Solo es unos años mayor que tú.

El hombre no llegaría a los cuarenta todavía, aunque sus cabellos ya comenzaban a estar canosos. Era alto y bien proporcionado, de facciones atractivas. Por lo demás le pareció a Lorena un individuo igualito que la Madre Superiora, de esos que miraban por encima del hombro de forma despectiva.

No soportaba al clero y se consideraba atea, pero en aquellos momentos no disponía de otras opciones. Aquello era mejor que volver al lado del hombre que había sobrepasado los límites. Porque por mucho que fuese su marido, la había violado.

### Capítulo 3

—¿Me vas a contar qué ha pasado? —le preguntó José a su hija mientras paseaban por el centro de Zamora en busca de ropa y calzado.

—Raúl y yo estamos pasando un mal momento... —se excusó.

—¿Te crees que tu padre nació ayer? Ha tenido que ser grave.

—Está bien, papá, voy a pedirle el divorcio.

—¿Por qué algo tan drástico?

Lorena no le podía contar a su padre toda la verdad.

—Diferencias irreconciliables.

—¿Cuáles?

—Son cosas nuestras, de pareja. Solo te puedo decir que ahora mismo quiero estar alejada de él todo lo posible, y te pido que, si se pone en contacto contigo, le digas que me he ido de viaje fuera de España. A Londres, por ejemplo.

—¿Te ha puesto los cuernos?

—No. Bueno, no lo sé... Pero no es por eso.

José suspiró y negó con la cabeza.

—Está bien. No haré más preguntas dado que no quieres contarme nada.

—Te lo agradezco, papá.

Sin embargo, el hombre se quedó con la mosca detrás de la oreja.

—Vaya, han puesto muchas franquicias importantes desde la última vez que pasé por aquí.

—No vamos a ser solo románicos para siempre.

—Qué exagerado.

Entraron en una de las cadenas de ropa más importantes de España y Lorena eligió algunos conjuntos básicos. Cuando fue a pagar con la tarjeta se

dio cuenta de que Raúl tenía acceso a sus cuentas y vería movimientos desde Zamora.

—Papá, ¿llevas dinero? Ayer se mojó y creo que no va —puso de excusa.

—Claro, hija, faltaría más.

Pagó y salieron de vuelta al colegio.

Lorena tenía más de 5000 € en la cuenta, suficiente para buscarse un piso, contactar con un abogado y empezar de cero. Pero no lo podía sacar sin que Raúl se enterara. Así que fue como no tener ni un “duro”.

“Tenía que haber sido más lista y sacarlo todo en Madrid”, se dijo, desesperada.

—Volvamos ya, si no te importa, tengo trabajo que hacer antes de la jubilación —le informó su padre—. Debo dejarlo todo preparado para cuando llegue mi sustituto.

Lorena vio la luz de pronto, aunque fue una idea a la desesperada.

—Papá, ¿y ya tienen a alguien? —preguntó nerviosa.

—No. Han hecho algunas entrevistas, pero me consta que a la Madre Superiora y al padre Adrien no les han convencido los candidatos.

—Y si... ¿Y si les pido una entrevista?

—¿Tú? ¿En serio? Hija, estás trastocada. ¡Si me acuerdo de las ganas que tenías de alejarte de cualquier tema religioso!

—Bueno, he de buscar un trabajo. ¿Qué tiene de malo este?

—¿Y para qué te pagamos tu madre y yo la carrera de psicología? —Aquello fue un golpe bajo para la mujer.

—Sabes que no he ejercido... —le tembló la boca al decirlo.

—Vale, hija...

—¿Tan mal te parece que sea bedel?

—¡No! Dios me libre. Es un trabajo tan digno como cualquier otro. Pero no te veo...

—¿No me ves capacitada para aprender?

—No he dicho eso. Es que buscan otro perfil.

—Sin tu apoyo desde luego que no seré el perfil.

—Yo te apoyo, pero luego no despatriques si no te lo dan —le advirtió.

—Gracias, papá —lo besó efusivamente porque sabía que no le gustaba nada.

Llegaron al colegio y Lorena se fue a la habitación designada para probarse la ropa.

—Tal vez no estoy tan gorda —se dijo al mirarse al espejo.

Recordó una noche en la que Raúl y ella iban a salir con unos amigos. Se había arreglado especialmente para agradar a su marido, comprándose un vestido que le quedaba como un guante, talla S.

La decepción llegó cuando él la vio.

“—Estás horrible. Quítate eso, es de gordas. Comes como una cerda y así estás. Se te nota toda la grasa.”

Y así cada vez con más frecuencia, minando su autoestima año tras año.

Unos toques en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—Adelante.

—Hija, me ha dicho el padre Adrien que OK a la entrevista. Así que vamos.

—¿Ahora? Pero si no he podido ni prepararme.

—Ahora o nunca —apostilló.

—Vale, bien, vamos allá.

Se puso los zapatos nuevos y acompañó a su padre hasta el despacho de dirección, en la planta de abajo, pasando ya a solas. Se encontró al hombre sentado tras su mesa y a la “agradable” Madre Superiora aposentada en una de las sillas, mirándola de arriba abajo como si tuviera un escáner en los ojos.

—Buenos días —los saludó.

—Por favor, siéntese —le indicó él.

—Vaya, Lorena, cuántos años desde la última vez.

—Así es, señora, ya unos cuantos. —Lorena pensó que tenía la misma cara

de amargada que de costumbre.

—Te veo desmejorada —apuntó la monja.

—He dormido poco y mal, me temo.

—Me refiero en general.

“Qué hija de puta”. Pensó Lorena sin perder la sonrisa.

—Su padre nos ha comentado que quiere presentar su candidatura a bedel del centro —las cortó Adrien al notar la tensión entre ellas.

—Así es.

La Madre Superiora ya le había hablado mal de ella, informándole de su ateísmo y falta de educación y saber estar. Pero a él no le pareció que fuera maleducada. Y, en cuanto ser atea, para las funciones que tenía que realizar aquello era irrelevante.

—¿Dispone de currículum?

—Ha sido toda tan repentino, que me temo que no me ha dado tiempo, lo lamento.

—Esta tarde nos íbamos a reunir la Madre Superiora y yo para deliberar, pues necesitamos con urgencia que un nuevo bedel se incorpore y que su padre le enseñe. Así que cuéntenos sobre usted.

—Tengo 35 años, soy zamorana de nacimiento. Estudié psicología en la Complutense de Madrid y sé inglés.

—¿Sabe algo de gestión de centros?

—No.

—¿Ha ejercido muchos años la psicología? —Lorena enrojeció de vergüenza.

—No he llegado a ejercer más que haciendo prácticas al terminar la carrera... Me casé poco después y no me hizo falta trabajar... —Se sintió morir al oír algo tan patético salir de sus labios, fue como insultar a los millones de mujeres que luchaban por sus derechos.

—¿Y su marido?

—Nos hemos divorciado —mintió.

El padre Adrien siguió con la expresión de indiferencia que le caracterizaba, pero la monja soltó un bufido.

—Imagino que no tiene hijos, su padre jamás me ha hablado de nietos.

—No, no tengo.

Lorena se sintió algo mal, pues era estéril.

—Entonces, actualmente, es usted libre para trabajar aquí.

—Sí —afirmó.

—Bien, señorita Pérez, muchas gracias por venir. No es el perfil que buscamos ya que... —comenzó a decir Adrien.

—Pero... —replicó algo desesperada.

—Ya que buscamos un hombre, con cierta experiencia —terminó de explicar él—. No es nada personal contra usted. De hecho, le permitimos quedarse aquí hasta que su padre se jubile si así lo necesita.

—¿Un hombre en un colegio de señoritas? —fue lo único que atinó a decir, estupefacta—. Discúlpeme, pero me parece una locura. Yo no metería a mi hija aquí sabiendo eso.

—Su padre lleva aquí toda la vida —replicó Adrien.

—Sí. Sin embargo, trabajaba con mi madre, que imagino usted no llegó a conocer —se lamentó Lorena—. Y obviamente mi padre no es un hombre interesado en menores guapas en plena la edad del pavo. Déjenme adivinarlo; se han presentado multitud de hombres sin ningún tipo de experiencia. Y por lo pocos currículums que tienen ahí seleccionados —los señaló mientras lo decía—, no había mucho donde elegir.

Adrien escuchó con atención.

—Puede que experiencia yo no tenga, pero he visto trabajar a mis padres. Quién mejor que yo para que se me enseñe el oficio. No hay nadie en este mundo que respete más a mi padre que yo. Además, como mujer que soy, no suscitaré malos pensamientos en el entorno de las chiquillas.

—Pero... —fue a replicar la oronda monja. Sin embargo, Lorena la interrumpió deliberadamente.

—No tengo responsabilidades ni cargas familiares.

—No da buen ejemplo estando divorciada —le soltó ella, airada.

—¿Cuántas de las niñas tiene padres divorciados? Quién mejor que yo para entender lo que sienten. Y tengo mi título de psicología y puedo ayudar a mediar en cualquier problema que se presente.

—Bien, señorita Pérez. Gracias de nuevo por exponer su candidatura. Ahora tenemos que hablar la Madre Superiora y yo —el padre Adrien dio por zanjada la conversación.

—Por supuesto, muchas gracias por escucharme y atenderme. —Lorena se levantó de la silla y salió con el alma por los suelos.

La Madre Superiora se echó unas risas despectivas.

—No está bien reírse de ella —la reprendió Adrien, que ojeó los cuatro currículums que tenía en la mesa, pensativo.

—¿No lo estará considerando de verdad?

Él no contestó, solo recordó la desesperación de ella por quedarse allí.

—Con lo buen hombre que es don José, no entiendo por qué su hija ha salido así.

—¿Así cómo? Yo no he visto que sea como usted me dice.

—Dará problemas, ya se lo digo yo, padre.

Adrien dejó los currículums sobre la mesa y se mesó el cabello hacia un lado.

—Ya veremos...

Lorena se lamentó en silencio mientras caminaba por el pasillo. José la esperaba sentado en su despachito.

—¿Cómo ha ido? —indagó.

—Peor que mal; fatal. Catastrófico. Fin del mundo conocido —dramatizó.

—Pero ¿qué les has dicho?

—Mendigarles el trabajo. Para colmo, esa mujer me tiene inquina.

—El padre Adrien es más cabal.

—No sé, parece un robot. Siempre con las mismas dos expresiones. Pasa

de cara de palo a la de asco y viceversa.

—¿Te ha puesto la de asco?

—No, la de palo.

—Eso es bueno, hay posibilidades.

—Qué va —bufó—, he tenido una actuación lamentable. Raúl, tenía razón...

—¿En qué?

Lorena se quedó callada al darse cuenta de lo que había expresado. Su marido siempre le decía que no valía para trabajar porque era una inútil.

—Nada, papá.

—Ven, vamos a comer. Hoy lo haremos en el comedor y así conocerás a los profesores y el personal.

Antes de eso, José le enseñó a su hija las distintas zonas, que algo habían cambiado desde la última visita de esta, años atrás.

—A las ocho es el desayuno. A las dos de la tarde la comida. Y para las internas, la cena es a las nueve de la noche.

Se cruzaron diversas estudiantes, algunas los saludaron y otras no.

—Qué maleducadas —advirtió la mujer.

—Tiene que haber de todo en la viña del señor. ¿O no te acuerdas cómo eras tú de borde a su edad?

—Oh, gracias por recordármelo, papá.

—Mi trabajo consiste en que todo funcione perfectamente. Me levanto a las seis de la mañana. En ocasiones ayudo en cocina, limpio y hago arreglillos. Gestiono bastantes cosas.

Mientras le contaba sus quehaceres diarios, llegaron al comedor, donde había un jaleo tremendo con muchas voces hablando a la vez.

—Menudo caos.

—Son niñas, es natural. Ven, comeremos con el profesorado.

Antes de eso, se hicieron con las bandejas del menú; escalope con patatas y

una ensalada, tras lo cual se acercaron a las mesas donde los profesores comían departiendo sobre diversos temas.

—¡Hola! —saludó el hombre.

Todos le devolvieron el saludo con evidente alegría, pues José era muy apreciado.

—Esta es mi hija Lorena, que está de visita.

Le dieron la bienvenida y, tras ello, la invitaron a sentarse.

Entre los profesores había diversas monjas y maestros laicos. A Lorena le llamó la atención en particular un atractivo profesor llamado Lorenzo.

—¿Qué te trae por aquí, Lorena? —le preguntó este tras presentarse.

—He venido, en principio, a visitar a mi padre antes de que se jubile —inventó a la marcha.

—Encantado de conocerte, entonces. —Lorenzo desplegó su sonrisa seductora, de dentadura perfecta.

—Lo mis digo. ¿Eres interno?

—No, no... Vivo en mi propio piso por la zona de las Tres Cruces. ¿Y tú vives aquí o...?

—Oh, no, resido en Madrid... Me acabo de divorciar... —comentó—. Es muy posible que me instale en Zamora.

—Vaya, lamento lo del divorcio.

—No te preocupes, estoy mucho mejor ahora —le sonrió.

Por vez primera, en mucho tiempo, Lorena sintió un gusanillo en su estómago al verse libre y charlando con otro hombre.

—¿De qué das clases?

—El tostón de las matemáticas. ¡Aunque a mí me encantan! Pero mis alumnas no opinan igual, mucho me temo —bromeó.

—¡Quién lo diría!

—Se puede ser sexy e impartir matemáticas —volvió a sonreír—. ¿Y tú a qué te dedicas?

—A la psicología...

No fue mentira, pero tampoco verdad. En cualquier caso, quedaba bien delante de él.

De pronto, el padre Adrien se acercó a la mesa de profesores y todos se callaron de golpe. Imponía respeto, no cabía duda. Miró a Lorena con su cara de palo.

—Señorita Pérez, el puesto de bedel es suyo.

En aquellos momentos, Lorena no supo si alegrarse o morir de pura vergüenza, deseando que la tierra la tragase allí mismo, o el infierno.

—Gracias...

El director hizo un gesto con la cabeza y se marchó, algo azorado ante la mirada de ella, entre vergüenza y sorpresa.

—Por lo que oigo, vamos a vernos a menudo —Lorenzo sonrió encantado y visiblemente divertido al ver la expresión de la mujer.

—Eso parece...

—¿Ves? Te lo dije, hija.

—Sí, papá... —Pero no supo si había sido buena idea, porque levantarse a las seis de la mañana no entraba en sus planes.

Adrien supo que había hecho una locura movido por un impulso más que por la razón, desoyendo a su mano derecha en la dirección del colegio. Por primera vez sintió interés es conocer a una mujer que no fuera del clero, aunque aquello acabara siendo una temeridad por su parte.

## Capítulo 4

Tan solo un día después, Lorena firmó el contrato, con sus quince días correspondiente de prueba. A su padre solo le quedaban tres semanas para cumplir sesenta y cinco años y jubilarse tras toda una vida trabajando. Ya se había buscado un piso y tenía pensado hacer el Camino de Santiago en cuanto pudiese.

Aquel día aún tenía libre, por lo que la mujer se fue a hacer gestiones, como abrir una nueva cuenta en otro banco y comprarse un móvil sencillo, con otro número de teléfono. Cosas que su marido no podría controlar. Accedió a sus redes sociales y las borró todas, sin contactar previamente con ninguna amiga, pues todas eran las parejas de las amistades de su marido.

Se sentó en un banco, cerca de la estatua de Viriato y la observó, recordando cómo se subía encima de niña. Aquello le hizo sonreír.

Pensó en el grupo de amigos que dejó atrás para irse a Madrid. ¿Qué sería de ellos? De pronto se sintió completamente sola.

—Me alejaste de todos... Me hiciste ser dependiente de ti... —musitó.

Luego se levantó y fue a dar una vuelta por los alrededores del castillo y los jardines adyacentes, tranquilamente y sin prisa.

Comió en un restaurante y luego volvió al colegio católico. Su padre andaba haciendo quehaceres y no quiso molestarlo.

Una monja de mediana edad la llamó.

—¡Señorita Pérez! —Corrió hacia Lorena levantándose la falda del hábito —. Hola, soy Sor Sofía, encantada —le ofreció la mano y la mujer se la dio.

—Igualmente.

—La Madre Superiora me ha pedido que le enseñe dónde vivirá.

—Ya tengo una habitación...

—Ese tipo de habitaciones es para las internas.

—Ah, claro, comprendo —contestó Lorena.

Caminaron hacia el claustro y subieron al piso donde convivía la congregación.

—Es una especie de miniapartamento, con una pequeña cocina que tiene frigorífico, cuarto de baño, tele, DVD y otras cosillas. La usamos para visitas.

—Vale...

—No es mucho, pero esperamos que esté a gusto.

—¡Seguro que sí!

Lorena dudó de estar a gusto en un lugar tan pequeño, pero al menos la monja pareció amable y pizpireta.

—Si quiere apúntese mi móvil y si me necesita, o tiene alguna duda, puede escribirme un mensajito. Mejor no me llame, por si estoy en la Capilla o dando clase. Tengo la mala costumbre de llevarme el teléfono a todas partes —se echó a reír.

—¿De qué da clase?

—¡De dibujo! Aunque también le doy a la informática —dijo mientras le tendía a Lorena la llave del apartamento.

—Gracias por todo.

—Por cierto, ni una palabra a la Madre Superiora de que tengo WhatsApp. ¡Nos lo tiene prohibido! —Y le guiñó el ojo.

—No le diré nada, se lo prometo.

A Lorena le cayó bien aquella mujer.

Tras inspeccionar el pequeño apartamentito, bajaron de nuevo al claustro.

—El padre Adrien... ¿Qué clase de persona es? —indagó con curiosidad.

—Uh, pues es estricto, recto, devoto y de ideas claras. O blanco o negro, sin muchos tonos de gris. Eso sí, es un trozo de pan, aunque ponga esa cara de robot.

Lorena se echó a reír, pues ella también pensó que parecía un robot sin apenas expresiones faciales.

—Gracias por todo, Sor Sofia.

—Puedes tutearme, Lorena. ¡Un placer!

Y echó a correr de nuevo por los pasillos. Así estaba; hecha un fideo.

Lorena recogió sus escasas pertenencias para trasladarlas a su nueva estancia y, mientras buscaba dónde había puesto uno de los zapatos, se encontró bajo la cama, tras una caja vacía, un papelito doblado. Lo sacó y abrió, leyendo lo que ponía:

“ESTA NOCHE”, en mayúsculas.

Se quedó mirándolo y algo le dijo que no debía tirarlo, sino guardárselo.

Con lo poco que tenía se fue hasta el piso de arriba y abrió la puerta del nuevo hogar:

Cama de noventa, un pequeño sofá de dos plazas, una tele y un DVD. La cocina estaba incluida en el saloncito. El baño era pequeño, con un plato de ducha. Y la habitación tenía un armario empotrado minúsculo.

—Igual que mi casa...

Había dejado atrás un apartamento de 200 m<sup>2</sup>, con terraza, en plena Gran Vía. Baño con hidromasaje, cama enorme, vestidor lleno hasta los topes, cocina de última generación, asistenta y todo lo que se pudiera desear. Además, su marido poseía un chalé en la sierra. Pero ambos eran cárceles, y el carcelero su marido.

—Me quedo aquí —se dijo—. Aunque echaré de menos un buen baño relajante.

Se tuvo que conformar con la ducha.

Unos toques en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Creyó que se encontraría a su padre, pero erró ya que se trató de la Madre Superiora.

—Veo que ya se ha instalado.

—Sí, muchas gracias.

—Vengo a explicarle una serie de normas ya que va a vivir con nosotras.

—Claro, adelante.

—Bien; no se puede fumar, ni beber alcohol y mucho menos traer hombres.

Lorena se quedó ojiplática.

—Obviamente estas normas son solo para usted...

—No fumo, bebo vino más bien poco o nada, y solo en algunas comidas. En cuanto a hombres, no soy ese tipo de mujer que piensa usted.

La mujerona no le hizo caso y siguió con su perorata:

—La hora de dormir es a las once de la noche. En su caso haga lo que guste mientras no moleste a las hermanas.

—¡Ni se me ocurriría!

—Busque una ropa adecuada y cómoda para su trabajo, sobre todo si entra en la Capilla.

—¿Que cuide mi vestimenta? —Lorena alucinó.

—No vaya escotada, con minifaldas y esas vulgaridades. Sea recatada porque aquí debemos dar ejemplo a muchas chicas influenciables.

—No padezca, Madre.

Lorena estaba deseando que la dejase en paz y se fuera de una vez.

—Y, por último, le voy a ser sincera: estoy totalmente en desacuerdo con el padre Adrien sobre que sea usted la nueva bedel.

La mujer joven cerró el puño derecho con rabia, pero se mantuvo fría en apariencia.

—La estaré vigilando, señorita Pérez. Que pase un buen día.

Y se marchó por donde había venido, dejando a Lorena bastante cabreada.

—Qué hija de... —bufó cerrando la puerta de golpe.

Tras colocar sus escasos enseres personales, bajó nuevamente. Eran casi las nueve de la noche y observó a unas cuantas chicas acudir al comedor; las internas. Las monjas y su padre también fueron hacia allí.

—¡Papá! —lo llamó.

—Ah, Lorena, no te he visto el pelo en todo el día.

—Estuve en el banco, dando un paseo e instalándome en mi nuevo apartamento de lujo —bromeó.

—Pues que sepas que ese apartamento se usa en muy contadas ocasiones. Siéntete afortunada.

—Pensaba que me instalaría contigo.

—No es posible porque estoy en el piso de debajo de la rectoría, donde vive el padre Adrien. Y no puedes ocupar mi lugar ahí.

—¿Porque soy mujer?

—Sí, claro.

—Ya entiendo, sería inconcebible que el padre Adrien y yo compartiéramos casa. Y muy raro, también.

—¡Lorena! —la saludó Sor Sofía de lejos. Lorena le devolvió el saludo con la mano.

—Menudo personaje es —dijo José.

—¿Por qué?

—No para mal, pero hace lo que le da la gana.

—Entonces me va a caer bien.

Se sentaron junto a ella, que cenaba sola.

—Don José, qué buena hija tiene usted. Será una magnífica bedel, ya lo verá. Ah, se me olvidaba; esta es la clave Wifi —le tendió un papel a Lorena.

—Gracias, Sor Sofía.

Charlaron un rato mientras cenaban, siendo una velada divertida.

Lo que observó Lorena fue que las jóvenes internas casi comían en silencio. Le pareció extraño, pero prefirió no preguntar.

La mujer vio al padre Adrien entrar en el comedor, recoger una bandeja y caminar en dirección a ellos. Aún a esas horas vestía el hábito sacerdotal moderno: camisa negra, pantalón negro y el alzacuellos. Era un hombre alto y bien proporcionado, agraciado pese a ser tan serio.

—Qué viene, qué viene —susurró la monja con cara de susto.

—Bueno provecho —dijo el hombre al sentarse junto a José.

—Igualmente.

—Gracias, padre.

—Me han dicho que ya está instalada, señorita Pérez.

—Sí, muchas gracias.

—Recuerde ir a dormir pronto, porque mañana empieza y está de prueba.

—Por supuesto, así lo haré. No pretendo entrar por enchufe.

—No ha sido así. En principio la iba a rechazar, sin embargo... sus comentarios sobre las ventajas de tener una mujer bedel me convencieron. Ahora, si veo que no cumple las expectativas, le aseguro que lo sabrá.

José cogió a su hija de la mano para insuflarle valor.

—Estoy de acuerdo, Padre Adrien. Yo quiero ser valorada por mi trabajo y esfuerzo, no por ser mi padre quién es.

El resto de la cena comieron prácticamente en silencio. La seriedad del sacerdote no incitaba a las conversaciones animadas.

En realidad, este se había quedado bloqueado sin saber qué más decir. Se dio cuenta de que a Lorena le incomodaba su presencia, pero ya había empezado a cenar y no podía irse a mitad de velada.

—Bien —Adrien se levantó tras acabar lo más rápido posible—, les deseo buenas noches. Hasta mañana.

—Hasta mañana —le contestaron todos.

Tras desaparecer su figura por la puerta, Sor Sofía comentó lo sorprendida que estaba.

—Jamás, pero jamás, el padre Adrien baja a cenar al comedor. Se queda en su casa y se hace él la cena.

—Pues se ha tomado la molestia de bajar para hablar contigo, hija.

Lorena quedó estupefacta.

—Bueno, yo me voy ya a la cama —comentó José—. Cariño, te recomiendo que hagas lo mismo porque a las seis te espero en portería para desayunar.

—OK, papá.

—Yo voy a ponerme con mis rezos nocturnos. Buenas noches —les deseó la religiosa.

—Buenas noches, Sor Sofía.

Lorena marchó a su nuevo hogar y se metió en la cama intentando conciliar el sueño.

Una nueva etapa estaba a punto de comenzar. ¿Quién se lo iba a decir una semana antes? Se habría reído sin duda.

Adrien se quitó el alzacuellos, mirándose al espejo, y lo dejó sobre la mesita de noche junto al móvil. Suspiró, algo nervioso, al coger el teléfono y mirar los mensajes. Tenía uno de su amigo Bernardo, también sacerdote, pero no le contaba nada relevante. Dudó en darle las buenas noches a Lorena, pues tenía ya su número guardado por si necesitaba llamarla en horario laboral. Sin embargo, dejó el aparato en su sitio y terminó de desvestirse para meterse en la cama y descansar, intentando no pensar en aquellos enormes ojos color oliva.

## Capítulo 5

Bostezos, legañas, pelos de loca y un sueño tremendo.

Ese fue el despertar de Lorena; quince minutos antes de las seis de la mañana. Tardó unos siete en conseguir levantarse, dos en recordar que estaba sentada en la taza de váter y tres en vestirse a trompicones. Bajó corriendo, haciendo lo posible por no rodar cabeza abajo por las escaleras pareciendo un zombi epiléptico.

Su padre estaba en portería como si tal cosa, fresco como una rosa y preparando el café.

—Buenos días, hija. —Le tendió una taza humeante.

—¿Me lo has puesto con extra de cafeína? Yo creo que aún estoy en la cama y esto es una pesadilla.

—¡Pues no te queda nada! —se burló.

Ambos se sentaron a la mesa.

—Este, como sabes, es mi despacho y será el tuyo. Ya lo decorarás como más te apetezca.

Lorena miró alrededor y vio fotos de sus padres de jóvenes y de ellos tres en distintas épocas.

—No creo que la cambie mucho, excepto esa foto —dijo señalando la de su boda con Raúl.

José se levantó y la quitó, guardándola en un cajón.

—Atenta a todo lo que te voy a contar a partir de ahora: estas son las distintas llaves —señaló un panel en la pared—. Todas tienen un color

dependiendo de la planta y llevan su correspondiente nombre. Tendremos acceso a ellas tan solo tú, yo, la Madre

Superiora y el padre Adrien. Si alguien que no sea ellos quiere algo, tienes que acompañarlos, abrir y cerrar. Nada de prestar las llaves, sea monja, profesorado o alumna. Aunque hay monjas que tienen copia de llaves, como por ejemplo la bibliotecaria la de la biblioteca, o la enfermera la de la enfermería.

—Entendido —dijo bostezando.

—Cada vez que salgas de la portería, cierras con llave. ¡Mucho cuidado!

—OK.

—Cuentas con un ordenador, una impresora y conexión libre a Internet. En la biblioteca los ordenadores tienen capadas las redes sociales y otras páginas, para que las alumnas no entren donde no deben.

—¿Y los portátiles y móviles?

—No se permiten con conexión a Internet. Si ves alguna alumna navegando desde estos dispositivos, o alguna Tablet, avisas al Jefe de Estudios.

—¿Y quién es?

—Lorenzo, el profesor de matemáticas. El que ligaba ayer contigo.

—¡Papá! —se escandalizó.

—Ten cuidado, que este es una buena pieza con las mujeres. Ya le ha roto el corazón a más de una profesora incauta. No están prohibidas las relaciones entre el personal laico, pero es mejor no meterse en líos, aquí todo se sabe.

—Lo tendré en cuenta, papá. Aunque ahora lo que menos me interesa es liarme con otro tío.

“Aunque esté tan bueno”, pensó con una sonrisilla.

—Prosigamos con tus futuros quehaceres: se abren las puertas a las alumnas externas a las nueve menos diez de la mañana y se cierran a las nueve y diez. Mantente cerca para las que lleguen con retraso. En general son disciplinadas o las traen sus padres. Sin embargo, siempre surge alguna cosa. Todas comen aquí y terminan las clases a las cinco de la tarde. Las puertas se abrirán a esa hora y se cerrarán a y cuarto. Están deseando salir escopeteadas

de aquí, no te preocupes que no se retrasará ni una sola.

—No me extraña. ¿Y las internas?

—Pues pueden quedarse hasta las siete de la tarde en la biblioteca, que luego se cierra. Sor Serapia, la bibliotecaria, se encargará.

—¿Y se come de dos a tres?

—Correcto. Tenemos derecho a comida y cena, pero no es obligatorio acudir. Eso sí, debes apuntarte en la lista que hay en la cocina cada día ya que no tenemos el mismo menú que el de las alumnas.

—¿Y el desayuno?

—Eso es cosa tuya. Hablando de eso, las alumnas lo hacen de ocho y cuarto a nueve menos cuarto, durante media hora.

—¿Y mi horario exacto cuál es? Porque no me cuadran las horas...

—De ocho y media a...

—¡Y por qué estoy aquí a las seis de la mañana! Padre cruel —se lamentó.

—Porque yo me levanto a esa hora de toda la vida y hago mis cosas; caminar por lo del colesterol, ir a desayunar con mis amigos, comprar el periódico.

—¿Entonces con estar aquí a las ocho y media ya está bien?

—Pues sí.

Lorena tuvo claro que prefería dormir que hacer cualquier otra cosa.

—Tu horario es entonces desde ese momento hasta las dos de la tarde y puedes parar media hora para almorzar, mientras nadie te necesite urgentemente. Luego comienzas a las cuatro y media hasta las siete y media de la tarde.

—Ok. ¿Y en mis horas libres puedo salir y hacer lo que quiera?

—Sí, claro.

—Vale, ¿me puedo ir a la cama ya?

Su padre frunció el ceño.

—¡Es broma!

—Sí, broma. Venga, te voy a enseñar donde están las cosas.

Caminaron por la planta baja y José le fue indicando el nombre de las distintas salas.

—Estas puertas son almacenes.

Dentro había pupitres, mesas, pizarras y todo tipo de material viejo.

—A la derecha del pasillo hay un despacho y la sala de profesores y al fondo el del director. De ese no tenemos llave y está prohibido entrar sin llamar.

Subieron al primer piso del ala oeste, donde estaban las habitaciones de las alumnas internas.

—¿Por qué hay tan pocas chicas? No son más de quince.

—Pues, desafortunadamente, porque siempre hay padres que no quieren hacerse cargo —fue sincero y en su voz hubo un tono de amargura—. Es fácil extender el cheque... Y luego pasa lo que pasa.

—¿Qué pasa? —Lorena quedó intrigada.

—La habitación que ocupaste... Era de una alumna que se suicidó en ella hace poco más de un mes, al comenzar el curso.

Lorena se quedó perpleja.

—Pobrecilla —se llevó las manos a la boca—. ¿Y qué pasó?

—Nadie lo sabe... Estaba deprimida, supongo. Era una chica taciturna...

—Por eso las demás suelen estar tan calladas en el comedor... Supongo que lo están asimilando.

—No lo comentes jamás con el padre Adrien, tiene tajantemente prohibido hablar del tema.

Lorena asintió en silencio, afectada. Entendió las razones por las que aún quedaban pertenencias de la muchacha allí.

—Cada alumna tiene la llave de su habitación, pero nosotros tenemos llave maestra para todas las estancias. Solo se usan en caso de urgencia.

—¿Y no se usó con la pobre chica?

—Sí, la usó el padre Adrien al comprobar que no acudió al desayuno, ni a las clases de la mañana. Se tomó muchas pastillas la noche antes, por lo visto. Espero que no sufriera...

—Si yo hubiera estado aquí la habría podido ayudar. ¿No hay un psicólogo?

—Viene un psicólogo, pero solo una vez al mes para hacerles evaluaciones y poco más.

—Pues vaya mierda de profesional, que no fue capaz de ver los indicios.

Bajaron de nuevo y José le indicó dónde no debía entrar.

—Aquí vivimos el padre y yo, como sabes. No puedes convivir cerca de él, obviamente.

—¿Se cree que le voy a seducir como un demonio? —bromeó.

—Siendo tan guapa como eres, puede ser —se rio su padre.

—Estoy fatal, mira qué cara de sueño llevo...

—Para tu padre siempre serás guapa, como tu madre. Pero te hace falta engordar, estás demasiado delgada para tu fisonomía natural.

—Bueno, ya veremos... —suspiró Lorena.

—La llave maestra también abre el acceso a esta vivienda, pero no lo hagas si no es sumamente necesario. Solo tiene otra copia la Madre Superiora.

—Vendré por las noches a seducirlo... antes de que lo haga ella.

—Shhh... —la acalló José—. Nos puede oír.

—¿Es omnipresente?

—No, es que a esta hora sale a correr.

—No jodas.

Justo en ese momento se escucharon unos pasos, se abrió la puerta y salió el sacerdote, vestido con un pantalón corto que revelaba unas pantorrillas bien torneadas, y una camiseta pegada al cuerpo dejando entrever que debajo había un torso definido.

—Oh, buenos días —dijo, sorprendido de verlos allí.

—Buenos días, padre.

—Señorita Pérez, ¿qué tal el comienzo? —se interesó, pero guardándose la sonrisa para sí.

—Bien, gracias. —Lorena se quedó casi sin habla.

Si le hubieran dicho que aquel pedazo de hombre era sacerdote católico, no lo hubiera creído.

—Voy a comenzar mi rutina. Hasta luego —se despidió Adrien.

—¡Qué vaya bien! —lo animó José.

Lorena, aún ojiplática, tardó en reaccionar a los aspavientos de su padre.

—Creo que necesitas otro café, estás en las nubes.

Ella no lo puso en duda; en las nubes del cielo católico.

No usar la llave maestra iba a ser todo un desafío.

## Capítulo 6

El primer día fue tal como estuvo planeado. Lorena observó y anotó todo lo que su padre fue mostrándole. No se dieron imprevistos, marchando todo a las mil maravillas.

—En ocasiones hay que arreglar cosas, pero aquí tenemos todos los teléfonos de los profesionales. Para las facturas se han de dirigir a la administración, que lo lleva Sor Marta.

—Vale —contestó ella.

—Vamos a la Biblioteca para que veas cómo se cierra, por si debes hacerlo tú en futuras ocasiones.

Mientras se dirigían hacia allí, a Lorena le asaltó una duda:

—Las chiquitas internas, ¿pueden salir a la ciudad?

—Oh, sí. Los sábados por la tarde siempre. Tienen un tablón donde apuntar cuándo necesitan salir, y en todo momento van acompañadas por las hermanas. Solas no, ya que son menores, excepto si cumplen la mayoría de edad.

—Entiendo...

Cuando llegaron a su destino, la monja encargada estaba a punto de cerrar.

—Buenas tardes, hermana. Esta es mi hija Lorena.

—Encantada —dijo esta.

—Igualmente. La Madre Superiora nos ha hablado de usted.

Lorena no supo qué pensar.

—Todas las chicas se han ido ya, así que voy a cerrar el acceso a la biblioteca. Buenas noches —les deseó tras ello, ante de irse.

—A saber qué les ha contado de mí esa bruja —el padre de Lorena suspiró.

—La Madre Superiora ya no va a cambiar, asúmelo.

—Se le ha agriado mucho más el carácter.

—Está mayor.

De pronto le sonó el móvil a José. El número le era desconocido, pero lo cogió igualmente.

—¿Diga?

La cara le cambió de inmediato.

—No sé dónde está ahora mismo. Mira, eso son cosas vuestras y yo no voy a juzgar a mi hija sin haber hablado con ella... Venga, adiós, adiós. —Y colgó.

—Papá... ¿era él? —José asintió con la cabeza.

Lorena había escuchado la voz de su marido al otro lado, inconfundible. La angustia la invadió.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó con el corazón en un puño.

—Me ha preguntado si estabas conmigo y luego ha intentado explicarme que te habías ido de casa y estaba buscándote...

La mujer se puso lívida.

—¿Qué ha pasado realmente?

—No estoy preparada para contártelo, papá...

—Está bien... —José la observó con preocupación.

Del disgusto, Lorena no pudo cenar y prefirió retirarse a descansar, nerviosa.

No paró de darle vueltas a la posibilidad de que Raúl apareciese allí en cualquier instante. Sentada en el sofá con las piernas encogidas y rodeadas por sus brazos, apoyó el mentón en las rodillas y recordó sus dos primeros años juntos; de novios. Fueron bien, idílicos.

Él era 10 años mayor, con éxito en los negocios de construcción, buena posición social, atractivo, inteligente, buen amante... En definitiva; el conjunto la obnubiló desde el día en el que los presentaron.

Por aquel entonces, ella había terminado la carrera y estaba haciendo un máster. Soñaba con abrir su propia consulta de psicología, pero no disponía

del dinero. Raúl prometió ayudarlo, aunque fuera financiando el alquiler, cosa que no permitió, pero que le hizo comprobar que él iba en serio. Acabaron saliendo y comprometidos. Primero fueron los viajes de ensueño, luego la preparación de la boda lo que comió todo su tiempo, por lo que al final no pudo centrarse en su carrera. Y así un año tras otro, una excusa tras otra, incluso intentando tener hijos sin ser capaces hasta averiguar que ella era estéril. Esto la sumió en un estado depresivo durante un período de tiempo, hasta que pudo salir de él.

Perdió todas las conexiones sociales con sus amigos de Zamora y de la universidad, rodeada siempre de las parejas de las amistades de Raúl que, sin ser malas personas, le resultaban superficiales y con las que no conectaba bien, pero que por educación toleraba.

Raúl era celoso sin motivo y cada día la fue machacando más con respecto a su aspecto físico. Le llegó a ofrecer un aumento de senos, que no le hacía ninguna falta, incluso arreglillos faciales.

Al negarse todo fue a peor y comenzó a no llevarla a las cenas con sus amigos y socios, o a criticar su aspecto. Lo que fue un apasionado amor al principio, se convirtió en pura mierda conyugal.

Lo peor de todo fue que le creyó, creyó que no valía la pena ejercer su profesión, ni ser madre, aunque fuera adoptiva. Creyó que estaba fea y prematuramente envejecida, gorda y fofa. Creyó que no era nadie sin él.

Hasta que en un momento de pura lucidez no pudo más y quiso el divorcio, porque con 35 años aún era joven y tenía toda la vida por delante. Y él se burló haciéndole la vida imposible. Hasta que, al negarse a tener relaciones sexuales con él, Raúl la violó.

Ese fue el verdadero punto de inflexión, la epifanía, el pistoletazo de salida. Irse y no volver. Pero fue tonta, no acudió al hospital, ni a la comisaría. El miedo se apoderó de su ser y solo fue capaz de coger el dinero que tenía, el bolso y el móvil, hasta salir corriendo camino de Zamora.

Durante unos días confió de nuevo en ella misma, en que Raúl no daría con su paradero, o la dejaría estar, pero aquella llamada le había revuelto el estómago y el alma, poniéndoles los nervios de punta.

No, Raúl no iba a dejarla en paz con tanta facilidad. El hombre que llevaba

años con maltratos psicológicos y, finalmente, físicos... No se rendiría hasta humillarla.

Con un tremendo dolor de cabeza, Lorena decidió bajar a la enfermería a por ibuprofeno.

Ya era tarde y todos dormían, por lo que intentó no hacer ruido.

Cuando anduvo buscando las pastillas adecuadas, una voz masculina le hizo pegar un brinco y los medicamentos rodaron por el suelo tras salir volando.

—¡Padre Adrien! Jod... Vaya susto me ha dado.

—¿Qué hace aquí a estas horas? —Lorena lo observó, e iba en pantalón del pijama y camiseta negra de manga corta, como cualquier mortal.

—Me duele la cabeza muchísimo y buscaba algo para aliviar este malestar.

Adrien suspiró mirando un poco hacia otro lado, al ver su ligero atuendo. Se le fue la vista directamente a los pechos, haciéndole sentirse un cerdo.

—Tápese un poco, se lo ruego.

Lorena se dio cuenta entonces de que iba en camiseta de tirantes y sin sujetador, por lo que cruzó los brazos por delante de los pechos. Del frío, y para colmo, tenía los pezones para rayar cristal.

—Perdón, no pensaba encontrarme con usted.

Adrien recogió las pastillas del suelo, colocándolas en una mesa contigua.

—¿Ya tiene lo que necesitaba?

—Sí, lo tengo. Me llevo un par...

—Coja todo el blíster. —Se lo tendió.

—Gracias, padre.

—Buenas noches.

—Igualmente.

—Y no deambule más —añadió él.

—N—no...

Al desaparecer ella por la puerta, Adrien se sentó en la camilla, terriblemente culpable. Había bajado también a por algo para evitar un inminente resfriado, pero no se esperó encontrar a Lorena allí y el corazón le dio un vuelco. Aún le latía con fuerza.

Lorena, roja de vergüenza, subió a su nuevo hogar. Se tomó dos pastillas con un poco de agua y se introdujo en la cama, donde se sintió protegida.

Rememoró la escena con el cura: casi en tetas, con los pezones como piedras, despeinada y una mala cara épica. Un poema.

—A ver con qué cara lo miro yo mañana... —se lamentó, resignándose a parecer tonta, mientras se frotaba los pezones para hacerlos entrar en calor.

## Capítulo 7

Los días se sucedieron más o menos igual, y Lorena fue aprendiendo cada rutina y dónde estaba cada cosa. Su padre dejó de acompañarla constantemente, delegando poco a poco en ella todas las tareas importantes.

José continuó levantándose a las seis de la mañana, pero Lorena a las ocho, incapaz de hacerlo antes por lo cansada que acababa por las tardes.

La mujer fue conociendo a cada una de las monjas, unas más abiertas que otras al trato con ella.

Sor Sofía le dio un portátil viejo que no iba muy allá, pero que le permitió conectarse a Internet y bajarse series y películas. Eso, y un buen libro, eran lo único que le entretenía.

De vez en cuando salía a pasear con su padre tras el trabajo, para despejar la mente. José se sabía de memoria la ciudad, y le iba comentando todos los cambios.

—Si todo va bien, me iré a ese piso. —Su padre le señaló un bloque de pisos que imitaban las fachadas típicas zamoranas, con sus peculiares balconadas.

—Con la pensión me da para vivir bien.

—¿Antes ahí no había unas casas viejas?

—Sí, pero se caían a trozos. Por cierto, si te hacen fija podrías también vivir por tu cuenta.

Lorena lo sopesó. En realidad, nunca llegó a vivir sola en su propia casa. De vivir con sus padres pasó a convivir con compañeras de piso y luego con Raúl.

Lo más parecido a vivir sola era aquel miniapartamento de la escuela.

—Sería genial... —fantaseó. Pero primero tenía que divorciarse y aún no

se sentía con fuerzas suficientes para plantarle cara a su marido. Le tenía miedo.

—¿Te encuentras bien, hija?

—Sí, papá. Volvamos, es casi la hora de la cena.

Se dirigieron al colegio, yendo directamente al comedor. Lorena ya llevaba, aquellos días, observando a las internas. Especialmente se fijó en una jovencita que veía demasiado delgada y que apenas si comía. Las demás parecían ignorar ese hecho, probablemente a propósito. Sospechó que padecía un trastorno de la alimentación; bulimia o anorexia. Cualquiera de ambos casos era fatal para la salud física y mental.

Hablaría con la enfermera. Algo sabría de la muchacha y sus circunstancias. Resultaba demasiado evidente para pasarlo por alto.

Sor Sofía la sacó de sus pensamientos.

—Lorena, ¿qué tal el portátil?

—Ah, pues me hace el papel.

—¿Ya has visto la última temporada de Juego de Tronos? —le susurró confidencialmente.

—¿Pero puede ver esas cosas?

—En la Biblia no dice nada de no ver Juego de Tronos —bromeó.

—Si se enterara la Madre Superiora... —dijo José.

—No sabe ni lo que es.

A Lorena le encantaba aquella mujer. Por eso no se llevaba bien con todas las demás monjas.

—Sor Sofía, esa niña de ahí... ¡No mire!

—Perdón.

—La delgadita.

—Ah, Cecilia se llama.

—¿Le pasa algo?

—No come mucho. Le han tenido que ajustar la falda dos veces este curso. Sus padres nunca la visitan.

—Um... Ya veo.

Lorena sintió lástima de inmediato. José se mantuvo serio y callado, hasta que su hija se percató.

—Te voy a dar un consejo, Lorena —él la cogió del brazo—. Tómatelo muy seriamente; no te metas en este tipo de asuntos.

—¿A qué te refieres?

—A los asuntos de la Iglesia y su gestión con el colegio.

—No te entiendo —musitó mientras se iban del comedor.

—No les gusta que los laicos nos metamos en sus cosas. Como cuando te pedí discreción con el tema de la alumna que falleció.

—¿Y quieres que haga la vista gorda? —Lorena se quedó estupefacta.

—Correcto.

—Pero...

—¡No hay peros! Este trabajo lleva implícita esa condición y punto pelota.

—Me decepcionas, papá.

—No sabes nada. Vete a dormir.

—No soy una niña, precisamente —se enfadó ella.

—Hasta mañana —se despidió José, dando por concluida la conversación.

Pero Lorena no pensaba quedarse con los brazos cruzados, de eso estaba segura.

Esa misma noche se hizo una nueva cuenta de Facebook, con nombre falso y la foto de perfil de un gato. Buscó al profesor de matemáticas y le envió una solicitud de amistad y un mensaje informándole de quién era realmente. Con el resto de la platilla laica no había tenido tanto contacto y no recordaba sus apellidos. Sin embargo, del profesor macizo como para no acordarse.

Mientras cotilleaba el Facebook de su ex y sus amigos, por si alguno ponía algo sobre ella y su desaparición, Lorenzo había aceptado su solicitud de amistad y contestado el chat.

—¡Hola, Lorena! ¿Por qué te has hecho este perfil?

—Buenas noches, Lorenzo. Para que mi ex no me cotillee. Es muy celoso.

—No me extraña habiendo tenido una mujer como tú.

Lorena enrojeció.

—Jajaja, gracias. Pero no te creas. Muchas veces no se valora lo que se tiene en casa.

—Un imbécil, vaya.

—Sí, un imbécil.

—Que sepas que me alegra mucho que seas la bedel. Tu padre me cae genial, pero no ha heredado tu belleza.

—Jajaja, pobrecillo.

—Puedo preguntarte algo.

—Claro.

—¿Eres realmente psicóloga?

—Sí, lo soy. Pero no he llegado a ejercer como tal por circunstancias de la vida.

—Nunca es tarde, Lorena.

—Esa es mi intención.

“Aunque sea en la sombra”, pensó con una sonrisa pícaro.

—Yo aprobé las oposiciones y sigo esperando a que me llamen. Mientras aquí sigo en el colegio católico.

—¿Te irás si te llaman?

—Sin duda, pagan más en la escuela pública. Además, no soy especialmente creyente y la religión no es lo mío. Sé que el Padre Adrien no me traga demasiado.

—A mí la que no me traga es la Madre Superiora.

—Estoy seguro de que se metió a monja porque ningún hombre la pretendió, de fea que debía ser de joven.

—Jajaja, qué bruto.

—Bueno, Lorena, me voy a dormir, que mañana tengo clase a primera hora.

—Oh, sí, sí, claro. Y yo también me voy a descansar. Gracias por charlar conmigo, estoy bastante solilla.

—Un placer, cuando quieras. Mañana nos tomamos un café en persona, jaja.

—¡Genial! —Lorena se alegró.

—Buenas noches, linda.

—Buenas noches, cerebrín.

Luego le mandó un emoticono del gato gris durmiendo.

No había sido una conversación larga, pero la mujer se sintió satisfecha de poder relajarse y no pensar en otras cosas.

Se metió en la cama, tapándose bien pues ya hacía frío por las noches, y llegó a la conclusión de que dormir sola no estaba nada mal.

—Total... —susurró—, solo me buscaba para sexo rápido.

Pensó en el sexi profesor de mates y sus partes íntimas le hicieron cosquillas, algo inusual desde hacía mucho tiempo. Se tocó con los dedos notándose mojada y fantaseó un poco con Lorenzo, pero en su cabeza apareció de pronto el Padre Adrien y dejó de palparse de inmediato, asustada.

—Joder... —se mordió los labios frustrada del todo.

Dejó la masturbación para otro día, no fuera a cometer pecado mortal por tener un orgasmo pensando en un cura, e ir directita al infierno.

En la rectoría, Adrien dejó la lectura de una revista editada por la CEE, y se quitó las gafas para irse a dormir. Apagó la luz de la mesilla y se dio la vuelta, tapándose hasta la cabeza.

Había estado todo el día evitando a Lorena, con éxito. Desde que la conoció no podía quitársela de la cabeza. Al principio fue solo un *runrún* normal, cuando una mujer le podía agradar físicamente, luego la sirena empezó a sonar más alto y eso le preocupó. Ya era tarde, no iba a echarla porque no era culpa de ella que le hiciera sentir atracción. Dependía de él resistir el

envite de Dios con respecto a su voto de castidad. Sabía que en algún momento le podía suceder, y allí estaba.

Pero no podía quitarse de la cabeza la forma de sus senos y sus pezones.

## Capítulo 8

Como José estuvo enfurruñado un par de días, su hija no hizo nada que pudiera alterarlo. Era un trozo de pan, pero cuando se enfadaba mejor dejar la fiesta en paz.

Por lo tanto, Lorena tuvo que esperar a que se jubilara para hacer lo que creyera conveniente o, en otras palabras; lo que le diera la gana.

A espaldas del hombre le montaron una fiesta de despedida el último día de trabajo. Este no sospechó nada. Sería una cosa sencillita: una cena con tarta y algunos regalos. Varios profesores laicos acudirían, así como las alumnas internas y las monjas.

Durante los días previos, Lorena fue haciendo cada vez más amistad con Lorenzo, tomando el café tras la comida o charlando de banalidades por las noches a través del chat.

José, que se temió que aquello podía resultar el comienzo de una relación, advirtió a su hija sobre el profesor de matemáticas.

—Ese hombre no me ha gustado nunca demasiado.

—Solo somos amigos, papá. Ahora mismo no quiero saber nada de hombres.

—¿Y por qué no has hecho amistad con alguna de las profesoras?

—Porque no han mostrado interés alguno. Y yo no pienso ir detrás de nadie.

José le dio la razón ahí.

Lorena recibió, de pronto, un mensaje de WhatsApp de un número desconocido. Al principio se temió lo peor y que se tratara de Raúl, pero afortunadamente no fue así.

“Buenos días, Señorita Pérez. Soy el padre Adrien. Necesito que venga a mi despacho cuando acabe su almuerzo. Muchas gracias”.

Lorena casi se atragantó con el bocadillo. Desde el incidente de la enfermería no había vuelto a hablar con él, pero aún sus pezones helados sentían vergüenza de pensarlo.

Le entró un poco de canguelo acudir, así que caminó por el pasillo con pies de plomo, acojonadita perdida, hasta llegar al despacho.

Dio unos toques en la puerta y esta se abrió momentos después. Allí estaba el padre Adrien, serio como de costumbre, con sus cabellos medio canosos y sus gafas de montura metálica, mirándole con sus ojazos color azul acero.

—Adelante, siéntese —le dijo él, que la observó detenidamente, fijándose en que tenía mejor cara que los primeros días, más lozana, más guapa.

Lorena siguió sus instrucciones sin mediar palabra, al sentir que el corazón le iba a mil, recordándolo en pijama como un ser humano normal.

—He hecho una evaluación de su trabajo.

La mujer tragó saliva.

—La Madre Superiora también.

Adrien colocó dos informes sobre la mesa; uno escrito a mano y otro con el ordenador.

—Ella la considera válida por el momento, aunque tiene sus reticencias ya que no es usted religiosa.

“Qué hija de puta, la tía esta”, pensó Lorena, mientras mantenía cara de póker.

—Ya le he dicho a ella que el trabajo de bedel no requiere ser devoto, igual que no lo son todos los empleados laicos —explicó él.

—Gracias por entenderlo.

—Por mi parte... —hizo una pausa interminable que puso a Lorena de los nervios—, por mi parte he hecho una valoración positiva; ha cumplido su horario, ha aprendido rápidamente, ha sido seria con su trabajo... Por lo tanto,

ha pasado el periodo de prueba que marca el contrato.

—¿En serio? —Lorena fue incapaz de disimular su alegría.

Adrien se forzó a no sonreír.

—Sin embargo, no se relaje porque siempre estará en constante evaluación. Aquí hay muchas menores de edad a las que dar ejemplo con nuestros actos.

—Por supuesto. Lo de mi incursión nocturna a la botica fue por pura necesidad —se excusó.

Ambos enrojecieron al recordarlo, como colegiales. El sacerdote intentó disimular siguiendo con sus comentarios como si nada.

—Si baja, póngase ropa adecuada.

—No me lo recuerde, qué vergüenza —se tapó la cara con las manos y no vio la sonrisa divertida del hombre, que ya fue incapaz de resistirse.

—Ah, una cosa muy importante: las relaciones de índole amorosa están tajantemente prohibidas entre el personal.

—No lo sabía. Mi padre me comentó que...

—Es una nueva norma —atajó.

Adrien ya se había percatado del acercamiento entre Lorena y Lorenzo, cosa que debía detener a tiempo pues no le hacía nada de gracia.

—Bien, eso es todo. Puede usted volver a su trabajo.

La acompañó cortésmente hasta la puerta. En aquel momento de cercanía, Lorena percibió el varonil aroma del padre Adrien, mezcla de su olor particular y una colonia.

—¿Vendrá a la fiesta? —le preguntó antes de salir, mirándolo a los ojos.

—Por supuesto, su padre tiene todos mis respetos.

—Gracias por todo, hasta pronto —se despidió ella.

La puerta se cerró tras de sí y Lorena corrió a contárselo a su padre.

Por su parte, el padre Adrien cogió el informe de la Madre Superiora y lo tiró a la papelera de reciclaje, haciendo caso omiso de lo que ponía en él.

Lorena hacía bien su trabajo, y eso era lo importante. Solo tenía que vigilar que ese aprovechado de Lorenzo no la molestara como solía hacer con otras

mujeres profesoras. A Lorena que ni se le ocurriese.

Esta le dio la buena nueva a José, que se alegró mucho.

—Te voy a echar de menos, papá —se sinceró.

—Yo te he estado echando de menos 16 años, hija.

—Lo siento.

—No lo sientas, porque es ley de vida que los hijos formen su propia familia. Pero ahora estás aquí, así que nos veremos muy a menudo.

A Lorena se le saltaron las lágrimas.

—¡Hija! No nos pongamos sentimentales, por Dios —se echó a reír y su hija lo acompañó en ello.

El resto de la tarde transcurrió con total normalidad hasta la hora de la cena. Lorena y su padre entraron en el comedor, y José se quedó asombrado al ver la fiesta que le habían montado.

Hubo abrazos, besos y apretones de manos. Copas de vino, algunas cervezas y refrescos para las menores. La cena fue más copiosa de lo habitual, en bufete libre, y al finalizar la ronda de cafés sacaron la tarta.

Sor Sofía se puso fina, pasándose el pecado de la gula por donde le dio la gana ante la atenta y malhumorada Madre Superiora.

Lorena aprovechó la tesitura para observar con mayor atención a la alumna delgada. Vio claramente que apenas probó bocado.

—Lorena —una voz masculina la sacó de sus pesquisas.

—Lorenzo, ¿qué tal la tarta?

—Estupenda —dijo mientras le tendía una copa de vino tinto. —Mañana ya solita. ¿Miedo?

—Noooo. —Le dio un sorbo al vino—. Pánico —añadió con una risilla nerviosa.

—Lo que necesites, cuenta conmigo. —Él le tocó el hombro con confianza.

—Gracias.

—Hoy estás especialmente guapa —le soltó de pronto y a bocajarro. Lorena casi se atragantó con la bebida. Tosió un poco, tapándose la boca.

—Qué va, he engordado.

—Pues yo te veo mucho más sana ahora que cuando llegaste. Esos kilillos te sientan estupendamente. Estás favorecida.

—Gracias.

Lorena se sintió muy halagada. No supo si fue el vino o fueron sus palabras, pero le entró calor.

—No me odies —dijo de pronto Lorenzo y, tras guiñarle un ojo, se fue sin más. Lorena no lo entendió hasta que el padre Adrien se posicionó a su lado.

“Será cobarde”, pensó divertida.

—Hola, señorita Pérez.

—Hola, padre Adrien —sonrió sin poder evitarlo, por el efecto del vino.

—Le traía una copa, pero veo que se me han adelantado —dijo levantando las dos que tenía en sendas manos.

—Gracias de igual forma. Perdón por mi ignorancia, pero... ¿Los clérigos pueden beber alcohol? —Adrien sonrió divertido, cosa que dejó pasmada a Lorena, que no lo había visto nunca reírse.

—¿Le recuerdo lo que bebemos en misa? La sangre de Cristo no es más que vino, al fin y al cabo.

—Uy, tiene razón —se echó a reír como una tonta, pero de sí misma. Estaba un poco piripi.

—La veo mejor que la primera vez —comentó él.

—¿Se refiere a hecha un adefesio y sin zapato?

—Sin contar ese desagradable incidente. Gracias a Dios que me pilló aún medio dormido, porque su padre estaba roncando a base de bien.

—Ah, lo lamento, de veras...

—En cualquier caso, no parece la misma; sonrío y está más guapa.

Lorena sintió una sensación en la boca del estómago que le subió hasta la coronilla. Enrojeció tanto que no pudo mirarlo más a la cara, no supo ni qué

decir.

El padre Adrien, percatándose de su azoramiento, la dejó tranquila de inmediato.

—Voy a... despedirme de su padre. Buenas noches.

—Buenas noches...

Le observó alejarse y acercarse a Lorenzo. Intercambiaron algunas palabras que no parecieron ser del agrado del profesor. Como este último no volvió a acercarse a ella, tuvo que quedarse con la incógnita.

Adrien salió casi corriendo, porque había dicho todo lo que estaba pensando, como si tal cosa. No toleraba más de una copa de alcohol.

Vio a Lorenzo y fue hacia él.

—Ni se te ocurra con ella.

—¿Perdona?

—Ni se te ocurra, ya me entiendes.

Luego se fue dejando al profesor bastante sorprendido.

—¡Atención! —la voz de José se alzó sobre las demás—. Quiero agradecer a todos los presentes sus años de respeto y amistad para conmigo, así como la confianza depositada en mí y en mi esposa. Ella ya no está físicamente, pero estoy seguro de que su espíritu también ha venido a esta reunión. Y, ya que estoy, gracias a mi hija Lorena que ha hecho que esté orgulloso de ella.

A la mujer se le saltaron las lágrimas.

—Consideradla una extensión de mí, pero en guapa —la gente rio a su alrededor.

—Gracias, papá.

Lo abrazó con cariño, ya llorando.

—Gracia a ti, hija. No podía dejar en mejores manos este lugar.

La pequeña fiesta terminó y todos se fueron retirando. José se marchó a la rectoría a descansar en su última noche y Lorena cerró todo bien, en su lugar.

Cuando caminó hacia las escaleras de la primera planta, escuchó unas toses en el baño comunitario. Entró con cuidado y observó por debajo de las puertas para ver cuál de los cubículos estaba ocupado. Escuchó vomitar a la persona y supo de inmediato dónde estaba.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, me sentó mal la cena —contestó una joven voz femenina.

Al salir la muchacha, vio que se trataba de la chica que sospechaba que tenía anorexia.

—Cielo, ¿te has provocado el vómito?

—No... —pero Lorena supo de inmediato que mentía, por su mirada vidriosa y esquiva.

—Vale, pero si lo has hecho no te voy a reñir. En ocasiones algo nos sienta mal y hemos de hacerlo para aliviarnos...

—Sí, ha sido eso.

—¿Cómo te llamas, bonita?

—Cecilia.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¿Te acompaño a tu cuarto? ¿Quieres?

Cecilia asintió, pero antes de partir se lavó las manos y la cara.

—Yo soy Lorena, la bedel.

—Lo sé.

—Si necesitas hablar, o cualquier cosa, solo tienes que decírmelo, ¿vale?  
—la informó de camino al cuarto de la chiquilla.

—Vale...

—Cielo, recuerda; estoy aquí para lo que necesites. No estás sola.

Lorena le regaló una gran sonrisa y un apretón de hombros, lo que tranquilizó a la joven.

Tras dejarla en su cuarto, Lorena partió hacia el suyo, agotada.

Se quitó los zapatos, tirándolos de cualquier forma. E hizo igual con el vestido y la ropa interior. A continuación, se deslizó desnuda entre las sábanas de su cama.

Aquella noche dos hombres le había expresado que la veían mucho más guapa y con mejor aspecto. Lorenzo fue al grano y el padre Adrien tampoco se quedó corto.

Que se lo dijera el matemático no era de extrañar, pues por todos era sabido de su predisposición al flirteo, así que se lo tomó un poco a guasa, aunque le hizo ilusión. Pero cuando el mismo mensaje vino del padre Adrien creyó que se moría de vergüenza. Fue distinto, completamente. Era la primera vez, en muchos años, que un piropo le hacía sentir un gusanillo en el estómago.

En los últimos tiempos la obsesión con su peso la ató a una rutina de dietas y comidas. En cuanto pesaba un poco más de lo que Raúl le exigía, ya sentía que era una fracasada. Nunca vomitó, pero ganas no le faltaron.

Al llegar a Zamora, toda aquella presión se esfumó, lo que le dio apetito y ganó unos cuantos kilos y salud.

Por eso pensó en que tenía la obligación moral de ayudar a Cecilia para que lo suyo no fuera a más, tanto que no tuviera retorno.

Y con ese pensamiento en firme, se durmió.

## Capítulo 9

Era sábado por la tarde cuando Lorena salió sola a dar una vuelta por el centro de Zamora, para comprarse algo de ropa nueva con su propio sueldo.

Le resultó gratificante elegir a su libre albedrío algo que le gustara realmente y que le cupiese. Ya no tenía la talla 36, sino una 40 y probablemente subiría alguna más. Pagar todo aquello con su propio dinero no tuvo precio.

Se pasó la tarde de tiendas. La ciudad no era ni mucho menos Madrid, sin embargo, ya no le faltaba de nada y las principales firmas de ropa estaban presentes, junto a los comercios de toda la vida.

Cuando se estaba tomando algo en la plaza del Ayuntamiento, una chica se le quedó mirando con cara de reconocerla. Lorena también la reconoció de inmediato y se levantó de la silla.

—¡Pili!

—¡Lorena, maja! Pero ¡cuánto tiempo!

Se abrazaron con alegría.

—¿Estás de visita?

—No, qué va, me volví aquí a vivir. Pero siéntate —le instó. Pili lo hizo enseguida.

—¿Y tu marido?

—Nos hemos separado. Es una larga historia. Ahora estoy mucho mejor, así que no te preocupes —añadió al ver la cara de su antigua amiga.

—No nos vemos desde hace lo menos 8 años. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. Fui mamá hace unos meses.

—¡Enhorabuena!

—Mi pareja se ha quedado con la niña esta tarde. Me hacía falta salir a que me diera el aire, hacer unas compritas porque he empezado a perder el sobrepeso del embarazo y necesitaba ropa nueva. Por lo demás no hay modo de hacer vida social, maja. Cuando yo puedo, las otras no y viceversa.

—Yo también salí sola, aunque en mi caso es que no tengo a nadie.

—Ay, pues eso se va a acabar. Si aguantas a una mamá loca que solo habla de bebés, yo soy tu chica.

Se echaron a reír ambas.

—Sigues igual de loca.

Ambas pidieron un par de infusiones y continuaron con su distendida charla.

—Así que eres la nueva bedel del Sagrado Corazón de Jesús. No me lo puedo creer.

—Quién me lo habría dicho a mí hace unos años, que odiaba el sitio con toda mi alma.

—Ese colegio es muy elitista. —Hizo una señal con los dedos de “dinero, dinero”.

—Mi sueldo no lo es tanto. Pero está bien, me lo gano honradamente y, cuando ahorre, pondré mi propia consulta de psicología.

—¿Y tu ex no era rico? ¿No te pasa alguna pensión?

Lorena la miró y decidió sincerarse.

—Raúl me anuló durante toda nuestra relación, Pili. Me fui de casa, lo dejé sin decirle nada. Él no sabe que estoy aquí, ni quiero volver a verlo hasta que firmemos los papeles del divorcio. No quiero nada suyo. Me estuvo maltratando psicológicamente muchos años.

—Valiente hijo de puta —dijo Pili.

—Sí, ya lo creo. Y le tengo miedo...

—¿Lo has denunciado?

—Debí de hacerlo, pero en ese momento concreto solo pensé en alejarme para siempre. ¿Quién me iba a creer? Es un hombre atractivo con dinero, propiedades, negocios... Y yo solo su mujer. Que ya ni eso me consideraba, apartándome de la vida social.

—Lorena, eso no es así en absoluto. Cuante conmigo para lo que necesites. No dudes en avisarme.

—Gracias, de veras. Llevo sin una verdadera amistad muchos años. Solo me movía en su círculo social cerrado, no podía confiar en nadie. Cuando me fui solo pude pensar en la única persona que me quedaba en el mundo...

—Tu padre, claro.

—No salgo apenas del colegio por miedo a que Raúl me esté buscando. No estoy preparada para hacerle frente.

Pili la cogió del brazo y apretó con fuerza para insuflarle ánimos.

—Has dado un paso súper importante; irte.

—Cuando tenga los medios económicos, acudiré a un abogado y solicitaré el divorcio. Pero sé que no me lo va a poner fácil. No quiero nada suyo: ni dinero, ni propiedades; solo su firma.

—Y todos que creíamos que pillaste un chollo de hombre... —se lamentó Pili.

—No es oro todo lo que reluce.

—No, maja, desde luego que no.

—Ha sido una gran suerte que nos hayamos encontrado, Pili.

—¡Yo encantada! Toma mi número y luego me escribes un WhatsApp para tener yo el tuyo.

—Vale.

—Uy, un mensaje de mi chico. Me tengo que ir a ser mamá primeriza de nuevo. Tengo los pezones escocidos —se echó a reír.

—Vete tranquila, yo también debería volver.

Se abrazaron con entusiasmo, prometiendo quedar lo antes posible.

Lorena caminó tranquilamente hacia su nuevo hogar. En ocasiones imaginaba que Raúl se personificaba delante de ella, saliendo de cualquier esquina. Era consciente de su inteligencia y de que pronto daría con ella.

Cuando llegó al colegio, lo hicieron también tres chicas internas acompañadas de una de las monjas. Por lo visto habían ido a comprar ropa. No le parecieron tan tristes como era habitual, pero tampoco risueñas.

Desde que trabajaba allí, apenas las visitaban sus familiares los fines de semanas.

—Señorita Pérez —una voz masculina la llamó. No era otro que el padre Adrien.

—Hola, padre.

—Ha vuelto usted más tarde de lo habitual.

—Curiosamente me encontré con una amiga de toda la vida y estuvimos hablando largo rato para ponernos al día.

—Entiendo. ¿Todo bien?

—Perfectamente, gracias.

Él hizo un gesto con la cabeza y se fue tan serio como de costumbre, directo a la capilla. Entró y se sentó frente a la imagen de Cristo crucificado.

—Estoy celoso... —susurró, mirando su rostro—. Y sé que no tengo derecho, ni puedo, ni debo.

Tras dejar sus compras en su apartamento, Lorena bajó a cenar. Se percató enseguida de que Cecilia, la joven con trastornos alimenticios, no estaba presente.

Ni corta ni perezosa preguntó a sus otras compañeras:

—Hola, buenas noches —todas respondieron con idéntica buena educación—. ¿Y Cecilia?

—Se encontraba mal y por eso no ha bajado —respondió una chica morena de rizados cabellos, y le pareció a Lorena que estaba preocupada.

—Gracias. Buen provecho.

Se fue con el *runrún* a su mesa. Cenó rápido y mal, ansiosa por saber cómo se hallaba Cecilia.

Al terminar fue a por la llave maestra y buscó en el listado qué habitación ocupaba la chiquilla. Subió y llamó primero varias veces sin obtener respuesta.

No sin reticencias, porque sabía que estaba mal, entró usando la llave.

La habitación estaba en silencio, con la cama revuelta y la ropa tirada de cualquier forma.

Lorena miró entonces en el baño y quedó espantada.

—¡Cecilia!

La chica estaba apoyada sobre el retrete y con la cara y el pelo mojados por su propio vómito.

Inmediatamente la tumbó sobre el suelo, de lado, y la limpió. Después intentó que se despabilara sin éxito.

Estaba en los huesos, deshidratada y con la tez cetrina.

—Joder, joder, joder...

Buscó su móvil y solo se le ocurrió llamar al padre Adrien.

—Señorita Pérez —le dijo al descolgar—, sabe que a estas horas no...

—¡Me da igual! Necesito que venga a la habitación de Cecilia. ¡Ya! —le ordenó tajantemente.

—¿Por qué?

—¡Porque sí, joder! ¡Ya!

Y le colgó, cabreada.

Levantó a la chica en brazos, que pesaba poquísimo, y la llevó hasta la cama.

El padre Adrien entró y se le quedó cara de horror.

—¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? —Lorena se cabreó aún más—. ¡Que tiene anorexia y se ha desmayado mientras vomitaba!

Sin rechistar, Adrien cogió a la joven en brazos intentando que volviera en sí.

—¿Por qué no se ha hecho nada si es obvio que padece un trastorno?

—No fue a la enfermería —se excusó, sin saber qué decir.

—Las niñas anoréxicas no buscan ayuda, padre Adrien, sino todo lo contrario. No es la primera vez que la pillo vomitando la comida. Lo ha tenido que ver más gente, incluida la enfermera. ¡Y no ha hecho nada!

—¿Ha terminado su discurso? —dijo él en tono duro.

—Voy a llamar a la ambulancia.

—¡No! Ya llamo yo a nuestro médico de confianza. Una ambulancia llamaría demasiado la atención.

—¿Es lo único que le importa? ¿Llamar demasiado la atención? —le increpó, ofuscada—. ¿El qué dirán?

—No se meta más, se lo ruego. Muchas gracias por todo lo que ha hecho por Cecilia.

Adrien hizo la llamada al doctor y luego bajó a buscar a la hermana enfermera.

Lorena se quedó con la chica, limpiando su macilento rostro y cambiando su ropa sucia y maloliente, intentando también hidratar con agua sus labios.

Apareció la monja que casi la apartó de un empujón y, a los 15 minutos, un hombre de aspecto robusto apareció, suponiendo Lorena que se trataba del médico.

El padre Adrien instó a Lorena a salir de la habitación.

—¿Qué van a hacer?

—No se preocupe, si consideramos que es necesaria la ambulancia para ir a urgencias, la solicitaremos.

—¿Y sus padres? ¿Se les va a avisar?

—No es asunto suyo.

—¿Cómo que no? Si no llega a ser por mí...

—Y de nuevo se lo agradezco, pero le recuerdo que es usted la bedel.

Aquello le sentó a la mujer como una patada en la boca y miró con especial odio a Adrien, al cual le dolió en el alma.

—Muy bien, me voy. Pero si le pasa algo a esa niña, espero que pese sobre su cabeza, padre.

Lorena se dio la vuelta, airada, y muy preocupada por la pobre Cecilia.

## Capítulo 10

Fue a la mañana siguiente cuando Lorena se enteró de que sí había ido la ambulancia y se había llevado a Cecilia a Urgencias del hospital Provincial.

Sor Sofía le chivó la habitación en la que estaba y, aprovechando que era domingo, se fue a verla sin importarle lo que el padre Adrien dijera o dejase de decir. Además, estaba dando misa, por lo que no se enteraría hasta más tarde.

Una Cecilia sorprendida de verla le sonrió débilmente.

—Señora Lorena...

—Ay, no me llames señora que me hace mayor—hizo broma.

—Vale.

—Fui yo quien te encontró sin sentido.

—Lamento tantas molestias. —Desvió la mirada, con vergüenza.

—No te preocupes, lo importante es que ahora estás bien.

—Me gustaría arrancarme el suero —se sinceró.

—Es molesto, nada más.

—¿Y si engordo por el suero?

—¿Es eso lo que te preocupa? No vas a engordar con esto. Y si engordaras, ¿qué habría de malo?

—Que ya estoy muy gorda —se puso a llorar.

—Cecilia, escúchame; tienes un trastorno llamado anorexia. ¿Eres consciente?

La joven asintió con la cabeza.

—Pero me veo enorme...

—Lo sé, sé que te ves gorda. Sin embargo, estás tan delgada que incluso has perdido el sentido, por lo débil que está tu cuerpo al no recibir el alimento necesario.

—¿Cómo sabes estas cosas?

—Cielo, estudié psicología y conozco muchos tipos de trastornos. Seguro que pronto viene un psicólogo para evaluarte, y debes prometerme que te sincerarás. Es la única forma de salir de esta espiral; reconocer lo que te pasa.

—Vale...

—¿Han llamado a tus papás?

—Viven en Francia por trabajo. Mi tutor legal es el padre Adrien.

Lorena suspiró.

“Con la Iglesia hemos topado”.

—¿Quieres que me quede contigo y me cuentas qué te pasa?

—Cuando llegué el año pasado al colegio, estaba un poco rellenita y muchas otras chicas se burlaron de mí llamándome gorda.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó indignada.

Cecilia no quiso hablar más de eso, por lo que Lorena tuvo que seguir otra línea.

—Bueno, entonces empezaste a no comer.

—Primero hice dietas, y cada vez comía menos. No veía que adelgazara lo suficiente. Y luego empecé a engordar.

—Cecilia... —cogió su muñeca y la rodeó con los dedos, como una pulsera—. Mira lo que me sobra, estás en los huesos. Sé que te cuesta verlo, pero yo no te mentiría. Tu cerebro te engaña. La anorexia nerviosa hace que te creas y veas gorda, pero te aseguro que no lo estás. Y, aunque sí lo estuvieras,

no sería nada malo. Cuando te traten para esta enfermedad... mejorarás en todos los sentidos. Además, no veas si eres guapa— ¡Te vas a convertir en una mujer preciosa!

Cecilia sonrió.

—¿Me vas a prometer una cosa?

Cecilia asintió.

—¿Vas a comer todo lo que puedas de los menús que te traigan? Lo que puedas —insistió.

—Sí...

—Y nada de vomitarlo, o de aquí no saldrás antes.

—Señorita Pérez —la voz del padre Adrien las interrumpió—. ¿Nos deja a solas, por favor?

—Faltaría más.

Se puso en pie muy digna, no sin antes darle un beso a la chiquita.

—Si es tan amable, espéreme en la cafetería —le pidió Adrien antes de que saliera.

Lorena asintió en silencio, y bajó a tomarse un café con leche.

—Padre Adrien, no se enfade con ella —demandó la chiquita.

—¿Qué te hace pensar que estoy enfadado?

—El ceño se le frunce.

Adrien suspiró y sonrió.

—Perdóname, Cecilia, por no haberme dado cuenta de lo que te estaba pasando. Supongo que es un tema un poco tabú del que no había hablado nunca con nadie.

—Yo tampoco, antes de hacerlo con ella. Por eso no quiero que se enfade con la señorita Lorena. Es súper buena mujer.

—Lo sé, me he dado cuenta.

—Me gustaría ser tan guapa como ella.

—Ya lo eres, Cecilia.

El sacerdote le pellizcó la cara, en señal de cariño.

—No te preocupes por nada, buscaré ayuda para ti.

Cecilia asintió, con una sonrisa de esperanza.

Tras una media hora de espera, llegó el clérigo, serio como siempre. Se sentó frente a ella tras pedir un café solo, y la miró tras las gafas de montura metálica.

—¿Qué se supone que hace aquí?

—Venir a ver a Cecilia, obviamente.

—Se está extralimitando.

Es mi día libre y hago lo que me da la gana. Y, le recuerdo que, si no fuese por mí, igual estaría en cuidados intensivos y no en planta, tranquilamente.

Notó un leve cambio en la expresión del hombre.

—¿Qué le ha dicho? —inquirió.

—Solo le he explicado lo que es la anorexia, y le he dado ánimos para superarla. Lo que haría cualquiera en su sano juicio, vamos.

—Eso es ya cosa de los médicos.

—Aunque usted no me considere así, soy psicóloga. Me atrevo a afirmar, rotundamente, que el profesional que trate a Cecilia llegará a la misma conclusión que yo y llevará a cabo el protocolo indicado.

—No pretendí ofenderla —se disculpó Adrien, para sorpresa de su interlocutora.

—Pues lo hizo.

—Seguí su conejo y llamamos a la ambulancia inmediatamente.

—Era lo más lógico, padre. Me ha dicho la niña que es usted su tutor. Lo más adecuado es trasladarla a un centro para personas con este tipo de trastornos alimenticios. En el colegio volvería a recaer.

Prefirió no mencionar lo del bullying todavía.

—Haré todo lo que los médicos me recomienden, no se preocupe.

—¿Los padres de la chica vendrán?

—No pueden, por trabajo —dijo tras beberse el café.

Lorena se guardó su opinión para sí.

—Si me disculpa voy a hablar con el médico de guardia, hasta mañana no podrán verla los especialistas. —Adrien se levantó, intentando no parecer afectado por el disgusto de Lorena hacia él.

Lorena asintió, marchándose también a tomar el aire.

Caminó bastante hasta llegar al parque de Valorio. Lo encontró algo cambiado, como la pequeña laguna que ya no tenía agua.

Le sonó el móvil de pronto; su padre.

—Dime, papá.

—Me han llegado rumores de lo que ha pasado —fue al grano.

—Sí, la chiquilla de desmayó y ahora está en el hospital.

—Te dije que no te metieras, Lorena.

—Si advierto que una menor está en peligro, no me voy a quedar con los brazos cruzados por el qué dirá la Iglesia.

—Seguro que el padre Adrien te despide por esto.

—¡Pues que me despida! Hice lo que tenía que hacer. Además, ya he hablado con él y no tenía pinta de mandarme al paro.

—Yo solo me preocupo por ti.

—Gracias, papá, pero soy mayorcita para saber lo que me hago.

—Bueno, tú misma.

—Eso, yo misma.

—Ale, adiós —José le colgó.

—El colmo que con 35 años mi padre me riña como si fuera una cría.

Mientras caminaba tranquilamente por el pinar, le llamó poderosamente la atención un hombre corriendo que hacía ejercicio. Se trató de Lorenzo, el profesor macizo.

—¡¡Holaaaaaa!! —Echó a correr para llamar la atención, tropezó y cayó de bruces, rebozándose por el suelo.

Lorenzo, que la vio caer, corrió hacia ella.

—¿Estás bien?

Lorena se quedó en cuclillas.

—Sí.

—¿Te has hecho daño?

—Un poco en las manos, al caer, pero ya está.

Lorenzo la agarró de la cintura y la puso en pie como si nada. Quedaron muy cerca el uno del otro. Ella estaba segura de que él lo hizo adrede.

—Gracias. —Se apartó, avergonzada.

—¿Qué haces por aquí?

—Pasear para despejarme.

—Oye, te invito hoy a cenar. A comer ya no, porque he de ir a casa y ducharme, no da tiempo.

—Bueno, ¡vale!

—¿Has venido andando?

—Sí.

—Vaya, yo corriendo, así que no te puedo acercar al colegio, pero si quieres te recojo a las nueve de la noche.

—Mejor nos vemos en la plaza del Ayuntamiento.

Lorena temió que el padre Adrien los pillara saliendo juntos.

—Ok, entonces. ¡Nos vemos luego!

Lorenzo se fue corriendo y Lorena caminó hasta el colegio.

Pasó la tarde viendo una película y luego se duchó.

Mientras salía del baño, alguien llamó a su puerta. Al abrirla se encontró con la Madre Superiora.

—¿Sí?

—Puede que el Padre Adrien sea indulgente con usted, pero si fuera por mí ya la habría echado a la calle por meterse donde no la llaman.

—Buenas noches —contestó Lorena, tras lo cual le cerró la puerta en las

narices.

Acabó de vestirse y arreglarse el cabello castaño oscuro.

Llevaba una blusa blanca con un lazo en el lateral del cuello y una falda negra por encima de las rodillas, a juego con la chaqueta corta de invierno. No se había maquillado en exceso, prefería ir natural.

Al dirigirse a la salida, se cruzó con Adrien. Este la miró atónito, pues no se la esperaba tan elegante.

—¿Va a alguna parte? —le preguntó.

—A dar una vuelta con una amistad.

—¿Con quién?

—¿Esto es un interrogatorio?

—Le recuerdo que...

—He quedado con mi amiga Pili —mintió.

Adrien no mudó su expresión seria.

—No vuelva tarde y tenga cuidado.

—Lo tendré, buenas noches.

—Buenas noches —Adrien se dio la vuelta con el ceño fruncido.

Era un hombre extremadamente seco cuando se lo proponía.

El sacerdote se dirigió a su despacho, donde iba antes de cruzarse sorpresivamente con una Lorena demasiado arreglada. Cerró la puerta de un golpetazo, frustrado a más no poder.

Se sentó en el sofá y cruzó las piernas, apoyando el codo en el reposabrazos y la cabeza en el puño.

Miró la foto del Papa Francisco, que tenía colgada en una pared lateral, y se preguntó cuándo pensaba plantear que los clérigos pudieran casarse. Porque, si no fuera por su voto de castidad, habría tenido motivos para estar celoso de con quien salía Lorena, y ya haría rato que le habría pedido conocerse mejor.

Y no podía.

## Capítulo 11

Lorena no tuvo que esperar demasiado a que Lorenzo acudiera a su encuentro. Se acercó a ella y le dio dos besos, cogiéndole la cintura con una mano.

—Qué bien te sienta ese conjunto. Me gustan las mujeres naturales, sin kilos de maquillaje.

—No soporto el maquillaje en exceso.

No, desde que su marido la obligara a pintarse siempre. Hasta la raya del ojo debía de quedar perfecta.

Nunca más. Solo lo que ella decidiera en cada ocasión. Como si quería ir con la cara lavada en plena cita con un hombre.

—Si te parece, vamos a un restaurante italiano de por aquí que está muy bien.

—Estupendo.

No tuvieron que caminar demasiado por la zona centro de Zamora. En una de las calles adyacentes se situaba el restaurante. A la mujer le pareció elegante, agradable, asequible para bolsillos medios, como el suyo.

—Te diré que no voy a invitarte —le informó Lorenzo.

—Es que no iba a permitirlo y lo sabes.

Él asintió con esa sonrisa suya en el rostro, tan atractiva.

—No me va el rollo de galán que invita para conseguir cosas. Y te aseguro que muchas mujeres le hacen flaco favor a su género cuando pretenden cenar gratis a costa de los hombres.

—Totalmente de acuerdo —afirmó Lorena—. Una cosa es que de vez en cuando se invite a la otra persona, ya sea una amiga o amigo, y sea mutuo, y otro muy diferente que se pretenda comer de gorra.

Les trajeron las cartas de cena y vinos.

Ella prefirió no tomar alcohol y pidió agua, sencillamente.

—¿Temes hacer alguna locura si bebes?

—El alcohol, por lo general, no me sube demasiado. Simplemente no me va el vino.

—A mí ponme una cerveza mejor.

El camarero indagó sobre qué marca prefería. Después anotó qué deseaban para cenar.

—¿Sabes que no es bueno cenar pasta?

—Necesito hidratos, con una buena salsa carbonara y beicon. El cuerpo me lo pide.

—La verdad es que has cogido peso.

Lorena lo miró con una ceja levantada que azoró a su acompañante.

—¡Para bien!

—Ah, bueno.

—Se te ve mucho más sana, te sienta mejor estar en tu peso.

—Muchas gracias.

—Estás bastante buena —soltó a bocajarro.

—Lorenzo... —Lorena miró a ambos lados de la mesa, por si alguien lo había escuchado.

—Hasta el director te mira... —musitó él.

—¿Qué director? —No le comprendió bien.

—El padre Adrien, obviamente.

Lorena no se puso roja, se puso púrpura, lo que hizo que el profesor se echara a reír con toda sinceridad.

—Qué tonterías dices... ¡Cómo me va a mirar de esa forma que insinúas!

—Porque, por muy sacerdote que sea y todas esas mierdas, es un hombre con dos ojos en la cara y buen gusto, como yo.

—Mira, vamos a dejar este tema.

Se abanicó con la servilleta.

No supo qué le turbó más; si Lorenzo tirándole los trastos o saber que Adrien la miraba con ojos de hombre, no de cura.

Aunque la conversación fue fluida el resto de la velada, y la comida estuvo muy buena, Lorena no pudo dejar de entrelazar pensamientos confusos sobre Adrien.

Tras un *cannoli* de postre, y un café, ambos salieron a la calle.

Lorena se arrebujó en su chaqueta.

—Tenía que haberme puesto algo más abrigado.

—¿Quieres que te ofrezca mi chaqueta como buen caballero que soy?

—No te preocupes. Lo he pasado estupendamente.

—¿Seguro que no lo dices para quedar bien?

—Tendrás que vivir con esa duda existencial.

Lorenzo la atrajo hacia así, y la besó con decisión. Lorena le devolvió el beso, aunque más tímidamente.

Lorena recordó lo que era sentir un beso apasionado.

—Nos vemos mañana en la escuela —se despidió él, dejándola alucinada.

Ella se encaminó hacia el colegio, confusa.

No buscaba aquello de él de forma deliberada. Desde luego, era atractivo, divertido e inteligente. Sin embargo, su mente seguía divagando por derroteros por los que era mejor no seguir.

A la mañana siguiente, fue a hablar con la enfermera, Sor Inmaculada, que se hallaba en su puesto de trabajo, ordenando algunos medicamentos en el dispensario.

—Buenos días —le dijo la mujer al verla, sin demasiado entusiasmo.

Aquella era del grupo anti-Lorena, encabezado por la Madre Superiora.

—Buenos días. Em... —empezó a decir—, he hablado con la alumna que está en el hospital...

—¿Por qué? —inquirió Sor Inmaculada de forma dura.

—¿No advirtió en ningún momento que la pobre estaba anoréxica?

La mujer la miró como si le salieran dardos de los ojos.

—Las niñas de ahora están más delgadas —se defendió.

—Delgadas sí, no en los huesos. Era su responsabilidad haberlo parado a tiempo.

—Fuera de mi enfermería. Dios Santo.

—Eso, a rezarle a Dios Todo Poderoso, a ver si las enfermedades de las chicas se curan solitas.

—¡Fuera!

Lorena se marchó sintiendo un cabreo mayúsculo.

Intentó centrarse en su trabajo. Miró el panel de tareas; le tocaba limpiar el almacén deportivo y mover algunas colchonetas para hacer sitio.

Al entrar se dio cuenta de que ya estaba abierto. Supuso que había sido la profesora de educación física, por lo que no se preocupó.

Se llevó un buen susto al encontrarse, sentadas, a dos alumnas en un

instante íntimo.

Ellas se separaron abruptamente, asustadas. Ambas la miraron con cara de pánico.

—Perdón —pidió disculpas y se fue por donde había venido.

Lorena mantuvo cerrada la boca, de forma literal, toda la mañana. Pensó en que no debía de ser fácil para ellas aquella relación, fuera la que fuera, dentro de una institución católica, y que por ello debían esconderse de todos.

Le llegó un mensaje de WhatsApp del padre Adrien.

“Acuda de inmediato a mi despacho”.

Bufó exasperada.

—Sí, ya voy.

Entró tras tocar a la puerta y recibir permiso.

Él no la miró al principio, sino que continuó leyendo un libro bastante grueso con pinta de ser un verdadero muermo.

Lorena se mantuvo de pie, con las manos cruzadas por delante, a la espera de ser atendida.

Adrien levantó un momento su mirada y se cruzó con la de la mujer. Dejó el libro sobre su mesa y entrelazó los dedos de sus manos.

Estaba empezando a ser incómodo.

—¿Sabe por qué está aquí? —indagó.

—Me hago una idea —respondió con sequedad.

—Le ha faltado usted al respeto a Sor Inmaculada al hablar así sobre su Fe Cristiana —dijo.

—Oh, por favor... —bufó, molesta.

—Sé que es atea y no la juzgo por ello. Presupongo que no vendrá a misa ni participará de nuestra Fe, pero le voy a pedir que respete las creencias de esta congregación y que se guarde para sí sus sarcasmos.

—Está bien, lo lamento, no se repetirá.

Se sintió realmente mal de pronto.

—No les dé motivos a los demás para que sigan insistiendo en que la

despida, porque ya tengo bastante con defenderla constantemente.

—¿Constantemente? —se sorprendió—. ¡A caso hago mal mi trabajo!

—En absoluto. Su trabajo lo realiza usted perfectamente. Es su actitud al creerse con potestad para meterse en los temas del alumnado. Si una le viene con un problema, me la envía y yo me encargaré, pero no actúe por cuenta propia.

—A usted le tienen miedo. No le vendrán a hablar de sus problemas.

Adrien se quedó algo descolocado ante tal sinceridad.

—Está bien —claudicó ella—, me limitaré en mis funciones. Y si observo comportamientos erráticos le remitiré el informe a usted.

“Lo cojones”, pensó por dentro.

—Bien, me alegro haber llegado a este acuerdo tácito. Es lo mejor para todos. Porque no quiero tener que despedirla.

—Se lo agradezco, padre Adrien. ¿Puedo retirarme ya para seguir con mis funciones de bedel?

Aunque Adrien notó el tono sarcástico, prefirió no echar más leña al fuego.

—Adelante, haga su trabajo.

—Buenos días.

Él no se despidió antes de que Lorena saliera, pero ella escuchó la silla de su despacho caer cuando el hombre se levantó furioso, supuso.

Así había sido.

Adrien sintió frustración por tener tantos problemas relacionados con ella.

La Madre Superiora, y otras monjas, presionándolo para que echara a la mujer, las alumnas con todo tipo de dificultades que no le confiaban cuando iban a confesarse, en su mayoría, y Lorena cada día sacando una personalidad más fuerte, una que le volvía loco.

Tras cerrar todas las puertas aquella misma tarde, la mujer observó que una alumna interna le hacía señas desde lejos.

Se acercó a ella discretamente, percatándose de que era una de las chicas

que había pillado infraganti por la mañana.

—¿Se lo ha dicho a alguien?

—En absoluto.

—Estoy... confusa... —se sinceró la joven de aspecto delicado.

—¿En qué habitación estás?

—La 15 —le indicó.

—Después de cenar me paso, ¿vale?

La chica asintió, azorada.

Tras una anodina cena sin compañía, esperó prudentemente a que todas las alumnas estuvieran ya en sus cuartos. Acudió entonces a la habitación con la nomenclatura indicada.

La chica la esperaba nerviosa y en pijama.

—Antes de nada, cielo, ¿cómo te llamas?

—Mari Carmen.

—Ven, sentémonos en el sofá este tan mono que tienes.

—Me han dicho que es usted psicóloga. Tal vez pueda ayudarme a que se me quite esto que siento.

—¿Y qué sientes?

—Que me gusta mucho Myriam, la otra chica...

Pareció desorientada.

—Pero a ver... ¿Qué tiene de malo que te guste?

—Que no es normal.

—La normalidad es relativa. El amor entre dos personas es lo más bonito del mundo.

—Somos dos chicas. Eso no puede estar bien —insistió una y otra vez.

—Estás confusa, muy confusa...

—Hace tres años, mis padres me llevaron a un programa para reasignar mis gustos...

—Ya comprendo mejor por qué estás tan perdida, Mari Carmen.

—Me convencieron de que me gustaban los chicos y tengo un novio fuera, pero...

—Pero te gusta más Myriam —concluyó.

—No se parece en nada. A él le aprecio como amigo, pero nada más... Me inventé eso de ser una católica que no tiene ni besos ni relaciones hasta el matrimonio, para evitar cualquier contacto.

—Cielo, lo que te pasa es completamente normal y natural. Esto no se elige, ni se puede reasignar sin causar graves trastornos psicológicos a la persona. ¿Tú te sientes chica o chico?

Aunque por su extrema delicadeza supuso que lo primero.

—Me siento mujer. Y me gustan solo las chicas.

—Entonces eres lesbiana.

Al escuchar aquella palabra prohibida se puso a llorar.

—Me parece deleznable que psicólogos titulados se presten a estas prácticas —bufó—. Y que haya padres así...

—Ellos quieren lo mejor para mí. Que sea normal...

—Ya eres normal, cielo. Una joven perfectamente sana, dulce, guapa... Una chica a la que le gusta otra chica y es correspondida. ¡Eso es precioso!

Intentó insuflarle positividad.

—Myriam es súper buena conmigo.

—Porque te quiere.

—Tengo pensamientos con ella...

—¿Sexuales? —La joven asintió—. Lo raro sería que no los tuvieras a tu edad. Tu cerebro funciona así, no tiene nada que ver con la religión o lo que dicte la sociedad hipócrita que nos rodea. Es pura química...

Mari Carmen pareció menos afectada.

—Te voy a contar una intimidad... Yo tuve un marido, al que en su momento quise con locura. Pero él no me trató bien, no me respetó. Hombre y mujer no es igual a normalidad o felicidad asegurada. Lo nuestro sí que no era normal.

—¿Por qué?

—Pues me manipuló y me anuló como persona.

—Lo siento mucho.

—¿Qué podemos hacer con lo tuyo? Te preguntarás. No quiero mentirte; creo que tus padres no lo van a aceptar con facilidad, porque ya son conscientes de tu condición sexual y te llevaron a ese lugar.

—Es cierto...

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete, pero cumplo la mayoría de edad en diciembre.

—Cuando cumplas los dieciocho, tienes la opción de decidir, y ellos no podrán volver a mandarte a ese horrible lugar.

—¿Y si me echan de casa?

—No quiero ni pensar que hagan eso... ¿Myriam está en las mismas condiciones que tú?

—Ella sabe perfectamente que es lesbiana y se acepta a sí misma como tal. Pero también le tiene miedo a la reacción de sus padres porque nunca les ha confesado nada.

—Es complicado, y me temo que en estos casos yo no puedo hacer más. Solo quiero decirte que te aceptes también a ti misma, como lo hace ella, y lo que sientes cuando estáis juntas. Es lo bonito del amor, compartirlo con quien te corresponde de igual forma.

Aquello le entristeció de algún modo. ¿Hacía ya cuánto que no tenía con quién compartir un sentimiento mutuo de respeto y confianza?

—Esperad a ser mayores de edad para tomar decisiones importantes, porque mientras tanto serán vuestros padres quienes lo hagan por vosotras.

—Gracias... De verdad —los ojos verdes de la joven se llenaron de lágrimas.

—De nada, bonita.

La abrazó contra sí, para darle a entender que no la rechazaba físicamente tampoco.

—Me tengo que ir. A veces pienso que el padre Adrien me vigila —bromeó.

Se volvió a su apartamento, pero en la puerta de este se encontró a un centinela que le dejó patidifusa.

—¿Necesita algo, padre Adrien? Son casi las once de la noche.

—¿Dónde estaba, señorita Pérez? —indagó como si aquello fuera un tercer grado.

—No querrá que nos oigan las santas señoras, ¿verdad?

Abrió la puerta e invitó a pasar a su interlocutor.

—No me parece procedente entrar en su cuarto personal —pareció nervioso de pronto.

Lorena lo agarró de la camisa negra y lo metió en el apartamento.

—A ver, padre, ¿me está espiando por alguna razón en particular? —Le clavó el dedo en el duro pecho.

Adrien sintió que se excitaba con solo aquel contacto, así que le apartó la mano.

—Yo pregunté primero dónde estaba, así que no me cambie de tema deliberadamente —dijo, cruzándose de brazos—. Y no me mienta, porque sé más de lo que parece.

—Una alumna me rogó, con desespero —exageró—, que le diera consejo profesional sobre sus asuntos personales. Y vengo de hablar con ella.

—¿Qué asuntos?

—¿Qué parte de personales no ha pillado, padre?

—¿Es Mari Carmen?

—¿Cómo lo sabe? ¿Me ha seguido hasta su cuarto? —se ofendió.

—Tal vez sepa de esos asuntos personales suyos, señorita Pérez —le respondió con aire de suficiencia.

—Lo dudo mucho, no es algo que una chiquilla perdida cuente al cura de turno.

—¿Sabe lo que es el secreto de confesión?

—Claro que sí.

—Pues eso, a lo mejor hay alumnas, digamos que llamadas Mari Carmen, que han venido a hablar conmigo de ciertos asuntos personales —enfaticó aquellas dos últimas palabras.

—Pero usted no puede contar nada de eso.

—Correcto. En eso consiste.

—Pues asunto zanjado entonces. Callejón sin salida. Usted ha de permanecer callado y a mí no me da la gana abrir la boca. Me lo tomo como confidencialidad médica/paciente, que resulta tener la misma validez que para usted el asunto de las confesiones.

—Me prometió avisarme —le reprochó.

—¿Hola? ¿Son las once de la noche? ¿Quiere que baje a su rectoría, toque a su puerta y me ponga a contarle confidencias de una alumna que arrastra problemones?

Adrien tuvo que callarse ahí.

—No se fía de mí y me espía. Es bastante siniestro, ¿no cree?

—No la espío. La vi por casualidad dirigirse hacia las habitaciones de las chicas.

—Vaya, no he sido lo suficientemente discreta. Pero la próxima vez espérese a la mañana siguiente. ¿O es que no está cansado?

—No, no lo estoy.

O no entendió la indirecta, o Adrien no quiso irse, porque no se movió un milímetro de donde estaba plantado como una estatua de granito.

Así que Lorena sacó un tema de conversación expresamente para incomodarlo y que saliera pitando.

—¿Qué piensa usted de la homosexualidad, padre?

El hombre se dispuso a abrir la boca, pero Lorena se lo impidió y siguió con su perorata:

—Seguro que le resulta una abominación en contra de Dios, algo antinatural, un error a corregir a pesar de destrozar la vida de esas personas que no entran en la normalidad de la Iglesia y la podrida sociedad que nos rodea.

Iba a seguir, empero Adrien se la frenó.

—¡Señorita Pérez! Usted siempre con sus juicios de valor preconcebidos que me ponen de los nervios.

—¿A caso puede defenderse de mis acusaciones? Apuesto a que no — sentenció con firmeza ella.

—En primer lugar: no pienso que la homosexualidad de antinatural. De hecho, existe en muchas especies de este planeta desde que el mundo es mundo. Mucho antes de ser el ser humano consciente de la existencia de un ser superior. Ni lo censuro ni lo dejo de censurar. Y por supuesto que conozco todas las religiones y sociedades que censuran el homosexualismo. Me resulta una abominación imperdonable que haya países donde se asesine a las personas con distintos gustos sexuales, extensible a toda condición o género, ya sean hombres o mujeres, heterosexuales, homosexuales, transexuales, intersexuales y un largo etcétera.

Se detuvo un momento para coger aire, ante una callada Lorena.

—Igualmente me parece absurdo negarle la entrada a la Iglesia Católica a homosexuales y lesbianas con verdadera Fe. Y censuro de igual modo a los que mienten para acceder y así esconder su condición sexual de por vida. Debo reconocer que no me gusta ver el Pride o que pierdan la compostura y el decoro en público, pero no soy quien para censurarlos mientras no dañen a nadie.

Lorena se quedó estupefacta y sin alegatos. Reculó hasta el sofá y se sentó, habiendo perdido todas sus fuerzas como un globo desinflado y chuchurrido.

—Esto no es algo de lo que hable generalmente —continuó—. Sé perfectamente lo que piensa la mayoría al respecto de este tema. La Iglesia ha de reformarse desde sus raíces más profundas para poder avanzar en un mundo que va demasiado rápido y no se va a detener por nada ni nadie. Pero a mí lo que me duele es que usted me haya prejuzgado así de buenas primeras, sin conocerme, es lo mismo que si diera por hecho que soy un pederasta porque todos los sacerdotes lo son, cosa que tampoco es así y que, desde luego, censuraría de inmediato en un compañero, denunciándolo a la policía.

Adrien se movió hacia ella y se sentó en una silla que cogió.

—Para terminar con todo este asunto, le voy a contar algo que pocas personas saben; mi hermano mayor es gay, vive con su pareja y han adoptado a una niña extranjera. Para mis padres es el triángulo del infierno, temerosos de Dios y chapados a la antigua que son. No le deseo a nadie el sufrimiento de mi hermano, porque lo viví en primera persona cuando decidió salir del armario y divorciarse de su mujer, con la que llevaba veinte años llevando una vida de mentira. Por lo tanto, mucho menos se lo deseo a unas pobres crías en edad de crecimiento mental y físico, ya sean lesbianas, transexuales o lo que quieran o sientan ser. Tan solo me preocupa que sufran. Así que tenga mucho cuidado con lo que les recomiende hacer.

Lorena, hecha un guiñapo en el sofá, no tuvo palabras que decir, ni se atrevió a mirarlo cuando el hombre se levantó.

—Buenas noches —dijo Adrien.

No pudo responderle antes de que se fuera.

La mujer se llevó las manos a la cara, avergonzada. Debió haberse contenido antes de juzgarlo.

Y lo peor de todo fue que, en vez de odiarlo por aquel mal rato, le empezó a gustar Adrien muy seriamente.

Este bajó las escaleras limpiándose las lágrimas. Quería mucho a su hermano, y nunca le había contado aquello a nadie, ni siquiera a su amigo Bernardo.

Se sintió maltratado por Lorena, injustamente juzgado. Pensar en que ella pensaba aquello de él le hundió en la miseria.

Llegó a su cuarto y buscó un pañuelo con el que sonarse las mucosidades y limpiarse la cara mojada.

—Y qué más da qué opine de ti, si no puedes estar con ella... —se dijo, sintiéndose miserable.

## Capítulo 12

Dos días estuvo Lorena evitando como fuera al padre Adrien. Si lo veía aparecer, se escabullía. En una ocasión, se escondió en una habitación de limpieza durante diez minutos, a oscuras.

Pero llegó el fatídico momento en el que la llamó a su despacho y ya no pudo evitar el encuentro.

Picó a su puerta, rígida como un palo de escoba.

—Adelante —se escuchó decir.

—Buenos días, padre.

—Siéntese, por favor.

Adrien se comportó de forma seria, como de costumbre.

—La he llamado porque quería que supiera que Cecilia ha sido trasladada a un centro de Madrid para trastornos alimenticios como el suyo. La controlarán en todo momento y se pondrá bien.

Lorena no pudo evitar sentir alegría.

—Cecilia me ha pedido que le dé las gracias por ayudarla y escuchar lo que sentía. Eso le ha dado fuerzas.

—¡Cómo me alegro!

—Yo mismo le recomendé a sus padres el centro, tras investigar. Su tutora legal ahora mismo ha pasado a ser su tía, por lo que no estará sola.

—Espero de corazón que se recupere.

—Rezaremos por ello —concluyó Adrien.

Se quedaron callados ambos, rodeados en un incómodo silencio.

—Quiero pedirle disculpas por haberle juzgado tan mal la otra noche. Fue lamentable por mi parte —Lorena rompió ese silencio.

—Está exculpada. Yo también me excedí siguiéndola hasta su apartamento.

—Gracias...

—Si quiere puede continuar con su trabajo, no la entretengo más.

—Buenos días.

Lorena se levantó para irse.

—Una cosa...

—¿Sí?

—No hace falta que se esconda en cuartos de la limpieza durante tanto rato solo para no encontrarse conmigo.

La mujer sintió el calor subirle por la cara.

—Lo tendré en cuenta —respondió. Luego cerró la puerta tras de sí, violentada.

Desde aquel día intentó comportarse de forma natural con Adrien, pero fue incapaz y siempre la “cagaba” en algo. Jamás le había sucedido aquello con un hombre, ni siquiera con su marido.

Pero Adrien era “el hombre prohibido”, mirar y no poder tocar “nunca en la vida”.

Así que Lorena tuvo que conformarse con lo que había; o sea, nada.

Llegó de nuevo el fin de semana y no hizo demasiado buen tiempo. Pese a ello, Pili le escribió para quedar un rato a tomar un café o un chocolate caliente con pastas zamoranas.

Lorena estuvo encantada pese a la lluvia que caía.

Llegó a la cafetería y dejó el paraguas en un cubo destinado a ello.

—Maja, lamento no haber podido quedar antes.

—Mujer, siendo reciente mamá...

—Estarás un poco aburrida en Zamora, viviendo en Madrid tantos años.

—Qué va, estoy muy bien. No me siento sola, tengo a mi padre cerca. Y en el colegio no hay tiempo para aburrirse.

Pidieron unos cafés con pastas típicas de la zona.

—¿Y qué tal lo llevas en el trabajo?

—Pues... Algunas alumnas acuden a mí para que las aconseje. Les inspiro confianza, parece ser.

—¡Qué bien!

—Bueno... Me ha traído varios problemas con el padre Adrien y algunas monjas.

—¡Curas! —bufó Pili.

—No es tan malo como quiere aparentar... En el fondo me hace caso y todo.

—¿Y qué tal con el profesor ese? ¿Lorenzo era?

—Sí. Quedamos a cenar y fue divertido. Me reí bastante. Me besó...

—¿En serio? Los hombres no pierden el tiempo.

—Fue agradable...

—¿Y ya está?

Lorena suspiró.

—Me gusta... Pero no sé si estoy preparada aún para estas cosas.

—Es posible.

Lorena pensó en que si fuera Adrien el que la hubiera besado, habrían acabado en la cama.

—Me dice mi chico que la niña duerme... —Pili miró el móvil—. No hace falta que vaya. ¿Quieres que cenemos juntas?

—¡Me encantaría!

—No tendré que sacarme las ubres en un buen rato —bromeó y Lorena se echó a reír.

—¿No pensaste en tener hijos?

—Soy estéril —afirmó.

—Oh... Lo siento.

—No pasa nada, llegó un punto en el que lo asumí y decidí no intentarlo más.

—Pues ya está. Vive libre de ataduras. Es muy bonito, pero a veces me arrepiento. No por eso soy mala madre.

—En absoluto.

—Pero en cuanto vuelva al trabajo, no un zombi del todo —se echaron a reír mientras se levantaban para irse a cenar.

Terminaron en una bocatería con bastante afluencia.

—Esto está de puta madre —dijo Lorena cuando le trajeron sus hamburguesas con guarnición.

—Y que lo digas.

Cuando se dispuso a dar su primer bocado, le sonó el móvil.

Miró la pantalla y colgó deliberadamente.

—Este hombre no me deja en paz ni en mi día libre. Me acosa.

—¿A quién te refieres? ¿Tu ex?

—No. Al padre Adrien, el director del colegio.

Le llegó un WhatsApp y no hizo caso, guardando el teléfono en el bolso.

—En mi noche libre no estoy, joder.

Y le pegó un bocado a la succulenta hamburguesa.

—¿Y si es algo importante?

—Que no, que te digo que es muy pesado. El otro día vino a molestarme a mi apartamento.

—A ver si es un viejo perverso...

—No tiene ni cuarenta años, y está bueno —comentó sinceramente.

—¿En serio? Cuéntame, cuéntame más.

—Está buenísimo. El pelo medio cano, así hacia un lado, y los ojos muy

azules, con gafas. Pero es más seco que la mojama y te suelta cada zasca que es “pa” cagarse. Y el otro día tuvimos una discusión, aunque salí perdiendo.

El móvil sonó de nuevo, insistentemente, pero se trató de Sor Sofía.

—En serio, cógelo, no te preocupes por mí —le pidió Pili.

Lorena asintió y descolgó.

—Sor Sofía, estoy cenando con mi amiga —comenzó a decir.

Pili vio la cara de Lorena y se preocupó.

—Vale, voy para allá.

—¿Qué pasa?

—Perdóname, Pili. —Se levantó y le dejó el dinero a su amiga—. Tengo que irme corriendo. Mañana te lo explico.

—Tranquila, vete.

La mujer echó a trotar hacia el colegio, lloviendo a cántaros, y al llegar se encontró el percal; la policía estaba allí.

—¡Señorita Lorena! —la llamó Sor Sofía.

—¿Las han encontrado? —preguntó con preocupación.

—No tienen idea de dónde están.

—Pero ¿cómo ha pasado?

—Mari Carmen se apuntó esta tarde para salir a pasear con las otras alumnas, y en un descuido de Sor Francisca, se fue.

—Ay, Dios, qué desastre.

—¡Señorita Pérez! —Adrien la llamó, más preocupado que furioso—. Necesito hablar con usted en privado. Venga conmigo.

Caminaron juntos hasta un pasillo.

—¿Por qué me ignoró?

—Estaba con mi amiga...

—¿Con su amiga o con Lorenzo? —preguntó a bocajarro.

—¡Con mi amiga Pili! A la que he dejado sola cenando —contestó molesta.

Adrien pareció aliviado, y se flageló mentalmente por sacar así sus celos.

—¿Me puede decir qué coño ha pasado? —le preguntó Lorena.

—Mari Carmen se ha escapado, y Myriam no aparece por casa. Las dos están en paradero desconocido. Necesito saber qué le dijo a Mari Carmen. Sin secretismos.

—Le dije, que cuando fuera mayor de edad, les contara a sus padres todo. No le incité en ningún momento a hacerlo ya ni, mucho menos, a escaparse con Myriam. ¿Por quién me toma?

—Los padres de Myriam están aquí, en mi despacho. Le voy a pedir que ejerza de psicóloga con ellos a ver si conseguimos averiguar algo más.

—Claro, faltaría más.

—Como va bien vestida no sabrán que es la bedel.

Aquello le sentó como una patada a la mujer.

—¿Y qué tiene de malo ser la bedel?

—Que perdería credibilidad, ¿no cree?

—Bueno, tiene razón —tuvo que admitir.

Entraron en el despacho, donde el matrimonio esperaba con nerviosismo.

—Hola, esta es la Doctora Pérez, psicóloga del centro. Estos son los señores Ruíz.

A Lorena le chocó la mentira del cura, pero supo contenerse, por las circunstancias.

—Por favor, sentémonos a hablar.

Adrien le ofreció a Lorena su asiento al otro lado del escritorio, y se quedó de pie a su lado, con la mano en el reposacabezas, muy cerca de ella.

—¿Tienen alguna idea de por qué su hija ha desaparecido a la vez que su amiga Mari Carmen?

—No entendemos nada —dijo el padre, de talante autoritario. La madre, en cambio, estaba compungida y algo sabía.

—Es una chica estudiosa y feliz, jamás había hecho algo así —comentó la mujer.

—¿Su hija y la otra chica tenían alguna relación especial?

—¿Cómo especial? ¿Qué insinúa? —se puso a la defensiva él.

—No insinuó, señor Ruíz. Solo intento entender a su hija, a la que no he tenido el gusto de conocer. Pero con Mari Carmen sí he hablado y sé por dónde van los tiros. Cuanto antes salga a la luz la verdad, antes podrá la policía buscarlas.

—Cariño, creo que deberíamos contárselo.

—¿Contárselo? ¡Es una vergüenza! —exclamó él.

—Yo se lo voy a decir.

—Haz lo que quieras.

El hombre se levantó y salió. Su esposa miró a Lorena.

—Cuéntenos...

—Ayer la niña nos confesó que... es lesbiana. Y que tenía una novia en el colegio. Su padre se enfadó mucho y la amenazó con sacarla de aquí. Yo he intentado entender a mi hija, aunque reconozco que me cuesta.

—¿Usted acepta su homosexualidad?

—Es mi hija, sería una madre horrible si dejara de quererla por eso. Pero no deseo perderla. Me pregunto qué hemos hecho mal para que se haya vuelto así...

—Nada, no han hecho nada mal. Su hija nació así y no se puede cambiar.

—Solo quiero entenderla... Si mi marido no se hubiera puesto como un energúmeno, ahora estaría en casa con nosotros.

—Nadie tiene la culpa. Probablemente hayan ideado un plan para escapar juntas y han aprovechado que Mari Carmen salía hoy a pasear. ¿Sabe de algún sitio donde puedan estar?

La mujer negó con la cabeza.

Lorena miró al padre Adrien, que la observó a su vez con preocupación.

—Voy a informar a la policía. —dijo él.

Lorena se quedó dándole apoyo moral a la madre de la adolescente e intentó explicarle mejor lo que le pasaba a su hija.

Finalmente, el matrimonio se fue a casa, pues allí nada podían hacer. El padre Adrien acompañó a las fuerzas del orden, una noche en la que caía un buen aguacero.

Lorena no pudo hacer otra cosa que esperar junto a Sor Sofía.

—¿Crees que se han fugado juntas por amor? —preguntó la monja.

—Pues sí, estoy segura del todo.

—Ay, el amor adolescente...

—¿Y no le extraña?

—Uy, me sé de varias historias de mujeres que se ordenaron para poder estar juntas, porque antes era la única forma. Mi tía abuela fue una y siempre lo supimos.

—Qué triste, de verdad... Y que ahora unas pobres chiquillas tengan que escaparse porque sus familias católicas no lo comprendan.

—No necesariamente han de ser católicos.

—Es cierto, tiene razón. Lo siento... —admitió Lorena.

—El padre Adrien se ha puesto muy nervioso hoy. Como no le contestaba al teléfono ni a los mensajes, me pidió que la llamara yo.

—Estaba cenando con mi amiga Pili. Y me enfadé.

—Dijo: “seguro que está con ese impresentable”.

—¿En serio comentó eso?

La mujer se puso colorada.

—Aunque no lo creas, se preocupa por ti. Ya hubo un caso, de una profesora, que se marchó por culpa de Lorenzo. Supongo que no desea que vuelva a pasar, aunque la Madre Superiora no deja de darle el coñazo para que te eche. Te aseguro que es tan cabezón, que no lo hará.

Lorena se sintió halagada.

—Sinceramente, esta señora me da igual lo que opine. Yo solo quiero hacer mi trabajo y, si me dejan, ayudar a estas niñas. Hay aquí muchos problemas acumulados.

—Tienes toda la razón, bonita. A más de una cría de estas que molestan a

las demás, para sentirse superiores, les daría un buen tortazo.

—Es usted una loquilla, Sor Sofia.

—Sí, la ovejita negra de la congregación.

Lorena y ella se echaron a reír. Luego la mujer se fue a descansar, pues poco podía hacer.

Alrededor de las tres y media de la mañana, el padre Adrien volvió con Mari Carmen, empapados de arriba abajo.

Lorena acudió a su encuentro.

—Por favor, quédese con ella, voy por una toalla.

—¿Estás bien, chiquilla?

La joven sollozó.

—Nos van a separar...

—Ay, cielo.

Adrien apareció y la tapó con la toalla.

—La voy a llevar a su cuarto —le infirmó ella—. Vaya usted a la rectoría, está empapado también.

Adrien asintió.

Acompañó a Mari Carmen hasta su cuarto, y esperó a que se duchara. Luego la ayudó a secarse el pelo, mientras la veía llorar en silencio.

—Métete en la cama, bonita. ¿Estarás bien? ¿No harás nada raro?

—No soy de esas...

—Lo sé.

—Myriam les dijo a sus padres que es lesbiana. Ellos se lo tomaron mal y le dijeron que la sacarían del colegio. Ideamos el plan de escapar juntas e irnos a Salamanca, porque una prima suya estudia allí y nos podíamos quedar con ella unos días. Pero la policía nos interceptó antes de llegar a su casa.

—Era un plan muy malo, Mari Carmen —se sinceró la psicóloga.

—Lo sé, pero estábamos desesperadas. Ahora nos sacarán del colegio y...

Me llevarán a terapia.

—Aguanta lo que sea hasta ser mayor de edad, entonces no podrán obligarte a ir. Pero no hagas más locuras de estas, por favor. Estábamos todos atacados de los nervios.

—Quiero volver a verla, estar con ella, vivir con ella. La amo... —susurró.

—Entonces aguanta un poco más. Si vuestro amor es verdadero, ni el tiempo ni la distancia lo quebrantarán.

—Usted ha sido muy buena conmigo. Incluso el padre Adrien... No me ha regañado en todo el camino, me ha abrazado contra él para darme calor físico y moral. Es un trozo de pan...

Lorena asintió, emocionada.

Le acarició el cabello hasta que se quedó completamente dormida, de puro cansancio.

Bajó hasta la rectoría y llamó a la puerta, hasta que Adrien la abrió, ya cambiado y seco.

—Bueno... Mañana me lo cuenta, supongo.

—Puede entrar —la invitó a pasar.

—Gracias.

La planta baja era la pequeña casa que su padre ocupó, y arriba se encontraba la de Adrien. Este subió la escalera y lo siguió.

Halló una planta sencilla, con un baño, un saloncito y una habitación para dormir.

—Abajo está la cocina —dijo él—. Iba a hacerme una infusión. ¿Quiere algo?

—Una tila, por favor.

Lorena observó mejor la estancia, sentada en el sofá.

Una tele con DVD, algunos muebles llenos de libros variados, no solo eclesiásticos, e incluso una colección de películas de todo tipo, desde acción hasta amor.

Aquello no se lo esperó en absoluto, pues compartían gustos

cinematográficos.

Le chocó las fotos del Papa actual, y las Vírgenes. Pero aquello debía de ser lo normal, supuso.

Adrien subió con dos tazas humeantes en sendas manos. Posó la de Lorena sobre la mesita, frente a la mujer.

—He puesto la calefacción. Tardará un poco.

—¿Estaban juntas? —preguntó ella.

—Sí, en Salamanca. Habían cogido el autobús hasta allí. Myriam ya está con sus padres.

—¿Y qué le han dicho?

—Nada; el padre como una tumba y la madre y ella llorando.

—Pobrecitas...

—Me imagino que los padres de Mari Carmen nos denunciarán por perderla de vista y, en ambos casos, las niñas serán sacadas del colegio. Pero qué le vamos a hacer...

—Me temo que nada. Hasta que ellas no cumplan la mayoría de edad...

—No quiero que lleven a Mari Carmen a ese horrible lugar de nuevo — confesó él a Lorena.

—Usted también lo sabía...

—Acabo de faltar a mi promesa del secreto de confesión... —suspiró.

—Yo no sé nada, ni voy a chivarme...

—Pero Dios sí...

—Padre Adrien —lo riñó.

Él la miró con una mueca torcida en los labios.

—Mis padres lo intentaron con mi hermano en su juventud... Cuando vieron en él comportamientos anormales... Le convencieron de tal modo que acabó casado y con dos hijas. Pero el río vuelve a su cauce. Conoció a su actual pareja y lo dejó todo. Sus hijas no quieren verlo. Mis padres... menos aún...

—Pero usted sí le habla.

—Sí, pese a que mis padres han intentado presionarme. Son muy religiosos. Mi familia está satisfecha conmigo, en cualquier caso... Pero me doy cuenta de que mi gestión en el colegio no es buena.

—¡No es cierto! —exclamó Lorena. Pero la mirada de perrito abandonado de Adrien la desinfló—. Puede que no tenga la capacidad que tengo yo para captar los problemas de las chiquillas. Yo ando todo el día dando vueltas; veo cosas.

—Y yo me la paso en mi despacho o en Misa...

—Le recomiendo que contrate un psicólogo de verdad, uno que venga cada semana a ser posible.

Lorena estaba casi pegada a él, y su presencia hacía a Adrien sentir una especie de imán de deseo.

—Tengo que pensar en todo esto —dijo, llevándose las manos a las sienes, como dolorido— Gracias por su ayuda, discúlpeme. Me voy a dormir, estoy agotado.

—Claro, yo también me voy.

Adrien la vio desaparecer escaleras abajo, muerto de dolor y ganas por abrazarla.

Lorena subió a su apartamento y se metió en la cama, agotada. Las niñas estaban bajo techo y seguras, Adrien también en su casa... Por fin podría descansar como un tronco.

El móvil le sonó de nuevo y pegó un respingo.

Cerró un ojo por la luz de la pantalla; era Adrien.

—¡La Virgen! —exclamó—. ¿Qué coño querrá ahora?

Descolgó y le dejó hablar.

—Lorena... Necesito que me traiga algo para la fiebre...

—Padre, ¿no puede ir usted? —frunció el ceño al decirlo.

—No soy capaz de salir de la cama... —se puso a toser.

—¿Llamo a Sor...?

—No. Le pido a usted que venga... Por favor.

—Bueno, vale. Voy —bufó.

Lorena se bajó de la cama y advirtió, sorprendida, que la había llamado por su nombre.

## Capítulo 13

En la enfermería, y con frío, buscó lo necesario, yéndose después hacia la rectoría, tras coger la llave “prohibida”.

Cualquier hubiera pensado que eran amantes.

—Bueno, no —se dijo—, el pijama de fresitas no es lo más sexy del mundo, ni esta bata de abuela.

Subió las escaleras y entró en el cuarto de Adrien.

—Permiso...

Observó lo pulcro y sencillo que era: cama grande, un armario y un escritorio con un ordenador.

—Lorena —tosió aparatosamente después.

—Mañana a Urgencias de cabeza, ¿eh?

Él no dijo nada.

—Venga, tómese esto.

Le fue ofreciendo pastillas con agua.

—Quítese las gafas, las tiene empañadas.

El hombre tiritaba de frío e insistía en taparse más.

—No, esta manta no. Así está bien...

—Tengo mucho frío —se quejó.

Lorena le coló el termómetro bajo el sobaco, teniendo que acercarse bastante a él. Sintió su pesada respiración y fue electrizante.

Se apartó un poco, ruborizada, pues el corazón se le disparó.

Estuvo mirándolo fijamente hasta que sonó el pitidito del termómetro.

—Ay... 39°. Estamos apañados.

—Lo siento... —pidió disculpas él, tiritando.

—¿Por qué no quiere llamar a la enfermera?

—Porque es usted menos indulgente conmigo.

—oh, qué piropo. Pues como soy poco indulgente, le obligo a que se quede quietecito en la cama y deje hacer efecto a los medicamentos.

—No se vaya... —sonó como un lamento infantiloides.

Adrien se moría de ganas de que se quedara allí, a su lado.

—Padre... necesito dormir. Me caigo de sueño. Y no puedo aquí en su cama...

Él se echó a reír de forma que Lorena alucinó.

—Sería la primera vez en mi vida, dormir con una mujer que no sea mi madre...

—¿Y qué hacemos?

—El sofá... Hay mantas y sábanas en la cajonera del armario.

—El sofá... —repitió, suspirando—. Venga, me voy al sofá. Pero no quiero habladurías después. Lo aclara usted.

—Claro, Lorena...

De nuevo dijo solo su nombre, medio dormido, pero lo dijo.

—No entiendo a este hombre —farfulló mientras se hacía la cama en el susodicho sofá.

Cuando Lorena llevaba un par de horas durmiendo, se despertó por las divagaciones de Adrien. Se levantó a trompicones y fue a verlo. Le puso la toalla fría en la cara, de nuevo. Entonces, Adrien la agarró de los brazos para atraerla hacia él. Lorena no supo qué hacer.

—Mi preciosa... —susurró él, mirándola febril a los ojos.

Ella sintió algo muy fuerte en el estómago y se le puso el corazón a mil.

—Adrien... —jadeó—. No... No podemos...

A pesar de la negación en sus palabras, lo besó en la mejilla, dejándose llevar, y aspiró su olor a hombre y jabón. Él giró su rostro y sus labios atraparon los suyos hasta convertirse en un beso lento y profundo.

Lorena sintió su cuerpo electrizarse, y sus partes íntimas contraerse en espasmos de placer.

Jamás se había sentido de aquella forma, si siquiera con Raúl.

Pero, consciente de que no podía suceder, se apartó.

Él le acarició el rostro.

—Eres la Virgen más preciosa... —dijo de pronto.

Lorena se quedó perpleja.

—Reluces...

—Está delirando... —se percató de pronto de que Adrien creía ver a la Virgen.

Pues ella, de Virgen, tenía nada y menos.

Sintió un bochorno tremendo, una vergüenza insoportable que le hizo un nudo en la garganta.

Tapó a Adrien de nuevo, le puso el paño frío otra vez y se volvió al sofá, con las bragas bien húmedas, comiéndose las ganas.

—Soy gilipollas. Gilipollas.

Por la mañana fue Adrien quien la despertó. Lo miró poniéndose roja de inmediato.

—¿Y esa cara de susto? —indagó él.

—¿No se acuerda de los delirios?

—¿Qué delirios?

Lorena dedujo que no lo recordaba, si no, no estaría tan tranquilo ante ella, como si tal cosa.

—¿Y el termómetro? —preguntó.

—En el baño, fui a limpiarlo de sudor.

Se levantó y fue a por él.

—Póngaselo en el sobaco y estese quietecito.

—Lo sé, no soy un niño.

—Pues anoche me dio por saco.

Él no dijo nada al principio. Luego le vio observar el reloj.

—No puedo dar Misa hoy.

—Dios se lo perdonará por estar malito.

—¿Se burla?

—Nooo. Uf, qué poco sentido del humor se gasta.

El pitido del termómetro los avisó.

—37°, mucho mejor. Bueno, yo me voy a descansar a mi cama ahora que puede valerse por sí mismo.

Lorena se puso su bata de abuela anti sexy y procedió a irse. Adrien la asió de la mano con delicadeza.

—Gracias... —la miró a los ojos, con intensidad.

Luego la soltó inmediatamente, dándose cuenta de que se estaba pasando y ella empezaría a notarlo si seguía así.

—No hay de qué...

Ella se fue, y se encontró a la Madre Superiora abajo, a punto de tocar al timbre al ver que el Padre no bajaba a Misa.

—¡Señorita Pérez! —gritó, escandalizada.

—Las explicaciones se las pide al padre Adrien.

—Pero...

—¡Al padre! Yo me voy a dormir durante todo el maldito domingo.

“Que se pongan a especular si quieren, yo ya he hecho bastante el gilipollas por mí misma”, se dijo.

“Besar a un cura. ¿A quién se le ocurre?”, continuó machacándose.

Lorena durmió hasta bien entrada la tarde. Lorenzo le escribió para ir a tomar algo, pero le puso la excusa de que se sentía enferma. Luego le contó a Pili absolutamente todo, desde lo de las niñas hasta lo del Adrien.

Huelga decir que su amiga alucinó pepinillos y se partió de risa con sus peripecias anti amorosas.

—A ver, ¿me estás diciendo en serio lo de que te has enrollado con un sacerdote católico? —le preguntó por teléfono.

—Joder, que sí. Mira, estábamos los dos con las defensas muy bajas y pasó. Pero que no se acuerda de nada, ya te lo digo.

—Eso es lo que te quiere hacer creer.

—Te repito que no. Deja de chincharme.

—Tú misma. Uf, qué morbazo.

—Cállate, ya lo sé.

Cuando bajó a cenar todo fueron inquisitivas miradas. Sor Sofía se acercó a ella al salir del comedor.

—¿Es verdad que has pasado la noche en la Rectoría?

—Sí, porque el padre Adrien es un niño caprichoso y quería que le cuidaran pues estaba malito. ¡Molestar a la bedel es su pasatiempo!

—Se ha ido a Urgencias.

—¿Qué? —se preocupó.

—Solo para que le diagnostiquen, pues sigue con fiebre.

—Bueno, pues esperemos que se ponga bien pronto, así no me da por saco más.

—¿Tan mala fue la noche?

—¡Peor! —sus frustraciones saltaron al ruedo—. Empezó a delirar con la Virgen, en plan devoto. Vamos, que estaba convencido de que se le había aparecido y era yo.

Sor Sofía se echó a reír a carcajadas.

—¿De qué ser ríe?

—De los delirios de un cura.

Y siguió a carcajada limpia largo rato. Al final, Lorena se contagió también, riéndose de sí misma y sus ridiculeces amorosas.

## Capítulo 14

—¿Es cierto que dormiste con el padre Adrien? —le preguntó Lorenzo.

—No con él, sino en su sofá —puntualizó—. Porque se puso muy enfermo con fiebre, como ya sabrás.

—No es tonto, no.

—¿Qué insinúas?

—Que cualquier hombre querría que le cuidara una mujer guapa, no un vejestorio monjil.

—¡Ten más respeto! Eres de lo que no hay.

—Me voy a poner celoso o, mejor, me voy a enfermar para que me cuides.

—Te mandaré a la monja —le soltó.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—¿De qué?

—¿Intentó algo?

—¡Por supuesto que no! Es un cura.

“La que se extralimitó fui yo”, se dijo.

—¿Y desde cuándo ser cura evita ciertas cosas? Si antes los Papas tenían mujer e hijos, por no decir amantes.

—Te aseguro que el padre Adrien no es de esos. Su único amor es la Virgen —le castañearon los dientes, de rabia.

—Pero sigue sin ser tonto.

—¡Me voy a trabajar!

—¿Si me pongo malito te puedo llamar?

—Solo si quieres morir entre agonías —se echó a reír—. Soy una pésima enfermera.

Al desaparecer por la esquina, Lorena ya no se percató de la expresión seria de Lorenzo.

La bedel supo por Sor Sofia, que los padres de Mari Carmen irían por ella a la mañana siguiente, así que optó por ir a verla y darle unos últimos consejos.

La chica le pareció más animada, pues no fue obligada a acudir a clase y evitó así las burlas de las alumnas más desagradables.

La joven estaba resuelta a aguantar hasta la mayoría de edad.

Lorena no podía saber si aquel amor adolescente, e incomprendido, sobreviviría antes las adversidades como un amor adulto, pero en ocasiones la juventud era más fuerte y decidida.

Cuando pasó por el pasillo B de la zona lectiva, escuchó hablar a varias chicas. Hizo como que limpiaba el extintor, y escuchó:

—Qué puto asco las dos tortilleras esas. Anormales —escupió una.

—Mejor, así no tenemos que estar todo el día jodiéndolas, que se larguen de aquí.

—¡Que las jodan otras es lo que les pone!

Se echaron a reír a carcajadas.

—Entre estas, la anoréxica de mierda y la gorda que se suicidó, nos vamos a quedar sin gentuza a la que putear.

—Aún tenemos a la pava de Sonia. Se ha vuelto a cortar a escondidas, la muy puta.

Volvieron a carcajearse.

Lorena no aguantó más.

—Señoritas, es hora de estar en clase —les dijo.

—¿Y usted no debería de estar “cuidando” al director? —contestó la que pareció la cabecilla.

—Id a clase, ahora —ordenó Lorena.

—Uy, sí, señora bedel, qué miedo.

Caminaron, alejándose, entre risotadas.

—Puto cáncer... —se dijo Lorena, con los dientes apretados.

Tendría que averiguar quién era la tal Sonia.

Por la tarde fue a ver al padre Adrien para hablar de ello, pero estaba durmiendo en la rectoría, por lo que tuvo que buscarse la vida.

A la hora de la cena se sentó con las internas y estuvo interrogándolas sin muchos miramientos. Estas se quedaron bastante pasmadas.

—¿Conocéis a una tal Sonia que se hace cortes?

Ninguna abrió la boca.

—Sé que se practica el bullying, sé quiénes lo hacen, y no lo voy a permitir. Bastantes problemas he descubierto ya, y sé que estáis enteradas de casi todos.

—Señorita Pérez, es mejor no meterse con ellas... —dijo una.

—¿Y eso por qué?

—Si lo hace la echarán, y no nos gustaría.

—Si no me ha echado ya el padre Adrien, pocas cosas lo podrían llevar a hacerlo.

—Bueno, nosotras solo la advertimos. Esas chicas son malas y sus padres tienen contactos con el obispado. Ahí el director no podrá hacer nada.

—Gracias. Pero considero más preciada la vida y el bienestar de cualquiera de vosotras que este trabajo. Y si alguna conoce a esa tal Sonia, ya sabéis dónde estoy. Prometo no decir palabra de cómo lo supe.

A la mañana siguiente, se encontró una notita en su despachito, pasada por debajo de la puerta.

*“Sonia pasa muchas horas en la biblioteca. Es rubia con gafas y lleva aparato”.*

Obviamente no iba firmada.

Lorena intentó dar con la joven a distintas horas, pero no coincidió.

Fue a hablar con el padre Adrien que, afortunadamente, estaba mejor de salud y se había reincorporado a su puesto.

Puso un poco de distancia entre ellos, pues no podía parar de pensar en el tórrido beso y en sus carnosos y calientes labios anhelantes.

Entró en su despacho y se quedó sin habla al verlo, con el corazón latiéndole alocadamente.

—¿Qué puedo hacer por usted? Siéntese...

—B... Bueno, yo...

—¿Sí? —La miró tras sus gafas.

—Vengo a comentarle sobre una alumna.

El padre suspiró, agotado.

—Puedo venir en otro momento.

—No, por favor. Solo es cansancio. A parte estoy embotado por los medicamentos.

—¿Se encuentra mejor?

—Ya no tengo fiebre.

—Me alegra.

—¿De qué alumna me habla?

—No estoy muy segura, sé que se llama Sonia, rubita con gafas y aparato en los dientes.

—¿Pero la ha visto?

—No.

—¿Entonces?

—Escuché a otras alumnas... Esa chica se corta para flagelarse. Es un claro indicativo de depresión.

—¿Qué alumnas?

—Unas de último curso. Se reían de ella y de los demás casos.

—Yo me encargo.

—Pero puedo hablar con la chica...

—No. Yo me encargo —insistió.

Adrien se llevó las manos a la cabeza.

—¿Está bien?

Lorena tuvo el impulso de tocarle la frente de buena fe, pero él se apartó, asustado.

—Me iré a la rectoría de nuevo.

Se levantó.

—Si me necesita, dígamelo...

—No lo creo, tranquila. Puede seguir con sus tareas.

—Vale —contestó con decepción, y se fue disimulando sus sentimientos.

El hombre la vio marcharse y hundió la cabeza entre los brazos, con el corazón a cien. No paraba de tener pensamientos, y extraños recuerdos, de haberla besado. La sensación de sentir su boca, su olor y calor, su cuerpo encima. Había sido un sueño muy vívido que lo atormentaba una y otra vez. Se le estaban yendo de las manos sus sentimientos por ella y no sabía cómo

proceder.

Tras una jornada laboral intensa, Lorena habló con Pili por el Messenger de Facebook.

—Maja, que tú te estás colando fuerte por el cura.

—Estoy bien jodida.

—Pero ¿cómo es?

—Para empezar, parece llevar metido un palo por el culo. Pero luego, resulta que es un buenazo.

—¿Y físicamente?

—Casi metro ochenta, sale a correr cada día, moreno con canitas que le salen en las sienes, gafas, ojos bonitos...

—Te pone cachonda.

—Sí.

—¿Y el profesor?

—Pues me tira los tejos, pero... No me acaba de convencer salir con él.

—No soy partidaria de olvidar a un tío con otro, pero a lo mejor sería bueno que salieras más con él antes de que te cueles del todo por el cura, que es inaccesible.

—Lo pensaré.

—Si te quita los picores que el cura te deja, pues adelante.

—XDDDDDDDDDDDDDDDDDD

—XD Maja, la niña me pide teta, te tengo que dejar. Ya me cuentas.

—Besissss.

Cerró la ventana de mensajes y le abrió una a Lorenzo, que estaba supuestamente conectado.

—Hola, profe.

—Hola, bedel sexi. Me tenías abandonado.

—Hablabas con mi amiga.

—¿De tíos?

—A lo mejor. He pensado que, si no tienes nada que hacer, podríamos quedar el sábado.

—Mi agenda siempre está libre para ti ;)

—Pues ya quedaremos a una hora. Por el momento me voy a dormir, profesor sexi.

—Ey, qué pronto me dejas.

—Me lo guardo todo para el sábado.

—¡Eso no se hace! XDDD

—XDD ¡Hasta mañana en la escuela!

—Buenas noches, bedel sexi.

Lorena pensó que no estaba tan mal probar. Él parecía interesado y no tenía por qué ser nada serio, en principio.

Raúl fue siempre el único hombre en su vida, con el que se había acostado. No conocía otra cosa y se obnubiló. Pero a sus 35 años, y con necesidades sexuales, no tenía por qué seguir con telarañas entre las piernas.

Demasiados años siendo malquerida le habían pasado factura.

Y el único hombre que, tal vez, hubiera podido aportarle verdadero cariño, no estaba a su alcance.

## Capítulo 15

Finalmente, una tarde de viernes, Lorena consiguió dar con la susodicha Sonia. Era una chica de aspecto desvalido, macilenta y menuda.

Estaba sentada en una mesa de la Biblioteca, así que se le acercó y entabló conversación.

—Hola...

—Hola.

—¿Eres Sonia?

—Sí...

—¿Sabes quién soy? —La joven asintió con la cabeza—. ¿Sabes por qué

suelo hablar con las alumnas?

—Sí...

—¿Necesitas contarme algo?

Sonia cogió sus cosas y se levantó, ante la mirada estupefacta de Lorena. Luego se fue corriendo y nada pudo hacer, tampoco deseaba forzarla a hablar.

Las salidas de las alumnas se suspendieron cautelarmente los sábados. Lo bueno fue que Lorena se enteró de que una psicóloga, especializada en adolescentes, acudiría al centro a la semana siguiente. Por un lado, se alegró. Aunque por otro se puso celosa por no poder ejercer ella su profesión.

El sábado a medio día comió con su padre, que le enseñó sus planes para hacer el Camino de Santiago al año siguiente. Era monotemático. Afortunadamente, no pareció haberse enterado de mucha cosa relacionada con el colegio, o bien se hacía el loco, por lo que su hija prefirió no sacar el tema.

—Papá, tú que conoces mejor al padre Adrien... ¿Qué me pues contar de él?

—¿Y ese repentino interés?

—Aunque no lo creas, me cae bien.

—¡Ah! El que decías que te miraba por encima del hombro.

—Él no hace esas cosas —lo defendió.

—Yo eso ya lo sabía. Pero tienes la mala costumbre de juzgar a todo el mundo, en especial a quien es creyente.

Lorena bufó.

—Estoy intentando corregirlo. ¿Sabes o no cosas de él?

—Primero, lo respeto muchísimo. Siempre ha sido un sacerdote muy avanzado en ideas. Eso le suele traer problemas con los demás. Pero no hace ni caso.

—No, desde luego, aún no me ha echado a la calle.

—Se ordenó muy joven, estudió en Madrid, de donde es él, y luego en Roma. Tiene titulación para ser profesor. Estuvo dando clases en Madrid y luego lo destinaron a Zamora a hacerse cargo del colegio.

—Vaya, así que ambos vivíamos allí. Qué cosas de la vida, tan cerca y tan lejos.

—Las profesoras laicas que han pasado por la escuela siempre andaban cuchicheando.

—¿Cómo?

—Sí, sí. Qué por lo visto les resultaba atractivo.

José se echó a reír.

—Alguna se le insinuó. Pero, si él se dio cuenta, no hizo ni puñetero caso.

Lorena sintió celos de pronto. Decepción por otro. ¿Y si Adrien se había dado cuenta de su interés por él? ¿Y si recordaba el beso y fingía?

—Debes de caerle muy bien, hija.

—¿Por qué crees eso?

—No te he echado.

—¡Oh, gracias!

—Y se ha tomado muchas molestias. Fue él el que propuso que fueses interna sabiendo que no tenías casa. Habla contigo, te hace caso. Vamos, lo nunca visto. A ver si va a estar enamorado de ti —se burló.

—¡Papá! —lo reprendió, muerta de la vergüenza.

—Lástima, porque de yerno me lo quedaría. Al gilipollas de Lorenzo, ni loco.

Lorena se curó de decirle que pensaba tener una cita con él. Y si supiera lo del beso con Adrien, probablemente la reñiría como a una niña. Así que se curó en salud y mantuvo la boca bien cerrada.

Ya de tarde, Lorenzo le escribió para decirle dónde quedaban a tomar algo. Se arregló y maquilló, disponiéndose a salir. Adrien la interceptó a la salida, para su disgusto.

—¿Sale con su amiga?

Lorena dudó si ser sincera o no.

—Sí —mintió, finalmente.

Adrien no pareció muy convencido por su expresión.

—Pues, que lo pasen bien entonces.

—Gracias, buenas noches.

—Buenas noches.

El hombre se la quedó mirando e hizo un gesto de resignación que Lorena no advirtió.

Se apoyó en una columna del claustro, observándola andar por el otro lado, camino de la salida.

Tragó saliva, con afectación. Había recordado lo sucedido noches antes, sabía que no fue fruto del delirio, que se besaron de verdad.

Sacó el teléfono del pantalón y llamó a Bernardo, encaminándose hacia la pequeña iglesia.

—Bernardo... —musitó—. Tengo que contarte algo.

—Ese tono de voz no me gusta. ¿Estás llorando?

Adrien fue incapaz de contestar, metiéndose en la habitación donde guardaba las cosas para las misas.

Efectivamente se puso a sollozar y su amigo esperó a que se recuperara y hablara por sí mismo.

—Estoy enamorado —la voz se le quebró.

—¿De una mujer?

—Claro.

—Madre mía, no me digas que esa chica, Lorena.

—Joder, sí...

Se escuchó un suspiro fuerte al otro lado.

—Sabes perfectamente que tienes un voto muy importante que cumplir.

—¡Ya lo sé! —le gritó—. Perdona... Es que sé que sale con otro hombre y se me comen los celos.

—O sea, que ella no siente nada por ti.

Adrien se quedó callado.

—Adrien...

—Creo que sí lo siente.

—¿Se te ha insinuado?

—No. Pero hemos empezado a tener los dos comportamientos evasivos el uno hacia el otro.

—Será que le has dejado ver más de lo que debías, se ha percatado y te evita.

Adrien sabía que no se trataba de eso, pero prefería callarse lo del beso.

—Tienes razón. Mis propios anhelos me hacen ver cosas donde no las hay.

—Ahora lo que importa es que te mantengas fuerte en tu fe.

—Soy fuerte en mi fe, lo que no soy es fuerte en mis sentimientos por ella.

—Supongo que echarla no es una opción...

—No pienso hacer algo tan vil. Ella no tiene la culpa de que me pase esto. Pensar que las mujeres son las culpables de los instintos de los hombres es machista —dijo, ofuscado.

—Bueno, no pretendía decir eso.

—Ya... Perdona, estás pagando tú mis frustraciones sexuales y afectivas.

—Te diría que rezaras, pero creo que ahora mismo eso no te serviría. Intenta relajarte, dar una vuelta, despejarte... Y seguir evitándola en lo posible. Posiblemente creas estar enamorado y no sea así. No recuerdo, ni una sola vez desde que te conozco, que te haya pasado esto.

—No me había pasado. Y ya sabes que se me han insinuado un montón de chicas.

—¿Y cómo sabes entonces que estás enamorado?

Adrien se quedó callado, sopesándolo.

—Otra vez, tienes razón.

—Venga, ánimo y sé fuerte.

—Gracias, Bernardo, por ser mi confesor y mi amigo.

—No hay de qué.

Tras colgar, Adrien cogió una de las botellas de vino que se usaban en la eucaristía, y la destapó. Sin copa ni nada, se bebió a morro gran parte de su contenido.

Lorena, por su lado, acudió a su cita con Lorenzo, que la besó en los labios directamente.

—Tenía ganas de estar a solas contigo... —le hizo saber él, mirándola con pasión.

—Perdona... Estas semanas han sido un verdadero lío con las chiquitas...

—Sí, pobres... Pero mejor no hablar del colegio.

—Tienes razón —Lorena le sonrió de oreja a oreja.

Durante la cena, se tomaron una copa cada uno y charlaron de sus experiencias universitarias, echándose unas risas. Después, Lorenzo indagó sobre Raúl.

—Le dejé porque no me valoraba, entre otras cosas... Ya no le quería, y dudo que él a mí.

—No se está tantos años con alguien sin quererle al menos al principio.

—A su manera me amaba, pero su manera era tóxica para mí. Posesivo, celoso... Ni siquiera me dejó ejercer mi profesión.

—Pues no sabe lo que se ha perdido por ser tan gilipollas.

Lorena enrojeció.

—Tal vez no supo verlo.

—De eso estoy seguro, porque eres una mujer con personalidad, que se preocupa por los demás, que se atreve a llevarle la contraria a la Iglesia, y ya no digamos lo guapa que eres.

—¡Calla! —Le pegó un manotazo.

—Uno no puede ser romántico...

Se acercó a él y lo besó en los labios. Él se lo devolvió con igual interés.

—Solo necesito un poquito de tiempo —le rogó ella—. No vayamos rápido...

—A la velocidad que tú quieras.

—Qué galán.

—Pero no te prometo no hacer guarradas pensando en ti.

—¡Lorenzo!

Este se echó a reír.

—¿Quieres que te lleve al colegio después de cenar? No quiero que andes por ahí con el frío que hace.

—Vale, pero no me dejes en la puerta. Ahora es imprudente que se sepa que andamos por ahí juntos.

—¿Tienes miedo de que se entere el director? Porque si pudiera, se lo restregaría por la cara.

Lorenzo se puso serio.

—A él qué más le dará... Simplemente no quiere relaciones entre el personal laico.

—Yo sé lo que me digo.

—¿Qué es lo que te dices?

—Que está coladito por ti.

—¡Qué no! —negó ella, ofuscada.

—Me alegra saber que, al menos, te resulta incómodo. Eso quiere decir que no es mutuo.

—Obviamente no —se apresuró a negarlo.

—Tengo entonces posibilidades...

—Calla —lo besó de nuevo, con una sonrisa.

Tras la cena, Lorenzo la dejó a dos calles del colegio. La mujer caminó unos metros hasta la puerta, y no vio la luz de la rectoría encendida. Adrien ya debía de estar dormido.

Subió al apartamento, donde se encontró al susodicho apoyado en la puerta y sentado en el suelo, dormido.

Se arrodilló, confusa, y lo zarandeó.

—Padre...

—Lorena... —susurró él al verla.

Lo ayudó a levantarse, ya que parecía ebrio. Lo metió en su apartamento y lo sentó en el sofá, no sin dificultad.

—¿Está borracho?

Él la miró y se echó a reír asintiendo con la cabeza.

—Madre mía, qué cogorza lleva.

—Me he bebido el vino de la eucaristía de mañana... Bueno, toda la botella... —rio de nuevo.

—¿Y eso por qué?

—Me sentía solo, me puse a beber y... Lorena...

Adrien la asió por debajo de las mandíbulas y la besó con torpeza.

—P—padre... —Se apartó confusa.

—Qué Dios me perdone, pero me parece preciosa...

Volvió a besarla y Lorena fue incapaz de resistirse, dejándose llevar. Él la estrechó por la cintura, contra su pecho, y ella pasó los brazos por sus hombros, rodeándole el cuello.

A pesar de la inexperiencia besando, Adrien deslizó la lengua en su boca y chupó la de Lorena. Le mordió los labios con pasión, besándola una y otra vez con fuerza. La mujer se sintió morir de placer y gimió.

—Adrien, nos van a escuchar las monjas —dijo, separándose un poco de él.

El sacerdote la ignoró, bajando hasta su cuello y subiendo por su oreja. Volvió a sus labios para besarlos y, finalmente, se separó un poco. Pero la miró con tal devoción que Lorena fue incapaz de apartarse de él. A pesar de ello, debía ser fuerte.

—No podemos...

Adrien la observó, consciente de sus palabras.

—Lo siento... Estoy borracho...

—Tranquilo —intentó que se apaciguara, acariciando su mejilla.

Lorena se moría de ganas de sentirle aquella noche, y todas las noches. Pero aquello conllevaría unos tremendos problemas, en especial para él.

—Lorena, perdóname —insistió.

—No te preocupes...

—Desde la otra noche, no he sido capaz de dejar de pensar en ello... —le confesó él.

—¿La otra noche?

Lorena no pudo dejar de fijarse en sus labios.

—El beso que nos dimos. —La volvió a coger del rostro y sus miradas se cruzaron. La besó con dulzura después, brevemente.

—Pensaba que no te habías dado cuenta.

—Al principio no, pensé que fueron sueños o delirios. Sin embargo, luego me di cuenta de que no me mirabas a la cara o me evitabas. Entendí entonces que fue real.

—Qué vergüenza... —Lorena apoyó la cabeza en su cuello, aspirando el masculino aroma que él desprendía.

—Solo quería que me cuidaras tú... —Adrien acarició sus cabellos—. Estar a solas contigo. Pero no me esperé jamás algo así...

—Ni yo...

—Maldito vino, estoy mareado...

—Oh, pobre... —Tocó su rostro ardiendo.

—¿Estás con él? Sé que te has ido con él esta noche... —dijo refiriéndose a Lorenzo.

Lorena no supo bien qué responder.

—¿Estáis juntos? —insistió.

—No lo estamos, pero...

—Salís...

—Hemos empezado a conocernos.

—Eso me mata de celos, Lorena. Esto se me ha ido de las manos.

—Salgo con él, porque contigo no puedo —se sinceró.

Lo miró con lágrimas en los ojos.

—Soy un hombre de fe, no tengo problemas con eso. Pero, pero tú has hecho temblar todo mi mundo, maldita sea —cerró los ojos.

—No era consciente.

—Eres la única mujer, en 38 años que tengo, que me ha hecho sentir esto. Creía que era fuerte, pero es porque no te conocía...

Aquello le pareció a Lorena lo más romántico del mundo.

—Dios, qué borracho estoy.

Se limpió las lágrimas de la cara.

—Tengo que volver a la rectoría.

Lorena lo besó y él, sin poder luchar contra ello, le devolvió todos los besos, entremezclados con suspiros.

—No te vayas...

—No me puedo quedar... —se resistió.

—Solo dormiremos juntos, solo esta noche... —le rogó ella, queriendo pasar un tiempo íntimo con él.

—No podría resistirme, preciosa, soy un hombre. Perdóname, olvidemos esto.

Ella asintió con desconsuelo, mientras él se levantaba para dirigirse a la puerta. Cuando se dispuso a salir, Lorena lo abrazó por la cintura.

—Bésame por última vez, Adrien...

Este la miró y lo hizo. Fue un beso largo y dulce, un beso que se resistió a terminar, pero que debía hacerlo.

Finalmente, Adrien se fue y Lorena se quedó sola, con una gran desdicha en el alma.

El sacerdote volvió a su casa, con una tremenda erección. Sintió deseos de masturbarse, como cada día, y volvió a resistir metiéndose en la ducha con

agua templada, hasta que se le bajó. Las lágrimas se juntaron con las gotas de agua.

Estaba totalmente seguro de sus sentimientos por ella, y se llamaban *amor*.

## **Capítulo 16**

Todo el domingo, Lorena lo dedicó a pasear por Zamora, pues necesitó pensar.

Se quedó sentada en un banco de los jardines adyacentes al castillo, con la

mirada perdida en este.

Dos hombres interesados en ella; quién se lo iba a decir cuando meses antes ni su propio marido lo estaba.

—Soy imbécil... —se dijo.

Cerró los ojos y pudo sentir la sensación, casi orgásmica, que los besos de Adrien le hicieron sentir. Electrizaron cada zona de su cuerpo, partes de este ya olvidadas.

Sus manos en la cara, sus brazos alrededor de su cintura, el contacto de sus pechos y cuerpos. Pura química. Pero no solo fue físico, sintió una conexión a otro nivel difícil de describir.

Adrien podía ponerla nerviosa en ocasiones, se pasaba de serio y seco, a veces era como un robot con la cabeza cuadrada. Sin embargo, al final no era más que un trozo de pan que se preocupaba por todo el mundo.

Ambos estimulaban la mente del otro, y también el cuerpo. Lorena sentía que se estaba enamorando a una velocidad imposible de frenar, lo cual resultaba terrible, pues no podían estar juntos. Ni siquiera volverían a tocarse.

No podía dejar el trabajo en esos momentos. Salir con Lorenzo le parecía, además, un error.

Lorena se levantó y miró el móvil en silencio, lleno de mensajes de Pili y el profesor.

Abrió el de este último y casi soltó el teléfono del susto. Le había mandado una foto de su tremenda erección bajo los bóxeres.

“Para ti”.

—Eres un bruto —le escribió.

—Lo que daría porque estuvieras aquí, Lorenita —respondió al instante.

—No puedo, estoy con mi amiga —le mintió.

—Pues dame permiso para aliviarme. Estoy muy malito ya.

—¡Guarro!

Cortó el chat, más roja que una tomatara entera, y muerta de la vergüenza. La empanadilla mental engordó por momentos.

Tras aquello se fue a comer sola y escribió a Pili.

—Ayer avancé un poco con Lorenzo, pero...

—¿Pero?

—Que me encontré a Adrien borracho en mi puerta y me dio un buen morreo.

—¡KEHHHHHHHHH!

—Lo que lees. Nos besamos varias veces. Fue alucinante.

—¿En serio?

—Y tan en serio. No pasó nada más. Se fue dejándome con las ganas. Al fin y al cabo, es sacerdote. Estoy muy confundida con los dos.

—¿A ti cuál te gusta más?

—Adrien —respondió sin dudar.

—Ay, maja, que estás coladita por el cura.

—Coño, sí —admitió.

—Pues no sé qué recomendarte. Si Lorenzo no te gusta tanto, no le des más pie.

—Ayer le di un poco, para ir conociéndonos, pero ha puesto el turbo. Me ha mandado ya una foto de su erección.

—JAJAJAJA. Qué listo. Pero oye, que tampoco pasa nada si te lo follas. Que yo hice eso la primera noche con chico, sin expectativas de nada. Luego nos gustó tanto que seguimos y aquí estamos. Nunca se sabe.

—No sé qué hacer.

—No puedo ayudarte con eso, me temo.

—Bastantes haces, aguantándome.

Pili era todo un consuelo, y le había cogido mucho aprecio.

Se volvió al colegio y decidió ir a hablar claramente con Adrien, pero no estaba en ninguna parte, por lo que desistió, hasta que este la llamó casualmente.

Perdió el culo cogiendo el móvil

—Dime...

—Perdona que te moleste... Pero necesito que vengas al patio.

Lorena bajó casi corriendo, aunque se detuvo antes de salir. Se lo encontró en uno de los bancos de madera.

—Qué frío... —se quejó.

—Lo siento, es que no me puedo permitir estar en un recinto cerrado contigo, a solas. Y también necesito que no nos escuchen...

—Lo comprendo... —Le miró a los ojos, a esas pupilas tan azules.

—Hoy he ido a confesarme, a un sacerdote muy amigo mío. Más bien ha sido una charla con absolución... —Sonrió con tristeza—. Te quiero pedir disculpas por lo que pasó ayer.

—No te preocupes, de verdad.

—Me volví loco de celos al verte tan guapa y estar seguro de que te ibas con él, y me mentías. Y me bebí toda la botella de vino.

Lorena no dijo nada, solo se miró las manos, que toquetearon la bufanda.

—Hice algo imperdonable, pero por mucho que tú seas indulgente conmigo, o me absuelva mi amigo... Yo me sigo sintiendo mal.

—Para mí fue difícil también. Antes te estaba buscando para hablarlo. Siendo haberte besado cuando tenías fiebre.

—No lo sientas... Yo lo deseaba desde que empecé a conocerte mejor.

—¿De verdad?

Adrien asintió con la cabeza, en silencio y sin mirarla a la cara.

—Eres pejuguera, te metes en líos, no me das más que problemas con el obispado y las monjas... Pero sé lo buena persona que eres.

—¿Gracias? —sonrió ella.

—Todos quieren que te despida. No les gusta que te metas en sus asuntos.

—Si has de hacerlo, hazlo, Adrien.

—Me niego —dijo rotundamente.

Lorena se sintió halagada.

—Lo más sencillo para mí sería despedirte, no verte más, pero sería injusto. Un acto egoísta e inútil. Soy yo el que debe aprender a superar mis sentimientos por ti, a que estarás en el colegio, que nos veremos cada día y que eso será todo entre nosotros.

La mujer se sintió realmente triste.

—Te prometo que no volveré a méteme en tu relación con Lorenzo, por muy mal que me caiga. No es asunto mío que rehagas tu vida con alguien laico, como es lógico. Pero sé discreta, no le des la excusa perfecta al obispado para que os despida a ambos.

—Vale... —gimió.

—Ten cuidado con él; no busca nada serio.

—Lo sé... Yo tampoco lo busco ahora mismo. No con él...

No supo si Adrien entendió lo último que le dijo.

—No tienes que contarme nada, esto no es una confesión —sonrió él.

—Adrien...yo...

La miró a los ojos verde oliva.

Ella se quedó callada al ver una expresión tan entristecida en sus ojos y sus labios.

—Hemos hecho bien en hablarlo en un sitio público —susurró el sacerdote —, porque si no, te habría besado hasta el amanecer...

Adrien se levantó, dándole la espalda, yéndose al interior del edificio. Lorena se quedó allí sentada con lágrimas en los ojos, que acabaron rodando por sus frías mejillas. Tenía el corazón en un puño.

Definitivamente debía olvidarle, y definitivamente estaba enamorada de aquel hombre.

## Capítulo 17

Lorena optó por centrarse más en su labor durante los días venideros, y en observar cómo trabajaba la psicóloga que Adrien había contactado.

Era una mujer madura, pulcra y de aspecto afable. Fue clase por clase, presentándose a todas las alumnas, y se pasó varios días completos atendiendo a estas.

Aquello tenía que estar costándole un dineral al colegio.

En una de las ocasiones en las que la psicóloga y el director estaban reunidos, este llamó a Lorena al despacho.

—Buenos días, señorita Pérez, siéntese a junto a la señora Ortega.

La mujer le dio la mano a la bedel, que se sintió extraña.

—El director me ha hablado mucho de usted.

—¿Bien o mal? —bromeó.

—Excelentemente bien. Me ha contado que observó diversas actitudes erráticas en las alumnas y que salvó a una niña con problema anoréxicos.

—Tanto como salvarla... —enrojeció.

—También medió en el asunto de las chicas lesbianas.

—Quise ayudar, aunque todo se precipitó...

—Me ha contado el padre Adrien... Que cree de una alumna que se corta. ¿Ha podido hablar con ella?

—Se niega. Pero me consta que se autolesiona por bullying. Se lo hacen las alumnas con padres que aportan más recursos económicos al colegio...

Miró de reojo a Adrien, pero este solo las observó hablar en silencio, sin intervenir.

—Es usted psicóloga, por lo que sé.

—Sí, pero por temas de la vida no llegué a ejercer. —Lorena se sintió miserable.

—Ahora me va a permitir a mí llevar todo asunto que se presente.

—¡Por supuesto!

—Mi especialidad son los adolescentes y jóvenes adultos. No se lo he

dicho con acritud, no me malinterprete, simplemente es por aplicar un solo criterio. Pero quiero agradecerle su ayuda, porque si no yo no estaría aquí solucionando todos estos cánceres que hay.

—Ha sido un placer conocerla, señora Ortega.

—Igualmente, señorita Pérez.

Luego Lorena se marchó, aliviada, aunque un poco triste por no poder seguir ayudando. Mientras estaba en su despachito, la psicóloga llamó al cristal.

—¿Necesita alguna cosa? —inquirió Lorena al salir.

—Lorena, ¿verdad? Esta es mi tarjeta. Cuando guste venga a hablar conmigo. Busco personas para mi equipo, con ojo y criterio.

Lorena se quedó patidifusa.

—Gracias...

—Aunque su trabajo de bedel es muy digno, creo que se merece ejercer lo que tanto estudió y se nota que le gusta.

—Gracias, de nuevo...

—Hasta pronto, Lorena.

Esta no pudo creerse lo que acababa de sucederle. Una reputada psicóloga, pues había buscado información fidedigna sobre ella, le estaba ofreciendo un posible trabajo.

Aquel hecho la entusiasmó. Llamó a su padre de inmediato. También se lo contó a Pili. En cuanto a Adrien, prefirió callárselo y con Lorenzo fue discreta, hasta que se lo encontró por un pasillo.

—Hola...

—Te voy a ser sincero... —dijo él. Cogió el móvil y escribió algo. Inmediatamente llegó al de Lorena. Esta lo leyó:

“Quiero hacerte el amor”.

Ella se sonrojó de pies a cabeza y le miró.

—Hoy... —añadió él de viva voz.

—Pero es jueves...

—Me da igual... ¿Te recojo a las diez de la noche? ¿O no?

Lorena accedió en silencio y él le guiñó un ojo antes de marcharse a dar clase.

Sopesó bien los hechos: Lorenzo no le era indiferente, y por lo que todo el mundo parecía insinuar, este solo buscaba sexo sin compromiso, por lo que no tenía nada que temer sentimentalmente.

Adrien y ella, por otro lado, no podían ni quedarse a solas, ni debían tampoco. Y, finalmente, si la señora Ortega le daba un puesto de trabajo, dejaría el colegio y no tendría que ver más la sacerdote.

Mientras las horas pasaron, se cruzó en dos ocasiones con Adrien, pero solo se saludaron con cortesía, bajo la atenta mirada de Sor Sofia, la cual pidió a Lorena hablar en privado dentro del apartamento de la bedel.

—Ayer vi al padre Adrien, borracho, en tu puerta.

—Oh, por favor... Estaba como una cuba.

—Esta colado por ti —soltó la monja de golpe y porrazo.

Lorena se quedó ojiplática.

—¿Qué?

—No te hagas la tontita, si ya lo sabes.

—¡No pasó nada! —se apresuró a decir.

—Eso no es cosa mía. Solo te pido que seas prudente. El padre Adrien es muy buen hombre, sensible, a pesar de parecer a veces que lleve un palo metido por el culo. Hizo unos votos en su día y debe cumplirlos. Sé fuerte por él, porque al fin y al cabo solo es un hombre, un ser humano...

Lorena se quedó callada un rato.

—Lo sé... —Se le saltaron las lágrimas.

—Ay, maja, pobrecita. Que sé que también estás colada por él...

—Lo tengo más que asumido —dijo tras limpiarse el agua salda del rostro,

con las manos—. ¿Lo sabe alguien más?

—Todos se dan cuenta de las deferencias que tiene contigo. Es otra de las razones por las que la Madre Superiora te quiere fuera a toda costa. Aprecia mucho al padre, es como un hijo para ella, y teme que cometa una locura y no haya vuelta atrás.

—Qué desastre...

—Les diré que no pasó nada, que lo metiste aquí para que se le pasara la cogorza y ya está. Que no tienes ningún interés en él.

—Gracias, Sor Sofía.

—¿Sabes? Le tenía un gran enorme aprecio a tu madre. Eres igual que ella. Por eso no quiero que todo acabe mal.

—Eso es muy bonito —se echó a llorar por el tema de su madre. La monja la abrazó con cariño.

Finalmente, la monja partió, así que se duchó y arregló para su cita con Lorenzo, más confusa que nunca.

El profesor de matemáticas la estaba esperando a la vuelta de la esquina, en doble fila y con los intermitentes puestos. Lorena subió al coche con rapidez, poniéndose el cinturón.

—Disculpa, estuve hablando con Sor Sofía y se me hizo un pelín tarde.

—No te preocupes. La espera vale la pena.

Arrancó el coche y se encaminó hasta la zona de Las Tres Cruces, donde él residía. Aparcó en el parking y subieron en el ascensor. Él se le acercó hasta casi rozarle el cuello con los labios.

—Hueles demasiado bien...

Lorena se rio sin poder evitarlo.

Las puertas se deslizaron y él abrió su piso.

Lorena, al entrar, se quedó patidifusa ante lo que vio; velas por todas partes, sin una sola luz eléctrica encendida.

—Estoy un poco nervioso... —admitió él, quitándole el abrigo con cortesía.

—No te creo... —susurró ella.

—¿Por qué? —contestó, acariciándole la cara y el cabello—. Eres una mujer que pone nervioso a cualquier hombre...

—También sabes ser romántico... —se burló un poco de él, que la besó con cada vez más pasión.

Lorenzo comenzó a desabotonar lentamente la camisa de la mujer, que respiró entrecortadamente.

—Me encantan tus pechos... —Los rozó con los dedos.

—No son muy grandes —gimió.

—Eso no es importante para que me gusten. Es porque son tuyos...

Él le cogió las manos para que ella le desabotonara la camisa también.

—Te tiemblan... También estas nerviosa.

—Claro...

Lorena le despojó de la camisa, encontrando un cuerpo esculpido por el deporte. Le rodeó el cuello con los brazos y besó al profesor. Este la fue dirigiendo hacia su cuarto, entre besos y gemidos. Acostó a su amante sobre la cama.

Le quitó los zapatos, las medias, la falda y las bragas, tocando su pubis con los dedos, deslizando estos hacia el clítoris y la vagina húmeda.

Se inclinó sobre ella, que se sintió algo abrumada con el contacto, pues Raúl no era dado a hacer aquello.

Lorenzo le desabrochó el sujetador con delicadeza, besándole después los hombros y bajando hasta sus pezones endurecidos.

—Perfectos... —susurró.

Lorena miró al techo con ojos vidriosos, sin saber bien qué estaba haciendo.

Cuando el matemático se quedó desnudo, se puso sobre ella y la besó. Esta sintió la enorme dureza de su pene contra la vagina, frotándose poco a poco, para hacerla sufrir.

—No te preocupes, usaremos protección...

—Más te vale... —sonrió.

—Quiero follarte toda la noche, y otra vez por la mañana... Tengo mucho para darte y hacerte gozar.

Cuando el hombre se incorporó para ponerse el preservativo, algo dentro de ella se revolvió y le hizo cerrar los músculos de la vagina instintivamente. Por eso, cuando él intentó introducir el glande apenas si pudo.

—Relájate, preciosa... —besó sus labios—. No quiero que te duela, todo lo contrario...

Lorena le dejó entrar poco a poco, sintiéndose extraña al notar un tamaño distinto al que estaba acostumbrada.

—Joder, nena, menudo coño tan prieto tienes.

Ella intentó pensar en cualquier otra cosa y lo primero que le vino a la mente fue Adrien y en cómo sería acostarse con él de aquella misma forma, en cómo sentiría su dureza dentro. La imaginaba fuerte, ansiosa, dura, y a la vez placentera, no como aquello.

Sus pensamientos se fueron rápidamente a la violación de Raúl, así que apartó a Lorenzo de encima suyo.

—¡No! Vale...

—¿Estás bien? —Lorenzo la sujetó con dulzura—. ¿Te he hecho daño?

—Me voy a casa...

—Pero...

Lorena se levantó para colocarse, apresuradamente, la ropa de nuevo.

—Lorena, pero ¿qué pasa? —La cogió del brazo, sin fuerza apenas.

—¡No! —se apartó.

—Tranquila, no voy a forzarte. Ni se me pasaría por la cabeza...

—No es culpa tuya, es que... —le dijo con ansiedad—, es que... mi marido me violó.

—¿Cómo que te violó?

—Me forzó a tener relaciones sin mi consentimiento.

—Pedazo de hijo de puta... Lo siento, si lo hubiera sabido habría dio

muchísimo más despacio.

—No estoy preparada, Lorenzo. Perdóname...

Acabó yéndose del piso, con lágrimas en los ojos y el rímel corrido.

Llamó a un taxi y, mientras lo esperaba, el hombre al que tanto temía la observaba a lo lejos, con cara de pocos amigos.

## Capítulo 18

El taxi dejó a Lorena a las puertas del colegio. Se dio cuenta entonces de que se había dejado las llaves en el apartamento. Qué paradójico para una bedel.

—Mierda.

Llamó al timbre, igual que aquella noche de lluvia.

Adrien tardó poco en abrir; iba en bata y pijama. Al ver su cara manchada de rímel se preocupó.

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza y se echó a llorar con desconsuelo, apoyándose en él.

—Ven, ven conmigo a la rectoría...

—No...

—No pasa nada —sonrió él—, te prepararé una tila y entrarás en calor; tengo puesta la estufa.

Acabó por hacerle caso y se sentó en el sofá, cerca del calorcito, hasta que Adrien le trajo la infusión.

—Ahora quema mucho, espera un poco.

—Gracias...

—¿Te ha hecho algo Lorenzo? —Lorena lo miró, asustada.

—No, no... No ha hecho nada que yo no le haya permitido... Qué vergüenza...

—Puedes contármelo. De verdad...

—Hoy fui a su casa y empezamos a tener relaciones...

Los nudillos de Adrien se volvieron blancos al apretar los puños. Ella se percató.

—Entonces empecé a pensar en ti primero y luego en mi ex... En que Raúl me violó.

—¿Qué tu exmarido te violó?

—En realidad sigue siendo mi marido. Tras negarme a tener relaciones con él, la última vez que lo vi, me forzó y entonces... yo... me fui de casa y vine aquí...

Un torrente de lágrimas le impidieron continuar.

—¿Por qué no le denunciaste?

—Estaba muerta de miedo. Me pegó, me violó y me dejó marcas por el cuerpo... Pero ¿y si la policía no me creía de todos modos? Así que no fui al hospital, ni nada... Y me vine con mi padre. Él no lo sabe.

—Dios Santo, Lorena, cuánto lo lamento.

—Lleva 10 años maltratándome psicológicamente.

Adrien la abrazó contra sí, intentando darle consuelo, sin buscar otro tipo de contacto más íntimo.

—¿Y Lorenzo entonces no te hizo nada parecido?

—No, simplemente le dije que no podía seguir y me vine. En ningún momento me forzó...

Adrien le acarició el pelo con cuidado.

—Me iré a mi apartamento... Oh, no... Me he dejado también la llave dentro —cayó en la cuenta.

—Te daría la llave maestra, pero me niego a que pases la noche sola y en este estado psicológico tan débil.

—Pero...

—Duerme abajo, en lo que era la habitación de tu padre. Está limpia.

Adrien se levantó y fue a por uno de sus pijamas, que le vino enorme a la mujer.

—Pareceré un payaso.

Él no pudo evitar una sonrisa.

—¿Quieres ducharte?

—Me iría bien...

—En el armario, bajo la pila, hay toallas secas.

Durante la ducha, Lorena se imaginó a Adrien entrando desnudo en ella y haciéndole el amor. Aquella fantasía no se cumplió, obviamente.

Se secó el pelo lo mejor que pudo y se volvió a poner la ropa interior, además del pijama. Se sintió más a gusto, borrando las marcas invisibles de Lorenzo en su piel.

—La tila se puso fría, así que la volví a calentar.

—Gracias, Adrien —se sentó a su lado en el sofá.

Este le apartó un mechón de cabello mojado, que se le había pegado a la mejilla.

—Si sigues así, la tila no me hará efecto... —susurró Lorena, sin mirarlo y dando un sorbo después.

—Mentiría si te dijera que no te amo —le confesó de pronto él, de forma tan natural que Lorena se quedó sorprendida.

—Adrien...

—Te amo... Y que Dios me perdone, pero te vuelvo a amar a cada segundo que pasa. Soy un desgraciado...

—Si me dices esas cosas, ¿cómo quieres que olvide lo que pasó entre nosotros y siga con mi vida?

—Solo sé ser sincero. No concibo mentir... Así que me he estado escondiendo tras una máscara de seriedad toda mi vida. Pero tú me ves más allá de ella.

—Eres un buen hombre, una buena persona, un buen sacerdote. Yo seré fuerte por los dos.

Lorena le apretó la mano con firmeza, para insuflarle valor.

—Perdóname por amarte, Lorena...

—No puedo perdonarte por algo tan hermoso. Te tendrá que perdonar Dios.

—¿Te burlas? —él sonrió y ella también.

—Me voy abajo.

Lorena marchó al piso inferior, dejando solo a Adrien. Se metió en la fría cama de su padre y se echó a llorar. No pudo decir a Adrien que le correspondía, porque entonces hubieran estado perdidos los dos y no deseaba, en ninguna circunstancia, destrozarle la vida al hombre que amaba.

Por la mañana, Adrien la despertó y le dio la llave maestra. Aún era de noche y estaba preparado para salir a correr, como cada mañana que le era posible.

No intercambiaron palabras, solo miradas de anhelo.

Con extremo cuidado, Lorena salió de la rectoría y caminó hasta su apartamento. Se vistió para su día de trabajo y vio mensaje en el móvil tras recargarlo.

Lorenzo le pedía disculpas.

“He pensado que es mejor dejar esto un tiempo hasta que me sienta más tranquila”.

Fue lo único que se le ocurrió contestar.

Aquella misma mañana, Adrien la llamó al despacho, pero fue todo muy rápido.

—Hay que adecentar el cuarto número 38, porque vendrá una alumna nueva.

—¿En el que dormí al principio?

—Correcto.

—De acuerdo —respondió, tras lo cual se puso manos a la obra.

Limpió con cuidado, y pensó en la pobre chica que se suicidó allí. Le dio pena tirar las poquitas pertenencias que quedaban allí de ella, pero eran cosas que ni sus padres habían reclamado para sí, por su falta de valor.

Al quitar la funda de almohada, cayó un poco de relleno y, al hurgar, dio con un trocito de papel muy doblado. Extrañada, lo desplegó con prudencia, para no romperlo.

“Esta tarde espérame a las 17:00 h. Lo pasaremos bien”.

Leyó aquello con el ceño fruncido. Recordó que ya había encontrado otra nota la primera noche, sin recordar qué había hecho con ella.

Se la guardó en el bolsillo del pantalón y siguió con su trabajo, pensando en preguntar a las internas nuevamente.

Cuando bajó tras dejar preparada la estancia, la psicóloga la interceptó.

—Quería despedirme antes de irme a Salamanca.

—¿Ya no volverá?

—No hasta el año que viene. Debo acudir a otros centros de la comunidad.

—Entiendo.

—Espero que, para mi vuelta, o antes, haya decidido si aceptar mi propuesta... o no.

—No se preocupe, la tengo muy en cuenta y estoy pensando seriamente en ello. Muchísimas gracias por todo.

—A usted, Lorena.

Esta pensó en hacer un cambio drástico tras Navidad. Veía insostenible quedarse allí, entre dos hombres con los que no debía tener nada sentimental.

Suspiró y pensó de nuevo en charlar con las internas a la hora de la cena. Les entró directamente contándoles que vendría una alumna nueva.

—Hoy he arreglado la 38 —les comentó.

—¿La 38?

Todas pusieron mala cara.

—Nadie quiere dormir allí.

—Pues yo lo hice, y no pasó nada.

—¿No le da mal rollo?

—¿Y por qué se supone que tendría que dármelo?

—Porque se mató Rocío. Se tomó unas pastillas.

—Algo sé... Pero ¿por qué lo hizo?

Todas negaron al unísono.

—¿Vino la policía?

—Sí...

—Bueno, si recordáis algo relevante, ya sabéis dónde estoy... —les dejó caer.

Por la mañana, tenía otra nota misteriosa bajo la puerta del despachito. La leyó mientras se tomaba el café, y casi lo escupió por el shock.

“Rocío sufría abusos sexuales.”

—Vaya policía de mierda.

Cogió las dos notas y se fue volando a la rectoría, cabreada como nunca en su vida. Llamó a golpetazos, con ofuscación, sin respuesta.

Lo buscó por todas partes y entró en la iglesia, buscándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó Sor Sofía, que andaba limpiando.

—¿Y el padre?

—Ha salido todo el fin de semana, a una reunión de la diócesis, por lo que estará fuera hasta el lunes. ¿No te lo dijo?

—No...

No tenía porqué decírselo, de hecho.

—¿Te puedo ayudar yo?

—No, es que es un asunto con las alumnas. Ya sabe que, si no le comunico las cosas, me reprende. Me voy a seguir.

Lorena se fue a su cuarto y le mandó las fotos a Adrien, dejándole varios mensajes de voz, explicándose todo.

—Adrien —terminó la última nota—, esa pobre cría recibía abusos sexuales de alguien del colegio y se quitó la puta vida por ello.

## Capítulo 19

Durante toda la mañana del sábado, estuvo mirando el móvil, pero Adrien no le respondió, pese a haberlos leído y oído.

—¡Capullo! —Tiró el móvil a un lado del sofá.

Sonó de pronto y lo cogió, encontrándose a Lorenzo al otro lado.

—¿Cómo estás?

—Mejor...

—No quiero molestarte.

—No es eso, es que prefiero estar sola en estos momentos. No supero los traumas causados por mi ex...

—Quiero que sepas que no iba en plan rolo contigo y que me gustas de verdad.

Lorena no se esperó aquella revelación.

—Y por eso quiero darte tu espacio para que puedas tranquilizarte. Cuando estés preparada, dímelo.

—Gracias, de verdad...

Colgaron poco después y Lorena se puso a pensar en que no tenía demasiada suerte con el género masculino.

Aquella tarde se prestó voluntaria para ir al centro con las alumnas, acompañando a Sor Sofía, a la que le tocaba ese fin de semana. Afortunadamente, la psicóloga había determinado que las internas que quedaban no presentaban riesgo de fuga.

El grupo parecía estar contentísimo de estar con ellas dos y de volver a dar una vuelta.

—Es que nos cae muy bien Sor Sofía, y usted, Lorena —le dijo una de

ellas, la que Lorena sospechaba que le dejaba las notas informativas.

—¡Muchas gracias!

—Oye... Quería saber cómo era Rocío... —probó a preguntar.

—Pues... No era una chica muy abierta, pero tampoco cerrada. Una chica normal, muy bonita, aunque estuviera más rellenita que otras. Lo que pasa es que las cabronas esas, ya sabe quiénes, empezaron a molestarla bastante por su físico y comenzó a ser más retraída. Pero cuando solo estaba con nosotras se la veía feliz. A finales del curso pasado se encerró en su mundo. No quería volver este año al colegio, me consta. Y poco después de su vuelta, se quitó la vida.

Lorena entonces sospechó que el acoso sexual ya le venía de antes. Y que al tener que retornar no soportó la presión.

¿Quién podía ser el abusador o abusadora? Tenía más papeletas un hombre, por estadística.

Tras pasar una tarde amena, volvieron al colegio y Lorena recibió un mensaje de su amiga, por si quería ir con ella y su pareja a cenar, por lo que aceptó; con tal de no pensar en Adrien y que ignoraba sus mensajes.

Oscar, el novio de Pili, era un chico zamorano de pura cepa, y la bebé una dulzura que se la pasó durmiendo casi todo el tiempo, hasta que se puso a pedir teta.

En medio de la cena, su amiga tuvo que darle sustento, lo cual no pareció ser del agrado de algunos presentes, que se quejaron a los camareros.

—Por favor, no haga eso —le pidió uno.

—¿Por qué? Mi hija tiene el mismo derecho a cenar que todo el mundo —contestó, enfadada.

—Importuna a otros clientes.

Devolvió la niña al carro, que se puso a llorar. Pagaron la cuenta y se fueron, indignados.

—De verdad, ya me encargaré yo de que padres con hijos vayan allí. Gilipollas.

—Qué poca tolerancia —dijo Lorena.

—Está bien que una modelo enseñe teta, pero no que una madre dé de comer a su bebé —comentó Oscar—. Sociedad de dos caras.

—Nos tenemos que ir a casa, Lorena, perdona.

—No pasa nada, lo primero es que esta pequeñina coma.

—¿Te llevamos al colegio?

—No hace falta, estamos cerca.

—Vale, maja.

Les dijo adiós al verlos marchar con el carrito.

Mientras volvía, algo distraída mirando el móvil, se cruzó con Raúl. Al principio no se percató, pero luego se dio la vuelta, horrorizada.

Allí no había nadie. Pensó en que había sido un error de su cerebro.

Algo confundida, apretó el paso y llegó al colegio, donde se duchó y comió algo, pues se habían quedado a medias.

Le sonó el móvil y miró. Tenía un mensaje de voz de Adrien. Rápidamente lo escuchó:

“Lorena, la policía solo encontró su nota de suicidio y no investigó mucho más, porque ninguno sospechábamos que pudiera pasarle lo que dices. El lunes hablamos.”

Lorena le escribió, ya menos ofuscada.

“Vale, pero no te escaquees.”

Adrien respondió de inmediato.

“De acuerdo.”

La mujer se quedó largo rato mirando la pantalla. Él estaba en línea y comenzó a escribir.

“¿Estás bien?”

“Sí.”

“Te echo de menos, Lorena...”

Esta iba a volverse loca con Adrien.

“No sigas por ahí, por tu bien.”

“Perdona.”

“Buenas noches.”

“Buenas noches.”

Ambos estuvieron en línea un rato más. Al final ella cortó la conexión y se fue a dormir.

El padre Adrien, móvil en mano, observó cómo Lorena salía de la aplicación y no volvía a entrar, dejando en visto su despedida.

Suspiró y guardó el teléfono en la chaqueta oscura, frotándose las sienes.

La revelación de los abusos confirmó algunas sospechas que ya tenía. Pero no podría hacer nada hasta volver el lunes.

—¿Con quién hablabas?

Bernardo se sentó a su lado en el sofá de la salita. Ambos se hallaban en unas conferencias episcopales, pero que se impartían en Archidiócesis de Toledo.

—Con Lorena, sobre una alumna.

—No me mientas...

—Si te mintiera no te habría contado lo de la otra noche, cuando me emborraché e hice aquello...

—Shhh —Bernardo se llevó el dedo desplegado a los labios.

Fue a decir algo, pero otros sacerdotes los avisaron de que ya iba a servirse la cena, así que se guardó sus pensamientos.

El domingo, Lorena lo pasó con su padre, visitando la tumba de su madre. La limpiaron un poco y le cambiaron las flores secas por otras artificiales.

—Yo no quiero acabar aquí —le dijo a su padre.

—¿Y qué quieres entonces?

—Que me incineren y me planten un árbol encima.

—Bueno, si se diera el caso... Así lo haré.

—¿Y tú, papá?

—Yo ya tengo pagada la parcela esta de aquí, al lado de tu madre.

—Vale...

—Pero ojo, que pienso darte guerra muchos años.

—Más te vale, papá, más te vale.

—Me ha llamado Raúl...

—¡Qué! ¿Cuándo? —se alarmó.

—Ayer. Me ha amenazado con ponerme una denuncia si no le digo dónde estás. Sí, claro... Este se cree que me puede acojonar con sus tonterías.

—Ay... no...

—¿Me vas a explicar ya qué pasó?

—Tuvimos una discusión muy fuerte y me fui de casa. Diferencias irreconciliables.

—Sabe que estás aquí. No es tonto.

—Pues que venga si quiere. Iré a la policía si me acosa. En cuanto tenga dinero suficiente, me voy al abogado matrimonialista.

—Si necesitas dinero, ¿por qué no me lo has pedido?

—Deja que me divorcie con el mío.

—Vale, usted perdone.

—Papá, me gustaría quedarme un rato a solas con mamá.

José le tocó el brazo y se fue a dar una vuelta.

La mujer suspiró.

—Nunca te conté nada por no hacerte daño —susurró—. Pero ahora hay un hombre que amo, como nunca amé a Raúl. Y no puedo estar con él. Me pregunto qué me aconsejarías hacer. Si luchar por él, o dejarlo marchar...

El viento sopló un poco y sus cabellos sueltos le taparon los ojos. Se los apartó de la cara y sonrió.

Cogió las flores secas y se alejó con lágrimas en los ojos.

Su madre ya no estaba allí, ni siquiera sabía si su esencia se hallaba en

alguna parte del cosmos. Pero le alegró compartir aquellos pensamientos con ella.

Por la tarde, ya sin luz natural en las calles, paseó por el centro vacío de Zamora. A lo lejos vio una figura alta y familiar, que le detuvo el corazón. El hombre fue hacia ella, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Lorena fue incapaz de moverse cuando llegó hasta su altura.

—Tus vacaciones han terminado, cariño. Es hora de volver a casa.

Se inclinó para besarla, pero ella refuló.

—Raúl...

—Sí, Raúl, tu marido. Espero que no te hayas olvidado de que tienes uno.

—Te he tenido muy presente en mis pesadillas.

A la mujer le temblaron las piernas.

—Vamos a olvidar este gran error por tu parte y...

—¡Me violaste! —exclamó con ansiedad.

—No digas sandeces, estamos casados.

—Aunque lo estemos, fue en contra de mi voluntad.

—¿Y quién va a creerte? ¿Me denunciaste acaso?

Lorena sabía el gran error que cometió en su momento.

—Me anulaste durante diez años...

—¿Y prefieres ser una vulgar bedel que cobra una mierda? ¿Y salir con tipos como ese profesor? Dime, ¿te acuestas con más hombres?

—¡No! —se apartó.

—Esta noche vendrás conmigo al hotel, y mañana renunciarás a tu puto trabajo de mierda. —La agarró con tanta fuerza del brazo, que Lorena gimió de dolor.

—¡Quiero el divorcio! —intentó soltarse.

—No voy a firmar ningún divorcio para que te quedes con la mitad de lo que me pertenece.

—¡No quiero nada tuyo! Te puedes quedar tu sucio dinero, tu puto apartamento en Gran Vía y el chalé.

—Cállate, Lorena. Sin mí no eres más que una muerta de hambre. ¡Mira qué gorda estás!

—¡Voy a ejercer como psicóloga y estoy en mi peso! —se defendió.

—Una mediocre como tú, no me hagas reír.

—Y si soy fea y mediocre, ¿para qué me quieres?

—Porque eres mi mujer —enfaticó con posesividad.

Lorena sacó el teléfono y marcó el 112. Raúl intentó quitárselo y se cayó al suelo. La mujer comenzó a chillar, y una pareja que pasaba por allí corrió hacia ellos.

—¡Me quiere robar! —exclamó Lorena, por lo que Raúl tuvo que soltarla y echar a correr.

La pareja llegó hasta ella, que lloraba recogiendo el móvil del suelo. Llamaron a un taxi y esperaron a que este llegara, en un soportal.

Volvió al colegio echa un manojo de nervios, escondiéndose en la rectoría, temblorosa.

Le dejó un mensaje de voz a Adrien, llorando.

“Mi marido ha vuelto y me está acosando para que me vaya con él. Me ha hecho daño y ha intentado pegarme en la calle. Tengo mucho miedo, Adrien.”

Este le contestó con otro mensaje de voz al poco rato:

“Voy de camino, tranquilízate. Tardaré unas dos horas.”

Aquellas dos horas se le hicieron eternas a Lorena, el tiempo no corrió en absoluto.

Acabó tumbada en el sofá y cerró los ojos, cansada. Se pegó un buen susto al escuchar la puerta abrirse. Pero reconoció las pisadas de Adrien subir las escaleras, lo cual la tranquilizó.

Ya estaba a salvo.

## Capítulo 20

Adrien abrió la puerta del salón y corrió hacia ella. La estrechó contra sí con todas sus fuerzas.

—¿Estás bien? —preguntó, ansioso.

—Ahora sí...

—¿Qué te ha hecho?

—Quería retenerme y que me fuera con él al hotel. Mira mi brazo...

Se medio quitó el jersey y dejó la extremidad al desnudo, con verdugones donde las manos de Raúl habían apretado.

—Físicamente no puedo con él; es enorme.

—Siento no haber estado aquí. Me he vuelto lo antes posible, te lo juro.

Adrien le acarició el brazo con los dedos, delicadamente.

—Deberíamos ir a la policía. Voy a hacerte una foto de las marcas.

Cogió su móvil e hizo una instantánea.

—Me he pegado un susto de muerte.

—No me extraña.

La ayudó a colocarse de nuevo el jersey, pues Lorena apenas si podía mover la extremidad.

—Tienes la cara hinchada de tanto llorar, pobrecilla.

—Debo de estar horrible.

—Eso es imposible...

Lorena notó la electricidad entre ambos, y cómo él le miraba los labios, parpadeando lentamente, como obnubilado. Su cuerpo se acercó como un imán y la besó. Ella le devolvió el beso con pasión, agarrándolo de la camisa negra con tal fuerza, que casi le hizo saltar el alzacuellos.

Adrien la levantó del sofá en volandas y la llevó hasta su cama. Tenía más fuerza de la esperada. La dejó sobre el lecho con cuidado y se sentó a su lado, sin dejar de besarla y acariciarle la cara y el cuello, bajando hasta los pechos y apretándolos con sus manos. Lorena gimió con el contacto, ardiéndole todo entre las piernas.

Ella le desabotonó la camisa y le quitó el alzacuello del todo, tirándolo al suelo. También le quitó las gafas y las dejó en la mesilla.

Adrien deslizó las manos hasta la cintura y le sacó el jersey. Se le quedó mirando la forma de sus pechos, que bajaban y subían. Hundió el rostro en ellos, mientras que con las manos le desabrochó el sujetador con más pericia de la esperada para ser primerizo. El hombre besó y lamió los pezones, duros como el diamante, hasta los mordió con mucho cuidado, pellizcándolos.

El cura se terminó de quitar la camisa y la camiseta de abajo, por lo que Lorena pudo contemplar por fin su pecho bien torneado, y con vello. Con las manos lo tocó todo, y deslizó las uñas largas por el resto del cuerpo, hasta llegar al borde del pantalón.

—¿Te gusta? —preguntó él, con cierta inocencia.

—Mucho... Muchísimo... —tironeó del pantalón, mordiéndose el labio.

Antes de quitarse el suyo, despojó a Lorena de la faldita y los pantys, dejándola en braguitas. Juguetó con ellas, para hacerla sufrir, introduciendo el dedo bajo estas y buscando la vagina.

—Ah... Dios, Adrien...

Sintió su lengua por las ingles y sus besos en los muslos, pero no le quitó la prenda, sino que se despojó él de las suyas, quedándose en bóxeres.

Ambos se miraron, cada uno desde su posición. Lorena se puso de rodillas y lo abrazó por la cintura, besándolo con lengua. Le agarró bien de las nalgas, por dentro de la prenda, sintiendo su vello suave y masculino.

—Túmbate... —musitó él, en un susurro suave en el oído, sonando más como un ruego.

Con cuidado, él le fue retirando las braguitas, hasta dejar expuesta su intimidad. Hundió el rostro entre aquellas piernas, besando sus clítoris, sus labios, su vagina.

Adrien lamió la carne húmeda, degustó su sabor, escuchó sus jadeos y se olvidó de quién era y de sus votos.

Lorena lo agarró del cabello por ambos lados, y le rodeó con las piernas. La lengua inexperta de Adrien pareció la más experta del mundo. Raúl se negaba a hacerle aquello, así que prácticamente no lo había tenido nunca. Las sensaciones fueron tremendamente excitantes, apremiantes, húmedas...

No pudo evitar gemir y removerse, sobre todo cuando él introdujo la lengua y la penetró con ella, moviéndola. Un escalofrío la recorrió desde ese punto hasta la punta del pelo.

Aquella lengua tan certera subió por todo el vientre, pasó entre sus pechos y alcanzó su boca, introduciéndose en ella con ardor. Lorena pudo sentir el sabor de su propio sexo y le encantó.

—Te toca... —susurró ella, apartándolo.

Adrien se apoyó en los codos y abrió las piernas, dejando que Lorena le despojara de su ropa interior mojada, y dejara su erección ser libre.

—Uf... Adrien... —él se rio, nervioso—. Es mejor de lo que me había imaginado.

Sin esperar demasiado, arrancó un gemido al sacerdote. Le chupó y lamió el glande, con cuidado por la sensibilidad de este. Poco a poco fue introduciéndose el pene en la boca, haciéndole una felación.

Lorena degustó el sabor salado de su líquido pre seminal, gimiendo de placer. Le ardía todo, así que se tocó ella misma con el dedo, para darse placer, mientras que con la otra mano agarraba bien el miembro de Adrien. Este la asió del pelo y jadeó muy excitado.

—Siento que no sea muy grande... —dijo él de pronto. Ella le miró y dejó de lamerla, para reírse.

—Me encanta —le hizo saber—. Me encanta, porque así no me va a doler, me va a dar mucho gusto...

Adrien pareció azorado.

—No tengo preservativos —confesó con vergüenza.

Lo que menos había imaginado Adrien aquella noche de domingo, fue acostarse con ella.

Lorena se le puso encima y jugueteó con su boca, besándolo y sonriendo.

—Soy estéril, no puedo quedarme embarazada. Y estoy sana, no tengo nada que te pueda contagiar...

Adrien la miró a los ojos, enamorado. La abrazó contra sí, rodeándola también con sus piernas.

—Guíame tú —le rogó él.

Lorena se tumbó a su lado y le hizo ponerse encima. Pasó las piernas por su cintura y asió el pene erecto y duro de Adrien, para introducirlo en su vagina.

Adrien empujó con cuidado, hasta quedar dentro del todo.

Ambos se miraron antes de besarse con lenguas y labios.

El sacerdote comenzó a embestir con cadencia, haciendo gemir a Lorena de puro placer. El tamaño de su pene encajaba con su vagina a la perfección.

—Sigue así, justo así —jadeó ella, que sintió el punzante placer de un orgasmo que comenzaba a formarse—. Y bésame lentamente... —Adrien hizo todo lo que le pidió, mientras sentía los músculos de la vagina contraerse

alrededor de su pene, y sus gemidos sobre la boca, más y más intensos a cada segundo, hasta alcanzar un nivel orgásmico.

Lorena descansó un momento, casi sin aliento, tras el placer intenso.

—Eso ha sido música celestial para mis oídos —susurró él, sin dejar de embestir, sintiendo su propio goce.

Lorena comenzó a moverse de nuevo, excitadísima.

—No pares de follarme, Adrien, no pares...

—¿Otra vez?

—Soy... multiorgásmica...

Adrien no se pudo creer tanta suerte, así que empujó con cadencia, dejándose llevar del todo, escuchando los jadeos de su amante, gimiendo también.

—No me aguanto más... Cariño, no puedo más, necesito correrme dentro de ti...

—Córrete dentro de mí, córrete, Adrien...

Los gemidos de este fueron cada vez más intensos, hasta que empujó con fuerza y la levantó de la cama mientras eyaculaba. Lorena apretó su vagina por los impulsos de placer, corriéndose a su vez.

Ambos se quedaron derrengados sobre el lecho; la mujer abajo y él sobre su pecho.

—Adrien... —le acarició el cabello canoso—. Te quiero...

Este levantó la cabeza, mirándola con ilusión.

—¿En serio?

—Te quiero muchísimo —repitió.

Adrien la besó sin parar, acariciando su cara y su pelo con sumo cuidado y delicadeza.

—Acabo de faltar a mi voto de castidad por ti. ¿Eres consciente?

—Sí, lo soy.

—¿Entiendes de qué forma estoy enamorado de ti?

—Como yo de ti, locamente...

—Mis sentimientos son serios.

—Y los míos. Me traes loca desde que te conozco. Y reconocí mis sentimientos por ti cuando estuvimos hablando fuera en el patio. Fue muy triste verte partir así...

—Te amo ya no sé ni desde cuándo. Me gustaste desde el principio.

—¿Mojada y sin zapato?

—Bueno, después... —se echó a reír antes de volver a besarla.

—Estás loco por mí, ¿eh?

—Agilipollado es lo que estoy. No sé cómo voy a disimularlo.

—Pues tendremos que esforzarnos.

Lorena bostezó.

—Duerme conmigo... —rogó él.

—¿Ahora sí? ¿Serás capaz de resistirte?

—Eres muy mala...

—Solo estoy enamorada perdidamente.

Adrien tapó a ambos con las mantas, y se durmieron desnudos bajo ellas, el uno en los brazos del otro, bajo la mirada de la Virgen en la mesilla, que no mudó su expresión dulce.

## Capítulo 21

Muy temprano, Lorena dejó durmiendo a Adrien y se fue a su habitación a darse una ducha.

Tuvo una mezcla de sentimientos: felicidad, tristeza, dicha, miedo...

Como cada día, preparó las tareas para la mañana. Adrien apareció de pronto en su despachito, lo que hizo que le diera un vuelco al corazón al verlo.

—Dame las llaves, hoy abro yo —sonrió.

—No es necesario, no se va a atrever a entrar...

—Es una orden de tu jefe. —Alargó la mano—. Y no quiero verte cerca de la puerta. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

Al tocarse sus manos sintieron algo electrificante.

—A las 12:00 ven al despacho con la nota que encontraste.

Lorena sonrió al verlo marchar. Se permitió el lujo de mirarle el culo con descaro, mordiendo la punta del boli con golosidad.

Luego llamó a Pili, pues se moría de ganas de contarle todo.

—Me ha pasado algo muy fuerte —le dijo.

—¿Qué ha pasado? No me asustes.

—Adrien y yo nos hemos acostado.

—¿Acostado de dormir o de follar?

—De follar, ceporra. La mejor noche de mi vida.

—¿Te das cuenta de lo que eso conlleva para él?

—Sí, claro. Y tengo miedo de que no me elija a mí...

—No lo fuerces. Solo enamóralo más.

Lorena sonrió como una adolescente tonta y se mordió el labio.

—También ha aparecido Raúl. Ayer me intentó obligar a volver con él.

—¡Hijo de puta!

—Hasta que no solucione lo de ese cabrón, es mejor que no quedemos. Lo siento, me da miedo que os haga algo a ti y a tu familia.

—Vale, maja. Ten mucho cuidado y avísanos de lo que sea.

—Lo haré. Te quiero.

—Y yo, bonita.

Tras aquello, informó a su padre sobre Raúl, y le pidió que tuviera cuidado si lo interceptaba. Este se quedó preocupadísimo, naturalmente.

Al las 12:00 en punto, Lorena llamó a la puerta de Adrien. Este le abrió, cerró y pasó el pestillo. De pronto, se vio entre sus brazos y le temblaron las piernas por el tórrido beso que Adrien le dio y que duró varios minutos. Finalmente la dejó respirar, entre sonrisas, pero no la soltó.

—¿Estás loco? —jadeó ella en un susurro.

—Por ti, ya lo creo que sí...

—Nos van a oír. —Él sonrió con picaresca.

—Nos oirían si ahora te arrancara la ropa y te follara contra la pared.

—No me digas esas cosas... —Lorena se puso caliente solo de pensarlo.

Lo cogió del rostro para besarlo con ardor.

Tuvieron que separarse antes de perder los papeles y que no hubiera marcha atrás. Aquel era el lugar menos adecuado del mundo.

—Será mejor que me des lo que encontraste. Siéntate...

Tuvo que soltarla, muy a su pesar, y sentarse en su butaca. Ella le dio el papel y Adrien lo leyó poniendo muy mala cara.

—¿Y esto de quién es? Porque esta afirmación es gravísima.

—Lo sé y no lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Es una alumna interna, o alumnas... Ellas me pasan información. Pero no sé cuál deja las notas.

Adrien hizo una fotocopia y guardó la original en un cajón de su mesa.

—Nos vamos a comisaría y matamos dos pájaros de un tiro.

Lorena se puso tensa.

—No tengas miedo, cariño, yo estoy a tu lado —dijo, tocándole la mano.

—No conoces a Raúl. Ayer estaba fuera de sí.

—Y por esa razón nos vamos a comisaría.

Se acuclilló a su lado y le acarició el rostro.

Lorena pensó que ya no quedaba nada de aquel hombre serio y seco del principio; era todo ternura.

Lo besó, atraída como una polilla a la luz. Solo el contacto con sus labios le hacía sentirse en una nube. Lo quería demasiado.

—Venga, ponte el abrigo y vamos en mi coche.

Ya allí, Lorena narró todo lo sucedido desde el principio. La violación, la huida, el acoso de la noche anterior, el verdugón en el brazo... Incluso se puso a llorar de puro nerviosismo. Por desgracia, no fue suficiente para hacer algo que alejara a Raúl de ella de forma eficaz, y por cosas como aquella morían tantas mujeres a manos de sus parejas.

Después, Adrien habló con el comisario sobre el caso del suicidio y la

nota encontrada, así como el aviso de que en el colegio se producían presuntos abusos sexuales.

Volvieron al colegio con la promesa policial de hacer todo lo posible para investigar aquello último.

Lorenzo interceptó a Lorena en un pasillo, cuando iba a por papel para el cuarto de baño.

—Hola, Lorena. ¿Cómo estás?

—Bien... —No fue capaz de mirarlo a la cara.

—¿Después de lo que pasó ni me miras?

—Shhh. ¿Quieres que lo sepan todos?

—Me da igual.

—Oye, ahora mismo no puede ser... Además, mi marido anda rondando por Zamora. Ayer tuve un encontronazo con él. Y es muy celoso.

—Entonces que el director tenga cuidado —soltó de pronto—. Andas con él todo el día de aquí para allá.

—¿Qué insinúas?

—Nada, que se te nota a la legua que quien te gusta es él.

—¡Vale ya, Lorenzo! —se puso muy nerviosa.

Él se dio media vuelta, molesto.

Lorena frunció el ceño, cabreada. No estaba la cosa para aguantar más machitos territoriales y rechazados, ya bastante tenía con un hijo de puta. Por eso, fue a ver a Adrien, que le aportaba otro tipo de sensaciones como persona del género masculino.

—Hola, ¿se me permite pasar?

—Adelante. —El rostro de él se iluminó, añadiéndole atractivo—. Siéntate. Mira...

Le tendió una fotocopia. Se trató de la carta de suicidio de Rocío.

—Me la ha mandado el comisario.

“Mi vida no vale nada, no sirvo para nada. Hacen lo que quieren conmigo, todos. No lo soporto más. Lo siento, mamá y papá. Os quiero mucho, pero es que no puedo más. El dolor es demasiado fuerte.”

—Lloraba cuando la escribió y le temblaba el pulso. Estaba muerta de miedo. La depresión pudo con ella... Se ve que acumuló pastillas suficientes y se las tomó.

—Pobre chiquilla...

Lorena se quedó devastada.

—Hay varios profesores laicos dando clase, como sabes. La policía piensa que el abuso debió de ser masculino, ya que es el perfil general.

Adrien se puso muy triste.

—Soy un director horrible. No me he dado cuenta de nada...

—No, Adrien. No es eso. Vale que tu trabajo debería haber sido más meticuloso. Pero ¿cómo ibas a pensar que pasaba semejante aberración en tu escuela? Y en cuanto a las otras cosas; acoso por parte de alumnas, anorexia, las jóvenes lesbianas... ¿Te crees que eres el único con ojos? No, aquí hace la vista gorda todo el mundo. Las chicas además no vendrían a contártelo.

—¿Me tienen miedo?

—No, te tienen respeto. Eres un hombre bueno, pero das la sensación de inaccesibilidad. Mandar a una chica a una clínica para desórdenes alimenticios, ir a buscar a otra en plena noche, lloviendo, traer a una reputada psicóloga... Has ido enmendando los errores...

—Enmendar es el problema. Debería haberlos prevenido.

—Eres demasiado duro contigo mismo.

—Una chica muerta, Lorena...

Ahí ella no pudo alegar nada.

—No dormí durante semanas, tras su muerte —confesó. Lorena se quedó pasmada.

—Vaya...

—Ahora puedo hacer algo. Aunque no sirva para ella, lo hará para que

otras jóvenes no pasen por esta desgracia.

Tocaron a la puerta en aquellos instantes.

—Adelante —dio paso el sacerdote.

La Madre Superiora apareció, horonda. Miró con inquina a la mujer, que puso cara de póker.

—Es privado —comentó.

—Señorita Pérez, si es tan amable... Ya seguiremos con nuestra charla — se puso serio.

Lorena se levantó y se fue a terminar sus tareas del día. Luego esperó en su apartamento a que Adrien le dijera algo.

Su puerta sonó y se trató precisamente de él en persona.

Entró y le entregó una cala preciosa.

—¿Qué haces?

Enrojeció.

—Ya sé que es una ñoñada regalar flores —admitió, sonriente—. Pero la he robado.

—¿Cómo?

—Sí, del terrario de Sor Adela. No se enterará.

—Eso es pecado...

—De perdidos al río... Si he de robar y hacer tonterías, que sea por el amor de mi vida.

Lorena se quedó descolocada. Adrien decía cosas maravillosas.

Lo abrazó por el cuello, para poder besarlo.

—Te quiero, Adrien, te quiero...

—Y yo a ti, preciosa mía.

—Eres un Don Juan.

—Solo soy un sacerdote torpe...

—Anoche no fuiste nada torpe —le susurró sobre los labios.

—Que fuera virgen no me convierte en un ignorante del sexo...

Deslizó sus manos por el trasero de ella.

—No pensarás que vamos a hacer el amor aquí...

—Sí... Lo pienso constantemente desde que te besé por primera vez.

—¿Y por qué no lo hiciste aquella noche?

—Porque tenía miedo...

Lorena se echó a reír, amortiguando las carcajadas sobre su pecho.

—¿De qué?

—De no satisfacerte... —susurró sobre su pelo.

—Me habrías satisfecho como ningún otro. Ayer me lo demostraste...

—He practicado con mi imaginación.

Lorena le desabotonó el pantalón y metió la mano bajo la ropa interior, asiendo su dureza caliente.

—Así que te has masturbado.

—Repetidas veces desde hace días... —admitió, excitadísimo— Me duchaba para que se me bajar, y al final acababa tocándome allí.

La asió de la nuca y la besó con ardor.

—Vamos a tener que ser muy silenciosos... —dijo ella.

—Shhh...

Comenzaron a despojarse de la molesta ropa, sin decir palabra. Aguantándose las ansias de gritar y jadear con intensidad.

Acabaron sobre el sofá, desnudos y calientes. Adrien le lamió el cuello y los senos firmes, bajando para hacerle un cunnilingus que le nubló los sentidos a Lorena y la llevó al borde del orgasmo. Tuvo que apretar la boca contra su propio brazo, para no gemir fuerte. Adrien se apartó a tiempo, se sentó e hizo que se colocara encima de él, a horcajadas, para penetrarla en aquella erótica posición. La mujer se movió arriba y abajo con cadencia, besándolo. Él la asió de las nalgas con fuerza, y de las caderas. Luego la abrazó por la cintura, dejando que ella hiciera todo el trabajo, dejándose llevar.

Lorena sentía un ardor en su bajo vientre, y en su vagina, cada vez más punzante.

—Córrete, quiero que te corras y gimas en mi boca... —susurró él, cogiéndola por el rostro. Ella lo besó y comenzó a jadear casi sin control, amortiguados los sonidos por la boca de Adrien. El orgasmo le sobrevino a Lorena como un torrente de lava, caliente, ardiendo. Contrajo todos los músculos de su sexo húmedo. Luego respiró con dificultad, intentando recobrar el aliento tras el orgasmo. Abrazó a Adrien por el cuello y volvió a moverse. Este la colocó en la esquina del sofá y volvió a penetrarla, con urgencia, a punto de correrse en su interior, muy excitado. Hundió el rostro en el cuello de Lorena, para no gritar al sentir la urgencia de la eyaculación. Ella sintió el semen caliente entrar e inundarla. Luego, él se quedó quieto y se echó a reír.

—Mucho mejor que en mi imaginación...

—Y que en la mía...

—También lo habías pensado.

—Ya lo creo...

Adrien la miró, aún con la respiración agitada.

—Eres maravillosa —afirmó.

—Y tú... Nunca... Nunca me habían querido tanto.

—Yo solo sé querer de verdad, mi amor. A ti...

Lorena lo abrazó, entre dichosa y a la vez preocupada de perder aquello tan único que tenían.

## Capítulo 22

Las vacaciones de Navidad estaban a la vuelta de la esquina, e incluso las internas fueron abandonando la escuela y esta se quedó vacía, pues los profesores laicos también descansaban. Al final solo quedaron las monjas, el padre Adrien y Lorena.

Las mujeres aprovecharon las fechas para hornear todo tipo de dulces típicos y sacar un dinero extra que luego se donaría a Cáritas, o comprar juguetes para niños sin recursos.

Lorena también contó con días de vacaciones, pero Adrien no la dejó salir del colegio por miedo a que Raúl le hiciera cualquier cosa.

—Y la policía no ha hecho nada —se desesperó ella, una mañana que anduvieron desayunando juntos en el comedor.

—Como no te ha amenazado más...

—Lo conozco, está esperando...

—¿Tú crees?

Lorena asintió mientras mordía la tostada.

—Entonces no te dejaré ni a sol ni a sombra.

—Eso ya lo haces... —susurró.

—Porque no concibo estar separado de ti mucho tiempo...

Ella sonrió.

—He invitado a tu padre a que venga a la cena de Navidad.

—¿En serio? No me ha dicho nada.

—Quería darte una sorpresa, pero como te veo agobiada he preferido que lo supieras.

—Gracias, Adrien.

Lorena lo miró a los ojos largo rato y él se sonrojó.

—Sé que te mueres por salir a dar una vuelta. La daremos juntos.

—¿En serio?

—Dudo que Raúl se atreva a hacer algo si vas conmigo. Me pondré el alzacuellos para que le quede bien claro que soy un sacerdote.

—Si pudiera te comería a besos ahora mismo —le dijo ella en un susurro.

—No me digas esas cosas aquí, o me lanzo por encima de la mesa y te como a besos yo... —se echaron a reír ambos, mientras Sor Sofía los observaba de lejos. Ellos no se dieron cuenta, pero le resultó evidente el enamoramiento mutuo. Ella no era nadie para juzgarlos, eso solo lo podía hacer Dios, pero rezó para que todo les saliera bien y no fueran infelices en un futuro.

En la tarde antes de la Nochebuena, la gente aún andaba como loca comprando regalos.

Adrien y Lorena entraron en una juguetería y el sacerdote se fue directo a la sección de Star Wars.

—¿Qué buscas?

—Tengo una sobrina pequeña, adoptada, a la que le gusta mucho Star Wars.

Tiene seis años, creo que te lo conté ya.

—¿La adoptaron su pareja y él?

—Sí. Mis otras sobrinas ya son adolescentes, pero apenas tengo contacto.

—Vaya...

—En general apenas hablo con mis padres, solo lo hago con mi hermano habitualmente. Mis padres no me perdonan que siga teniendo relación cordial con él.

—Me parece muy triste todo.

—No veo a mi hermano hace años, por las circunstancias de cada uno. Pero siempre le mando regalos a la nena. Mira, este peluche de BB8 será para Reyes.

—Hasta te sabes el nombre.

—He visto todos los episodios. ¿Te crees que vivo en un mundo aislado?  
—se echó a reír.

Lorena alucinó.

—No he sido sacerdote desde que nací. Crecí con las películas.

—Tienes razón, supongo que mi idea preconcebida y llena de prejuicios hacia el clero me ha nublado el juicio.

—A ver, es que soy joven. Obviamente los más mayores son... cerrados de mente. Y algunos jóvenes también. No es mi caso. —Se llevó el peluche del droide a la cara—. Veo series, películas, entro en Internet...

—Conmigo no has visto ninguna película —se quejó.

—Contigo no puedo parar de hacer otras cosas. No pienso en películas, precisamente.

Lorena se echó a reír a carcajadas.

Se acercó a él y le susurró:

—En películas porno sí que piensas...

—Y somos los protagonistas...

Lorena se lo quedó mirando un rato.

—¿Por qué me miras así?

—Eres jodidamente guapo.

—No es para tanto.

—Jodidamente guapo —se reiteró.

Adrien sintió un calor por toda la cara e intentó que no se le notara, pero fue imposible y ella se rio de él.

Fueron a la caja, donde les envolvieron los regalos.

—¿Quieres comprarle algo a tu padre ya que estamos?

—Sí, vamos a una librería.

Buscaron libros relacionados con el Camino de Santiago, y compraron un par. Luego fueron a tomar algo a la plaza del Ayuntamiento.

Charlaban distendidamente en la terraza, cuando Raúl se sentó con ellos como si tal cosa, sin mediar palabra. Se encendió un cigarrillo y los miró, cruzado de piernas y relajado.

Adrien se quedó perplejo, pero entendió enseguida la situación, y quién era el tipo, en cuanto ella se puso tensa.

—Por un momento pensé que me ponías los cuernos otra vez, Lorena. —Le dio una calada al cigarro y luego soltó el humo hacia un lado—. Pero ya veo que es un sacerdote.

Dejó el pitillo en el cenicero.

—Has tenido suerte, amigo —se dirigió hacia él, con una sonrisa en la cara.

—Es mi jefe —informó ella, aterrada al pensar que le hiciera algo a Adrien.

—Ya veo... Supongo que te acompaña. Llevas muchos días sin salir de la escuela. ¿Es por mí?

—¿Tú qué crees? —se le encaró.

—Ya me ha llegado tu denuncia. Per... ¿sabes que no tienes nada?

—No voy a volver contigo. En unos días interpondré la petición de divorcio. Renuncio a tu patrimonio totalmente. No quiero nada tuyo.

—No voy a firmar —amenazó.

—Encontraré la manera legal de que nuestro matrimonio se disuelva.

—¿Para irte con ese profesor?

—No salgo con él.

—Señor, creo que debería irse —le instó Adrien, poniendo cara seria, viendo que la cosa iba de mal en peor.

—Padre *comosellame*, no es asunto suyo.

—Por supuesto que sí. Ella es mi empleada y velo por su seguridad. Y esto es acoso.

Adrien sacó el móvil y se lo enseñó.

—¿Llamamos a la policía? Me llevo muy bien con ellos.

Raúl entonó los ojos y apagó el cigarro. Luego dejó 10 euros sobre la mesa y se levantó.

—Hoy invito yo. Un placer, padre. No veremos pronto, cariño.

Se alejó entre la multitud y desapareció.

Lorena apoyó el codo en la mesa y la cabeza en la mano, intentando serenarse.

—Tranquila, ya está —la cogió del hombro, deseando con todas sus fuerzas poder estrecharla contra sí y consolarla.

—No va a dejarme en paz...

—Estoy contigo, no lo olvides. No te voy a dejar sola ni un minuto. Volvamos, ¿vale? He de hacer preparativos.

—Claro, volvamos. Es lo mejor ahora mismo.

Lorena se quedó en su habitación, llorando, mientras Adrien hacía otras cosas relacionadas con las misas y la cena.

También se deprimió por él, consciente de que lo suyo no tenía futuro. Cada día lo conocía más, y se daba cuenta de lo mucho que había trabajado en su vida para ser quien era. Tanto que había despoticado de él en su día, pero era realmente bueno.

Unos toquillos en la puerta la sacaron de sus tristes ensoñaciones. Se

limpió la cara como pudo, y abrió.

—Señorita Pérez —le dijo la Madre Superiora—. Vengo a hablar seriamente con usted.

—Pase, por favor.

Ambas se sentaron en el saloncito. Lorena fue recogiendo los trozos de papel higiénico usados para limpiarse los mocos.

—Le voy a pedir que se vaya le da escuela.

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

—Todos sabemos que está casada, no divorciada. Vuélvase con su marido.

—Es un maltratador que me violó.

La mujer no mudó su expresión.

—Las mujeres han de estar con sus parejas —repitió la letanía.

—No me hable de parejas o maridos; usted no está casada. Y me atrevo a decir que se metió a monja por no encontrar uno —contraatacó.

—¡Qué desfachatez y qué falta de respeto!

—La misma que usted, que viene a darme lecciones matrimoniales cuando ignora las circunstancias que me llevaron a abandonar a Raúl. Me violó, me pegó y estuvo diez años haciéndome de menos. Soy víctima de violencia de género.

La mujer cerró la boca, enfadada.

—No le deseo el mal, solo que se vaya y deje en paz al padre Adrien.

—¿Perdón?

—Todas sabemos que es una atea maleducada que no respeta nuestra religión católica. Y que le va detrás al padre. ¡No es la primera que lo intenta!

—Fuera de aquí —le contestó Lorena.

—El padre es un hombre íntegro y extraordinario. Y usted una tentación, porque él es humano, al fin y al cabo.

—¡Claro! ¡Yo soy la bruja a la que quemar! La única culpable de todo. Ese pensamiento machista y retrógrado es lo que hace que tantas jóvenes no quieran saber nada de la Iglesia y, mucho menos, hacerse monjas. Tienen que

convencer a pobre chiquitas de otros países tercermundistas que no tienen otra salida, porque ustedes se están quedando viejas.

A la Madre Superiora le sentó como una patada aquella afirmación.

—Haré lo que me dé la gana, y punto. Y ya váyase.

La enorme mujer se marchó airada, cerrando de un portazo. Minutos después volvieron a llamar.

—¡Fuera, señora! —gritó Lorena a pleno pulmón, sollozando de rabia.

—Soy Sor Sofía —se escuchó su voz amortiguada.

Le abrió de inmediato.

—Ay, maja, menuda cara llevas. El grupo de WhatsApp se ha puesto que arde al escuchar vuestra discusión.

—No sé ya qué hacer...

—No le hagas caso a la Madre Superiora. Chochea.

—Si lo que ella me diga, me es irrelevante.

—¿Entonces?

—Pero tiene razón con Adrien... —susurró.

La monja la instó a sentarse en el sofá, junto a ella.

—¿Quieres contarme algo?

Lorena dudó unos minutos, incapaz de expresarse. Así que Sor Sofía lo hizo por ella.

—Sé que estáis juntos —dijo, cogiéndola de la mano—. Estáis muy enamorados... Se os nota.

—Por mí ha faltado a sus votos... Y me siento mal.

—No tiene nada que ver con unos votos. Sino con decisiones personales. Si solo se hubiera dejado llevar, estaría arrepentido. Y se lo ve feliz. Aquí no hay culpables.

—No deseo que pierda todo lo que ha conseguido. No sé si irme y dejarlo, o seguir y luchar por él para que me elija. Vivo con esa incertidumbre.

—No es sencillo colgar los hábitos. Conozco a una monja que lo hizo por un hombre, hace ya muchos años. Fue un escándalo.

—¿Y fue bien? —Son Sofía negó con la cabeza.

—Eran otros tiempos. La sociedad es machista...

—Por primera vez siento que soy valorada como persona, como mujer, como profesional. El cariño que recibo de él es totalmente sano y real. Pase lo que pase, es el amor de mi vida. Y por eso no puedo ser egoísta con él.

—¿Y qué harás?

—Dejarle... —se puso a sollozar de pura pena.

—Ay, maja, pero qué lástima todo, de verdad.

Sor Sofía la consoló lo posible, hasta que tuvo que volver a la cocina.

Tras ducharse, Lorena se maquilló para que no se le notaran los estragos del llanto, y bajó a cenar con todos. Su padre ya estaba allí y le salió del alma abrazarlo con fuerza.

—Tengo una cosa para ti. Es un regalo de Papá Noel, así que tendrás que esperar a mañana.

—Yo soy de los Reyes Magos...

—Pues espérate al día seis entonces... —José la miró.

—Haré una excepción —murmuró curioso.

—Estoy segura de que te gustará... —sonrió a su padre. Este le tocó la mejilla, pellizcándola.

—¿Nos veremos mañana, hija?

—Claro, papá.

Pero Lorena mintió, pues se había cogido un vuelo para irse a París, además de haber reservado ya los hoteles.

Necesitaba desconectar, pensar.

—Lorena —Adrien la sacó de su trance—. Feliz Navidad...

—Feliz Navidad.

—Mira... —Le enseñó un trozo de muérdago—. Aquí no es tradición, pero me lo guardo para luego...

Ella sonrió, comiéndose la pena.

La cena se desarrolló bien. Se sentó con su padre y Sor Sofía, uno a cada lado. Observó charlar a Adrien con todo el mundo, más desinhibido de lo normal. Después de aquello, se fue a su cuarto a hacer la maleta. Recibió un mensaje de Adrien para que bajara a la rectoría. Se lo pensó un rato, pero no pudo evitar verlo una última vez antes del viaje.

Él le abrió la puerta y le puso el muérdago encima de la cabeza.

Se besaron como la primera vez, derretidos el uno en brazos del otro.

Adrien la llevó hasta su cama y, con suma delicadeza, le fue quitando la ropa hasta dejarla desnuda y expuesta. Con la misma lentitud se quitó la suya.

A Lorena, aquel hombre la volvía loca. El calor y las formas de su cuerpo, el vello de su pecho, la suavidad de su pelo canoso, la tersura de sus labios anhelantes, cómo le miraban esos ojos azules, esa forma de tocarla con unas manos grandes y dulces, respetándola y a la vez haciéndole perder el sentido de la realidad al deslizarlas por rincones prohibidos.

Él le hizo el amor con cuidado aquella noche, sin ser brusco, pero con pasión.

—Adriennn —gimió al sentir su primer orgasmo llegar.

Él la besó absorbiendo sus gemidos.

—Te amo —le susurró el sacerdote sobre el oído.

—Y yo a ti, para siempre... —se echó a llorar.

—No llores, preciosa... —gimió.

A Adrien le maravillaba aquella capacidad multiorgásmica. Le excitaba muchísimo oír y sentir sus culminaciones, tanto que le sobrevino una a él, sin querer evitarla. Ambos jadearon a la par hasta quedarse derrengados.

Ella le abrazó con fuerza, con toda la que fue capaz.

Tenía claro que quería a aquella mujer para él, para siempre. Tenía claro a quién elegir, el camino que quería llevar.

Junto a ella.

Aquella madrugada, Lorena se fue pronto, dejando una nota a Adrien. Llamó a un taxi y se fue hasta la estación de tren, donde cogió este para ir a Madrid. Ya allí, tras un viaje dormitando, cogió el vuelo a París.

Durante aquel vuelo, pensó una y otra vez en la nota y tuvo que aguantarse las lágrimas, mientras observaba las nubes desde arriba. Fue difícil detener los sollozos y el agua salada cayó por sus mejillas enrojecidas.

En la nota le dijo que no se preocupase. Que avisara a su padre. No indicó dónde ni cuándo volvería, solo que necesitaba pensar.

## **Capítulo 23**

Adrien se despertó aquella mañana bien pronto. Lorena no estaba allí, aunque no le resultó extraño pues, por prudencia, solía volver a su cuarto en horas que todas las demás mujeres dormían.

Decidió no pensar demasiado en su decisión, posponerla hasta que terminaran las festividades, pero al menos se lo diría a Lorena para que se quedara tranquila. En el fondo, aunque ella no lo expresase, sabía que lo estaba esperando pacientemente.

Por eso, cuando encontró la nota, se quedó lívido y le entró un malestar por dentro imposible de describir.

Se tuvo que sentar y volver a leerla:

*“Adrien, perdóname, he decidido irme a Francia durante estos días de vacaciones, porque necesito pensar en lo que ha pasado entre nosotros. No quiero que tires por la borda toda tu vida como sacerdote, solo por estar conmigo. Lo nuestro es imposible, y no deseo ser egoísta contigo. Por favor, dile a mi padre que estoy bien. Prometo avisaros de vez en cuando.*

*Adiós, Adrien...*

*Lorena.”*

Estrujó la nota entre las manos y la rompió, apretando la boca de pura desesperación. Le entró incluso ansiedad y tuvo dificultades para respirar.

Le salieron las lágrimas sin más, sintiéndose impotente, decepcionado y vacío por dentro.

Lorena, por su parte, pasó un frío invernal en Francia, pero visitó diversas localidades de la Bretaña y Normandía.

Tras un día de visita en el Mont Saint Michel, volvió al acogedor hostel normando y se metió en la cama, con los pies helados.

Escribió a su padre y también a Adrien, para informar de que estaba bien y volvería a Zamora en breve. Este último leía siempre los mensajes, pero nunca le contestaba.

Hubiera dado lo que fuera por atreverse a pedirle perdón, rogarle que la perdonara, que volviera con ella. Pero se sintió una cobarde y egoísta en todo momento.

Finalmente, tuvo que volver a la realidad y coger un vuelo para ir a Madrid, luego el tren y un taxi que la llevó hasta el colegio, donde se plantó el seis de enero.

Volvió al apartamento, se duchó y se metió en la cama, agotada, aguantando las ganas de ir a ver a Adrien a la rectoría.

Escribió una última cosa al sacerdote:

“Estoy de vuelta. Mañana me encontrarás en mi puesto de trabajo.”

De nuevo, él lo leyó y no respondió.

El sacerdote había estado esperando todo el día la vuelta de Lorena. Para no tener que cruzarse con ella, básicamente.

Aquellos días de dolor y soledad, de pérdida irreparable, de corazón vilmente destrozado, le hicieron recapacitar. No volvería jamás con ella, la trataría de forma indiferente y la olvidaría en cuanto ella se fuera a trabajar a otra parte. Estaba esperando su renuncia.

Pero, al final, la realidad superó a la ficción de la historia que se había montado en la cabeza, y a la hora de la verdad creyó morir al ver a Lorena caminar cerca de la rectoría. Escuchó la puerta de servicio abrirse, pues el silencio sepulcral se alteró. La observó desde la mirilla de la puerta. Lorena se detuvo unos segundos y miró hacia allí. Luego se fue con la cabeza gacha.

El corazón de Adrien se puso a cien. Tuvo que resistirse con todas sus fuerzas a no salirle a la zaga.

Rezar no fue suficiente, por lo que echó mano de Bernardo y lo llamó.

—¿Por qué me llamas a estas horas? —rezongó su amigo, medio dormido ya.

—Porque... He de contarte algo y pedirte consejo. Debo confesarme.

—¿Y tan grave es tu pecado que no puedes esperarte a vernos mañana? Por teléfono no es muy ortodoxo.

—Me acosté con ella.

Al otro lado no se escuchó nada más que la respiración pesada de Bernardo.

—Joder, Adrien, ya la has fastidiado. Mira que te lo avisé.

—La quiero de verdad.

—¿Ha sido esta noche? —ignoró sus alegaciones.

—No, fue hace tiempo. Todos los días, durante casi un mes.

—La Virgen, Adrien —exclamó al otro lado de la línea—. ¿Y ahora es cuando te arrepientes? A buenas horas.

—Hace unos días decidí dejarlo todo por ella.

—¿Tú? ¿En serio?

—Creía que me amaba, creía que estaríamos juntos y formaríamos nuestra propia familia. Y va y... me dejó con una puta nota —se enfadó.

—Te lo mereces. Por haber traicionado tus votos.

—Lo sé... Es un castigo por eso, lo sé...

—¿Y qué piensas hacer? Porque esto es gravísimo. Has cometido ese pecado y yo no te puedo absolver por las buenas. Solo guardarte el secreto, y no porque esto sea una confesión, sino porque soy tu mejor amigo.

—Ha vuelto de viaje, estuvo unos días fuera para no verme. Sé que está en su cuarto. Es fácil ir hasta allí, hablar con ella, tirarme a sus pies y pedirle que volvamos.

—¡Ni se te ocurra! —Bernardo fue tajante.

—Pero es que...

—Pero es que nada, joder —blasfemó, bastante enfadado con su amigo.

—Tienes razón.

—Ahora te estás quietecito. Y mañana, cuando la veas, como si nada. Pasando. Solo una relación laboral que, espero, ella concluya en breve si es que tiene dos dedos de frente y no quiere joderte más. Por otro lado, te callas bien calladito lo que ha pasado y sigues adelante con tu sacerdocio. ¿O tienes problemas con Dios?

—No, con Dios y la Fe no los tengo. No pensaba dejar de eso, aunque fuera de forma laica...

—Pues entonces ya está. Vete a dormir. Hablamos mañana en persona, si quieres.

—Perdona por molestarte a estas horas.

—No pasa nada. Un abrazo.

—Gracias...

Adrien colgó y dejó el móvil a un lado de la cama. Se tumbó en esta e intentó mentalizarse de lo que estaba por venir.

Por la mañana, a la hora en punto, la bedel estuvo en el despachito. Todo fue corriente, nadie se extrañó, la saludaron como era habitual.

Estuvo tentada de acudir al despacho de Adrien, pero la cobardía le ganó la partida.

Sor Sofía la interceptó a media mañana.

—Lorena, ¿estás bien? El padre nos dijo que estabas de viaje.

—Estoy todo lo bien que se puede estar... Teniendo en cuenta que le he roto el corazón.

—Así que eso es lo que le pasa...

—¿El qué? ¿Cómo está?

—Más robótico que nunca, y estricto. Se ha puesto las pilas...

—Entiendo...

—Ahora lo comprendo todo. En fin, si es lo que tenía que ser... Dios lo deseaba así.

—Es lo que tenía que ser —ratificó Lorena—. Voy a darle los quince días y me iré.

—Ahora está solo en su despacho. Vengo de allí; me ha abroncado por tener grupitos secretos en el chat. Así que he tenido que eliminarlos delante de él.

—Uf... —Lorena se mareó solo de pensarlo.

Con valor, que fue perdiendo según avanzó por el pasillo, tocó a la puerta del despacho de Adrien.

—Adelante —se escuchó.

Al entrar le temblaron las piernas. Él la miró serio, sin inmutarse.

—¿La puedo ayudar en algo, señorita Pérez? —el tono de su voz fue neutro.

—Vengo a entregarle mi renuncia. Bueno, con quince días de antelación...

—Puede dejarla en la mesa. Muchas gracias, buenos días —la despachó rápido.

Lorena desdobló el papel y lo dejó sobre la mesa. Él no le hizo caso, absorto leyendo papeles.

—Adiós, buenos días —susurró, pero él no respondió nada.

Adrien cogió el escrito con la mano temblorosa.

—Mejor así... —se dijo.

La mujer se fue al baño privado de personal, y soltó un berrinche tremendo. Lorenzo, que andaba en el de hombres, la escuchó.

—Lorena, soy yo... ¿Estás bien?

Ella salió del baño y se limpió la cara.

—Es que he presentado mi renuncia y me da mucha pena.

—¿Por qué te vas?

—Esto no es para mí. Necesito buscar otro camino...

—Si te hace falta lo que sea, me lo dices.

—Gracias, Lorenzo... eres buen tío.

Él la abrazó contra sí, aprovechando la tesitura. Justo entró Adrien, que los había oído hablar en el baño de mujeres.

—Este lugar no es sitio para confidencias, y menos en horario laboral.

Le echó una mirada de odio a Lorenzo y este se la devolvió.

—No hagas perder tiempo lectivo a las alumnas —añadió.

—Sí, señor director —dijo rechinándole los dientes mientras se iba, dejando a solas a los otros dos.

—Y usted, señorita Pérez, no es sitio para lloreras tampoco. Llore en su tiempo libre.

—Eso ha sido muy cruel.

—He aprendido de la mejor —respondió.

Luego se fue al baño de hombres, afectado de verla en aquel estado y por haber sido tan drástico.

Lorena se sintió humillada, pero también culpable por la situación.

Tras la comida, esta se quedó en el despachito. Miró la tarjeta de la psicóloga y la llamó. Ella se puso muy contenta al tener noticias suyas. Quedó

en ir a Salamanca, donde tenía su centro, y así tener una entrevista.

Cuando le pidió a Adrien un día libre, este se lo dio de milagro.

—¿Para qué lo quiere?

—Asuntos personales. Abogados y esas cosas...

—¿Piensa ir sola? —a Adrien se le notó la preocupación en la voz.

—Vendrá mi padre también.

—Bien, adelante.

—Gracias, padre Adrien.

Antes de salir del despacho del sacerdote, Lorena le miró y él le devolvió la mirada.

—Hice lo mejor para ti.

Adrien se mantuvo callado.

Los días fueron pasando anodidamente, uno tras otro. Apenas pudo comer, y se sintió sin fuerzas. En una ocasión se cayó al suelo mientras limpiaba unos cristales, debido a un mareo. Al despertar del golpe en la cabeza, se encontró en la enfermería, con Lorenzo a su lado.

—¿Qué...?

—Te has caído redonda.

—Dios...

—Tienes muy mala cara, has adelgazado, no te veo comer bien.

—Porque no como...

—Mal, muy mal.

Lorenzo cogió su mano, para insuflarle ánimos.

Adrien los volvió a encontrar en una situación cariñosa y le llevaron los demonios, pero supo contenerse.

—Venía a verla, señorita Pérez.

—Mejor me voy. Recupérate pronto. —Lorenzo le dio un beso en la mejilla.

Ambos hombres se miraron con inquina. Después, Adrien le preguntó a Sor Inmaculada:

—¿Qué le pasa a la señorita Pérez?

—Tiene la tensión por los suelos.

Adrien se sentó en la silla, a su lado, pero no tocó a la mujer.

—Si hace falta, cójase más días de permiso...

—Gracias... —Lorena lo miró a los ojos, entristecida.

—Bueno, he de irme. Cuídese.

—Gracias...

Adrien se levantó, dubitativo, pero acabó por irse.

Lorena tragó saliva, y se puso a llorar por la situación general, mientras Adrien daba las gracias al Supremo porque la monja estuviera con ellos en la enfermería. Le estaba costando la vida mantenerse al margen y no caer en la tentación.

Lorena hizo caso y comió más, aunque le costara. Se marchó con su padre a Salamanca una mañana y tuvo una entrevista de lo más fructífera. Dio sus datos para que le hicieran el contrato de trabajo, a la espera de que expirar el de bedel. Trabajaría en el despacho de Zamora, y eso le dio más tranquilidad.

De vuelta en su ciudad natal, Lorena y José acudieron a un abogado especializado en divorcios difíciles, donde contó todo lo sucedido.

Aquel día, Raúl no se acercó a ellos, si es que seguía por allí.

—Papá, ¿podría mudarme contigo al principio?

—Eso ni se pregunta, hija. Qué cosas dices.

—Al menos hasta que todo vuelva a su cauce.

—Que sí, te digo.

—Gracias, papá —lo besó en la mejilla.

De vuelta en la escuela, continuó haciendo sus quehaceres con total profesionalidad. Las chicas internas, durante una comida, le hicieron un regalo; una taza y una agenda con frases bizarras y graciosas, cosa que la

emocionó profundamente.

—Nos ha ayudado mucho, señorita Lorena.

—Entonces me voy satisfecha.

Justo entró Adrien, con una expresión de odio tremenda. Se dirigió directamente a la mesa del profesorado y agarró a Lorenzo por la solapa de la camisa, pegándole un puñetazo que lo tumbó sobre las bandejas de comida y bebida, hasta que cayó al suelo.

—¡Grandísimo hijo de puta! —exclamó el profesor, reculando para poder levantarse. Se abalanzó después contra Adrien y se pegaron hasta que los demás consiguieron separarlos.

Todo el mundo se quedó perplejo. Lorena no se pudo creer lo que acababa de presenciar.

—¡Te voy a denunciar, hijo de puta! —chilló Lorenzo.

—¿En serio? ¡Abusador de niñas! ¡Sé que abusaste sexualmente de Rocío! Aquello cayó como una bomba entre los presentes.

—¡Qué coño dices! ¿Quién te crees que eres para decir eso?

—¡Pedazo de pervertido! ¡Te voy a matar! —lo amenazó Adrien—. ¡Te mataré!

—¡Ya sé lo que te pasa, puto cura de mierda! ¡Estás celoso de Lorena y de mí! ¡Porque no te la puedes follar!

Aquello dejó atónita, más si cabía, a la mujer, que fue fruto de todas las miradas.

Lorena salió de allí, llorando avergonzada. Sor Sofía la siguió hasta su apartamentito.

—Lo siento, maja...

—Puto imbécil.

—Shhhh, tranquila.

—¿Qué coño les pasa a los hombres? —se echó a llorar de pura angustia.

—Me temo que no soy la más adecuada para hablar de hombres.

Horas después, Lorena supo que Lorenzo se había ido a la comisaría para denunciar la agresión de Adrien, y que este también estaba presente en las comandancias de la Policía Nacional.

Esperó al padre delante de la Rectoría, sentada en una silla y con el móvil en la mano. La Madre Superiora apareció por allí.

—El padre Adrien ahora está en comisaría, con el abogado de la escuela.

—Pero... ¿aquello que ha dicho es cierto? ¿Lorenzo abusó de Rocío?

—Eso lo determinará la policía. Váyase a su apartamento, por favor.

No quiso discutir con la mujer, así que se marchó.

A la hora de la cena, Adrien siguió sin volver. Comió con las internas, que parecieron nerviosas.

—¿Qué os pasa?

—Nosotras dejamos la nota... La de que Rocío sufría abusos.

—Lo sé, chicas.

—No sabíamos qué profesor era. Una vez, incluso, Rocío se quedó embarazada y abortó de forma natural...

Lorena quedó horrorizada. Si realmente fue Lorenzo, le asqueó pensar en que se había dejado engañar por él como una estúpida.

—¿Por qué no dijisteis nada?

—Rocío no nos dejó. Se sentía culpable. Empezó a engordar para no ser guapa, pero no le sirvió de nada.

—Encima la obispa la acosaba cuando se puso rellenita.

—¿La obispa?

—La sobrina del Obispo.

—Vale, ya sé quién es...

—Nos tenía bastante cohibidas y no supimos qué hacer.

—Escuchad, vamos a contarle todo esto a la Madre Superiora. Tiene que llamar a vuestros padres para que se os permitan contarle a la policía.

Todas parecieron angustiadas.

—No os va a pasar nada. Ayudaréis a Rocío, y al padre Adrien. Se ha desvelado para que estéis bien, se merece esa ayuda por vuestra parte. Ha pegado a Lorenzo y todo.

Todas asintieron, más tranquilas, entendiendo que era lo correcto.

Lorena no pudo hacer mucho más, solo esperar a que Adrien volviese, cosa que sucedió alrededor de las doce de la noche.

Al verlo llegar, él sacó la llave y no le dirigió la palabra.

—Adrien...

—Déjame en paz —fue brusco.

—Me da igual lo enfadado que estés conmigo o con el mundo. No te voy a dejar en paz.

—No tienes derecho, ningún derecho, a decirme eso. Vete a dormir.

—¡No! —gritó.

Su negación resonó por el pasillo.

—Haz lo que quieras, como siempre. Así sois los egoístas.

Lorena cerró la boca en un rictus, viéndole entrar en su casa y subir las escaleras. Lo siguió a la planta de arriba, tozuda como una mula.

—¿Por qué crees que ha sido Lorenzo?

—Porque comparé su letra con un informe que les hice redactar a todos los profesores. Este medio día, tras una larga espera, un experto me confirmó que la caligrafía pertenecía a la misma persona, así que perdí los papeles —añadió sin más, reconociéndolo.

—¿No hubiera sido más fácil acudir a la policía?

Adrien la miró, enfurecido.

—¡Será que estoy enfadado con el mundo! ¡Y lo único que quiero es machacar a ese hijo de puta! Y si ya le tenía ganas desde que te liaste con él, imagínate ahora que sé que abusó de una cría inocente.

—¡Yo qué sabía entonces! Me asquea, tanto como a ti, pensar en que... —no fue capaz de terminar la frase.

—La Diócesis me abrirá un expediente.

Adrien se sentó, llevándose las manos a la cabeza. Lorena se aposentó a su lado.

—Lo siento...

—Me han dejado salir de la comisaría porque soy un puto cura, pero ese se saldrá con la suya, lo veo venir.

—Deja a la policía hacer su trabajo, Adrien...

—¿Y si se libra?

—No lo creo...

—Siento que te haya nombrado... —Adrien bajó la cabeza, con pesadumbre.

—No me importa lo que haya dicho sobre mí, solo me importas tú...

—No, no te importo. ¡No te importo! —le gritó.

Lorena se asuntó y reculó, cohibida.

—Mi amigo, el sacerdote, intentó por todos los medios convencerme para que pasara de ti cuando volviste. Que me callase el pecado de acostarme contigo. ¿Sabes qué le dije? Le dije que había decidido dejar el sacerdocio por ti. ¡Y tú te largaste, dejándome tirado sin pensar ni un segundo en cómo me podía sentir!

Lorena se echó a llorar e intentó abrazarlo, pero él la rechazó, levantándose.

—Vete y déjame de una vez por todas. Puedes largarte mañana, no es necesario que te quedes trabajando hasta el final.

—Te dejé porque no quería que echaras a perder todo lo que habías conseguido hasta ahora, por alguien como yo...

—¡Era mi decisión, no la tuya!

—Lo sé, cometí un error...

—Y tanto que lo cometiste. Me has machacado el alma. Me has partido el corazón, me has traicionado. Y mientras yo lloraba por las noches, aquí solo, tú estabas de viaje enviándome mensajitos.

—Yo también lloraba por las noches al ver que no me contestabas. Que no existía para ti.

—¿Qué no existías? Te echaba tanto de menos que era como si me faltara el aire. Un vacío horrible en las entrañas me estaba consumiendo. Las que me arrancaste de cuajo cuando leí tu nota por la mañana. Y me tuve que poner de nuevo la máscara.

—Perdóname, por favor. Me fui así porque, si no lo hacía, hubiera sido incapaz de dejarte. También tenía miedo de que Raúl te hiciera algo...

Adrien, con lágrimas en los ojos, y la respiración desacompañada, la miró fijamente.

—¿Me amas aún? —le preguntó él.

—No he dejado de quererte ni un solo segundo. Eres el amor de mi vida... —se sinceró ella.

Adrien cerró los ojos, y las lágrimas le rodaron por el rostro. Se quitó las gafas sucias y empañadas, para poder limpiarse.

Se sentó de nuevo al lado de Lorena, pegado a ella.

—Júrame, por lo que más quieras, que no volverás a dejarme.

—Te lo juro... Te quiero mucho, demasiado...

Lorena lo abrazó contra sí, y él la estrechó entre sus brazos con intensidad. Se besaron con anhelo, recreándose en el momento largo tiempo, incapaces de dejar de sentirse.

—Te echaba de menos —ronroneó ella, deslizando la mano entre los pantalones, y apretando su miembro duro.

—Y yo... —Él hizo lo mismo, buscando el sexo caliente de Lorena, por dentro de la ropa interior. Ella gimió con el contacto.

Adrien se levantó y la cogió en brazos, como un saco. La dejó dulcemente sobre la cama, pero se echó sobre ella sin perder ni un segundo, levantándole la camiseta y el sujetador, para poder masajear y lamer sus pechos.

Ella se quitó los zapatos con sus propios pies, y se fue despojando del leguín y las bragas.

—Espera... —susurró al sentir a Adrien bajar entre sus piernas.

—No —negó, tajantemente él.

El sacerdote le dio placer, se recreó en sus labios vaginales, en su abultado y sensible clítoris hasta comprobar que estaba bien erecto.

Deslizó entonces un dedo en la vagina y lo movió en círculos. Lorena supo que estaba tocando un punto muy sensible en su interior, porque dobló la espalda y cerró los músculos de la vagina en un espasmo.

—Shhh, relájate...

—¿Qué me estás haciendo? Joder, sigue...

Adrien se puso sobre ella, sin dejar de mover el dedo hacia arriba, y la besó. Ella solo pudo gemir de puro gusto. El roce de la camisa de Adrien la puso a cien, que llevara el alzacuellos le excitó sobremanera.

—Para, para...

—No.

—Es que me voy a orinar si sigues...

Adrien no le hizo ni caso, satisfecho de escuchar aquello. Sintió en su mano el caliente líquido, y un gemido de placer muy intenso por parte de Lorena, que le satisfacía más que su propia excitación.

—¡Qué vergüenza! Idiota... —jadeó.

Adrien sacó el dedo y lo lamió ante su estupefacción.

—No es orina, es que has eyaculado.

—¿Qué?

—Shhh... —la acalló, volviendo a bajar hasta sus piernas—. Ahora quiero que te corras en mi cara.

Lorena miró al techo, sin poder creerse lo que había pasado. La intensidad de un orgasmo comenzó a llenar su vientre y su vagina. Aquel hombre le resultó perfecto en todo lo que hacía y decía. Sobre todo, en el fabuloso sexo.

Lo agarró del cabello y se apretó contra su rostro, corriéndose. No pudo cesar de gemir en largo rato, preparada para otro inminente orgasmo.

—Me toca —demandó él, quitándose la camisa.

—¡Espera! —lo detuvo a tiempo—. Me pone loquísima que lleves la ropa

de cura.

Se arrodilló a su lado en la cama, y le desabotonó la prenda solo un poco, dejando entrever su pecho velludo. Deslizó los dedos hasta el pantalón, desabrochándolo.

Él la miró fijamente a los ojos, a los labios, a la cara, suspirando al sentir sus manos en su sexo anhelante.

La cogió por los brazos, y la besó con intensidad, deslizando los labios por su cuello. La terminó de desvestir, para tenerla desnuda entre sus brazos.

—Ponte a cuatro patas —exigió, por la urgencia.

Ella se echó a reír, pero siguió las órdenes.

Adrien admiró las vistas desde aquella posición, sin poder aguantar más. Introdujo su sexo en la húmeda y caliente cavidad y la sujetó por las caderas, envistiendo con cadencia, lentamente, al principio.

—Lo estaba deseando, en esta posición... —dijo Adrien, entrecortadamente—. Qué culo tienes...

Lorena fue incapaz de no reírse al escucharle tan desinhibido. Él también lo hizo, sin poder evitarlo. Pero las risas se fueron convirtiendo en gemidos placenteros y la cadencia de la penetración aumentó.

Ella también se movió para darle más gusto, hasta que Adrien no pudo ni quiso aguantarse, y eyaculó en su interior, empujando varias veces en el proceso, con fuerza.

Sin salir de Lorena, la abrazó por la cintura, recobrando el aliento.

—Te toca —susurró.

—Te encanta que sea multiorgásmica. Engorda tu ego... —bromeó la mujer.

—Me engorda otra cosa.

La abrió de piernas y volvió a penetrarla, pues aún tenía endurecido el pene, lo suficiente para darle placer con él.

—No pienso parar hasta que te corras de nuevo.

—¿Sabes que ahora tendrás que hacerme eso de antes cada vez?

—A tus órdenes —la acalló con un beso—. Feliz de darle todo el placer

del mundo a mi chica.

—Me encantas...— susurró. Lo abrazó por el cuello y le dejó hacer, concentrada en su propio placer. El semen de él seguía en su interior, y eso ayudó a que se excitara más. De nuevo, el roce de su ropa, le excitó con fuerza. Le mordió el alzacuellos, entre jadeos, gemidos y deleites, hasta correrse.

Respiró con agitación hasta recuperarse, mientras él le acariciaba el cabello y la cara enrojecida por el esfuerzo.

—Sabía que las mujeres eyaculábamos, pero jamás pensé que me fuera a pasar.

—Tu capacidad multiorgásmica me llevó a mirar Internet, para saber cómo provocarte alguno más, y llegué a la eyaculación femenina, cosa que ignoraba totalmente. Las multiorgásmicas sois más proclives.

—Y te propusiste conseguirlo...

—Sí, pero te me fuiste a Francia... —dijo, con tristeza.

—Ya no me iré más, ¿vale?

—No, por favor...

Su mirada azul, como la de un perrito abandonado, dejó a Lorena más enamorada si cabía.

## Capítulo 24

Aquel día sería el último de Lorena en el colegio. Se despertó con Adrien pegado a ella y a uno de sus pechos. Sonrió para sí, porque siempre hacía lo mismo.

—Shhh... Adrien... —Se dio la vuelta para abrazarlo y besarle en la nariz repetidas veces, y en la boca.

—Mmm... No quiero... —murmuró él, estrechándola contra sí y suspirando.

—Tenemos que salir a trabajar.

—No te vayas... —gimoteó, mirándola con los ojos llenos de legañas.

Lorena se las limpió con cuidado, para luego besarle de nuevo en la cara.

—Lo siento, cariño...

Él se le puso encima con la intención de tener sexo.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? —La besó en el cuello, donde a ella más le gustaba.

—¿No tuviste bastante con las dos veces de esta noche? —jadeó al sentir su duro sexo contra el clítoris, frotándose.

—Nunca tengo suficiente contigo.

Adrien atrapó sus labios para que se callase, y nos los soltó en ningún momento. La penetró casi con desesperación, pero sin ser brusco después.

—El mejor sexo es con alguien que amas y te ama... —susurró ella—. Y yo te amo.

Adrien, sin detener sus movimientos, la miró intensamente a los ojos. Lorena pensó en que jamás nadie la había mirado así.

—Y yo a ti...

Él hundió el rostro en su cuello y la abrazó con fuerza, sin dejar de penetrarla. Lorena lo rodó con sus brazos y piernas, dejándose llevar por el intenso placer que aquel hombre le proporcionaba con su cuerpo y su alma.

La jornada se fue sucediendo sin grandes alteraciones. Se fueron despidiendo de ella todos los profesores laicos, unas cuantas monjas y bastantes alumnas.

En cuanto a Lorenzo, no volvió al haber sido despedido y ser objeto de una investigación por abusos sexuales a una menor. El problema fue que, con la comparación de caligrafía, no fue suficiente para mantenerlo detenido o en prisión preventiva, por lo que se le tuvo que dejar libre.

Ni las declaraciones de las alumnas fueron de peso, ya que no lo habían visto con sus propios ojos.

La prensa local se hizo eco de la noticia y corrió como la pólvora por las redes sociales.

Aunque Lorenzo no encajaba en el perfil de abusador, por ser guapo e

inteligente, la gente empezó a crucificarlo sin piedad.

A la hora de comer, Adrien se sentó con ella y Sor Sofia que, al fin y al cabo, era la cómplice secreta, aunque el padre lo ignorara.

—He recordado que tengo que ir a la cocina para una cosa —se excusó la buena mujer, para dejarlos a solas.

—Vaya, qué oportuno.

—Uy, sí, súper oportuno —se burló Lorena.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabe algo? —Adrien palideció.

—Eso se lo preguntas a ella cuando vaya a confesarse —se echó a reír.

El hombre enrojeció de vergüenza.

—No preocupes, es muy moderna y está de nuestra parte. La que se morirá del susto, en su día, será la Madre Superiora. Estoy deseando verlo.

—Eres mala.

—Voy a ir al infierno —se burló.

—No existe.

—Menos mal que lo reconoces.

—La Iglesia lo desmintió hace años.

Se quedaron callados un momento, luego Adrien habló bajando la voz.

—Ten paciencia, por favor... No podremos vernos a menudo.

—La tendré.

—No es fácil dejar esto...

—Lo sé y sabes que te estaré esperando.

—Solo déjame hacerlo a mi manera, y a mi velocidad. Por favor.

—Que sí... No seas pesado.

A Lorena le sonó una especie de busca que le indicaba que alguien llamaba a la puerta principal.

—Qué raro. Igual son suministros. Voy a ver.

Lorena vio por la cámara a la Policía Nacional, por lo que les abrió de

inmediato.

—Buenas tardes. ¿Está Adrien Bisset?

—Sí, en el comedor...

Los dos serios agentes se dirigieron hasta allí y Lorena los siguió.

Tras decirle unas palabras al sacerdote, lo esposaron sin ningún tipo de violencia, con tranquilidad, y se lo llevaron hacia la salida.

—¿Qué pasa! —preguntó Lorena, alarmada.

—Dile a la Madre Superiora que llame al abogado —le dijo al pasar, aparentemente tranquilo.

Todo el mundo se congregó en la puerta, intentando ver qué sucedía.

Adrien se subió por voluntad propia a la furgoneta de Atestados y se vio el vehículo partir.

Lorena corrió a avisar a la monja.

—¿Se lo han llevado esposado? —exclamó, escandalizada—. ¿Por qué?

—Ni la policía, ni él, han dicho nada.

La Madre Superiora se dispuso a hacer la pertinente llamada al abogado.

—Váyase a hacer su trabajo, señorita Pérez, esto no es de su incumbencia.

Lorena, con tal de tener la fiesta en paz, se retiró.

Llegó la hora de que se marchara a casa de su padre, que vino a buscarla ya a sabiendas de lo sucedido.

—¿Aún tienes ese amigo en la Policía Nacional?

Se subió al coche, muy nerviosa.

—Sí, he hablado con él, de hecho.

—Dime lo que sepas, papá —rogó mientras se colocaba el cinturón de seguridad del copiloto.

—Pues resulta que Lorenzo está muerto.

—¿Cómo? —casi chilló.

—Lo han encontrado esta mañana en su piso. Parece un asesinato, por los

signos de violencia.

—¿Y por qué se han llevado a Adrien?

—Porque es sospechoso.

—No puede ser, él no ha sido.

—Estoy seguro de que no, pero la policía ha de hacer su trabajo e investigar.

—Llévame a la Comisaría, por favor —dijo, agarrándolo de la chaqueta con fuerza.

—¿Para qué? ¿Sabes algo?

—¡¡Llévame! —gritó histérica.

José la acercó sin rechistar y ella se bajó a trompicones y entró. Él se fue a aparcar, confuso a más no poder.

Lorena explicó al policía de la entrada que venía por Adrien. Este le indicó que debía esperar, porque estaba el Comisario reunido con él y su abogado, que ella no podía pasar.

Tuvo que soportar la espera, con el estómago encogido de puros nervios. Apareció su padre y se sentó con ella, pasándole el brazo por los hombros.

—¿Qué te han dicho?

—Nada, nada de nada. Como no soy nadie, no pinto nada... —se puso a sollozar en el hombro de José.

—Hija, perdóname, pero no entiendo nada.

—Le quiero, papá —confesó entre un mar de lágrimas.

José se quedó atónito y la miró. No llegó a preguntarle nada porque apareció la Madre Superiora.

Lorena salió disparada hacia ella.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Qué ha pasado?

La mujer dudó un momento, pero se lo contó al ver que estaba José también.

—El padre Adrien está siendo investigado por el asesinato de... de ese

profesor... Como no tiene coartada, seguirá detenido hasta que otra prueba lo descarte.

—Necesito hablar con el abogado —rogó con desesperación.

—¿Para qué?

—Por favor, se lo ruego.

—Venga, vamos.

La Madre Superiora le comentó a la policía la situación y dejaron a Lorena entrar, tras pedirle su DNI e identificarla.

Entró en la salita de interrogatorios, para pasmo de Adrien.

—¿Qué haces aquí, Lorena? —preguntó, alucinado.

—Dice que quiere hablar con el Sr. Martín —dijo la horonda monja, refiriéndose al abogado.

—¿Sabe algo que nos sirva? —inquirió el letrado.

—Sí.

—Lorena, no digas nada —soltó Adrien, con el ceño fruncido.

Le entró un pánico aterrador. Lorena era impulsiva en momentos de estrés como aquellos.

Ella dudó un instante, al ver sus ojos azules.

—Si tiene algo que decir, hágalo ya. Está usted obligada a hacerlo —le indicó el Comisario.

Lorena miró a Adrien, que le devolvió una mirada cargada de dolor.

—Yo soy la coartada del padre Adrien.

Adrien se dejó caer la cabeza entre las manos, muerto de vergüenza.

—Estuvo conmigo desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana.

Los presentes se quedaron patidifusos.

—¿Qué quiere usted decir con eso, señorita? —preguntó el abogado.

—Que... estuvimos durmiendo juntos en la Rectoría.

—¿Insinúa que mantienen una relación?

—Lo afirmo.

Adrien siguió escondido en sí mismo y no abrió la boca, no pudo si quiera.

A la Madre Superiora le dio un síncope, y tuvieron que darle un vaso de agua y sentarla.

El abogado fue más pragmático y se sobrepuso a la decepción sobre Adrien.

—Ya tiene coartada, Comisario.

—¿Y cómo sé que no miente la señorita?

—Me pueden hacer una prueba en el hospital, y verán que he mantenido relaciones con él. Como soy estéril, no usamos protección.

El Comisario aceptó la propuesta y otro agente se llevó a Lorena. Esta, antes de irse, intentó que Adrien la mirara, pero él seguía profundamente avergonzado, escondido entre sus propios brazos con medio cuerpo apoyado en la mesa.

Pero lo había salvado, que fue lo más importante.

En el hospital le realizaron pruebas ginecológicas y sacaron muestras suficientes para concluir que había mantenido relaciones consensuadas. Solo tendrían que compararlas con fluidos de Adrien.

Después, volvió a la Comisaría para firmar la declaración, aunque ya no vio a Adrien más. La policía no le informó de nada, como fue natural al no ser familiar ni representante legal.

Su padre había estado esperando, pacientemente, a que volviera. Llegaron a casa cerca de las once de la noche.

—Duerme tú en la cama, hija. Yo me quedo en el sofá.

—No, papá, estoy bien aquí. De todos modos, dudo que pueda pegar ojo.

José se sentó en la butaca, observando a su hija preparar el sofá para pasar la noche.

—¿Me vas a explicar ya todo lo que ha pasado? —demandó.

Lorena se sentó, derrengada.

—Me da vergüenza, pero todo se acabará por saber... Y más vale que escuches mi versión.

—Pues adelante.

—Lo primero... Me fui de mi casa porque Raúl me forzó a tener relaciones, después de una larga temporada, años, de maltratos psicológicos.

José no dijo nada, solo miró a sus manos entrelazadas.

—¿Por qué no nos lo contaste a tu madre y a mí en su momento? ¿Por qué no me dijiste que te había hecho eso antes de venirte?

—Por vergüenza y miedo, papá... —Lorena se puso a llorar de nuevo—. Le hice un flaco favor a las mujeres maltratadas al no denunciarlo, siendo yo una de ellas. Fue un error, lo sé.

—Te juro que, si lo vuelvo a ver, lo mataré.

—No digas eso, papá.

—¡Eres mi hija! —bramó con indignación.

—Ya está interpuesta la petición de divorcio y le denuncié, aunque fuera tarde.

—¿Y qué ha pasado hoy en Comisaría? ¿Qué es eso de que quieres al padre Adrien?

—Le quiero, y él a mí...

José se quedó boquiabierto.

—Llevamos teniendo relaciones ya un tiempo. Le dejé antes de irme de viaje, porque estaba confusa, pero... al volver... No podemos estar separados.

—¿Me estás diciendo que te has acostado con él?

—Sí, y ayer noche estábamos juntos, así que soy su coartada. Porque están investigándolo por presuntamente matar a Lorenzo, ya que lo amenazó de muerte el día en el que se pegaron.

—Madre mía, que marrón. Qué desastre. ¡Qué despropósito!

—¡Nos queremos! —afirmó ella.

—¿Te das cuenta de que se va a enterar todo el mundo?

—¡Y qué tiene de malo que dos adultos se amen!

—¡Que tú no pierdes nada, pero él lo pierde todo! ¡Así, sin más!

Lorena se hundió en el sofá.

—Que las cosas no se hacen así, hija, entrando en una comisaría y soltando la bomba. Zamora es muy pequeña y todo se sabe.

—Yo solo quería salvarlo. Él no sería capaz de matar a nadie.

—Podrías haber hecho todo esto de forma discreta.

—¡Vale! La he jodido, ya está. Lo siento.

Su padre se puso al lado y la abrazó, dejando que su hija se desahogara.

Lorena pensó en cómo debía sentirse Adrien en aquellos momentos; solo y descubierto.

Intentó contactar con él, pero tendría el teléfono confiscado por la policía, pues no le llegaba nada, ni daba tono.

No pudo dormir en toda la noche, allí tumbada en el sofá, pensando en él y en que deseaba abrazarlo y decirle que todo saldría bien.

Pero ni ella misma lo creyó.

## Capítulo 25

Adrien se quedó sentado en la sala, algo desorientado, con angustia. El abogado estaba delante de él, mirándolo con reproche.

—Entonces —comenzó el letrado—, te has acostado con esa mujer.

—Sí —contestó sin dar más explicación.

—¿Desde cuándo?

—Antes de Navidad.

—¿Por qué has cedido así ante sus insinuaciones?

—¿Por qué da por hecho que la culpable ha sido ella? Fui yo —respondió ofuscado.

—Algo haría.

—En ningún momento. Pero me aceptó porque... porque nos habíamos

enamorado.

—¿Tú estás seguro de esa afirmación?

—Sí.

—Ahora mismo es necesario alejarte de Zamora. Es mejor que te vuelvas a Madrid. Esto es imposible de tapar, así que pon tierra de inmediato entre esa chica y tú.

Adrien tragó saliva. Estaba enfadado con Lorena, no quería hablar con ella por el momento.

Asintió en silencio.

Pasaron dos largos días sin que Lorena supiera nada de Adrien. La policía la llamó para informar de que ya tenían sus pruebas físicas, así que supuso que serían admitidas por algún juez.

Presa de la desesperación por no poder contactar con el sacerdote, acudió al colegio pese a las quejas de su padre. Ella sabía que no era buena idea, pero necesitaba saber algo de Adrien.

Llamó a la puerta auxiliar y le abrió una de las monjas, Sor Adela.

—¿Qué necesita, señorita Pérez? ¿Se dejó algo?

—Querría saber si el padre Adrien está bien —balbució.

—Actualmente no se encuentra aquí, y no se me permite decirle más. Órdenes de la Madre Superiora, que ahora mismo ha pasado a ser la directora. Lo siento.

La mujer pareció realmente triste.

—Vale, gracias...

Lorena se dio la vuelta y caminó con el ánimo por los suelos. Tuvo que marcharse sin una respuesta satisfactoria y un nudo en el estómago.

Unas horas después, Sor Sofía la llamó.

—Ya me he enterado de que has venido a preguntar por el padre.

—Sí, pero Sor Adela no me quería decir nada.

—El padre Adrien ahora mismo no está aquí, eso es cierto. Aún sigue la

investigación, aunque ya no es el principal sospechoso.

Lorena se apoyó en la pared de un edificio, más aliviada.

—No me contesta los mensajes ni me devuelve las llamadas.

—El móvil está confiscado por el momento.

—¿Se ha enterado todo el mundo de lo nuestro?

—Es algo difícil de esconder, incluso para la Iglesia.

—Lo he metido en un lío, ¿verdad?

—No te voy a engañar; el padre Adrien no está bien. Estoy segura de que, en cuanto le sea posible, hablará contigo.

—Gracias, Sor Sofia. No la quiero meter en un aprieto.

Y aquello fue todo lo que Lorena consiguió averiguar.

En la prensa no salió nada sobre Adrien, así que no había trascendido más allá del ámbito policial y eclesiástico.

Sobre el asesinato de Lorenzo, aún no tenían indicios de quién podía haber sido, y con el paso de los días el periódico de Zamora dejó de escribir sobre ello. El amigo de su padre le había dicho que estaban en punto muerto.

Llegó el día en el que Lorena comenzó a trabajar en el gabinete de psicología, tanto con adultos como con adolescentes. Allí hizo buenas migas con sus tres compañeros, dos mujeres y un hombre. Pero, en cuanto acababa su horario, era ella la necesitada de terapia urgente para afrontar que, tras una semana, Adrien no se había puesto en contacto con ella.

—Pero eso es muy raro —le dijo Pili en una ocasión en la que quedaron en la cafetería.

—No sé qué pensar. Creo que está enfadado conmigo porque revelé nuestra relación sin consultarle. O bien la Iglesia lo retiene.

—La Iglesia no puede retenerlo, Lorena... —Pili cogió su mano y la apretó.

—Ya... ¿Y qué hago? No sé dónde está.

—Tener un poco de paciencia. Poco más puedes hacer ahora mismo.

—Por suerte Raúl me ha dejado en paz. Me ha dicho mi abogado, que el de él anda revisando los papeles del divorcio. Seguro que es para joderme...

—Mejor eso que nada.

Lorena sonrió con tristeza y desazón.

En algunas ocasiones escribió a Sor Sofia, que le informaba habitualmente de todo cambio en el colegio. Le dijo, claramente, que Adrien no volvería, que ya había otro director, más mayor y estricto. Temió por el bienestar de las chicas, pero poco pudo hacer.

Una tarde que estaba sola en casa, pues su padre salió a merendar con unos amigos jubilados, se puso a sollozar con desesperación. Fue consciente de que lo suyo con Adrien estaba perdido, que él no volvería, que nada quería saber de ella y que tendría que olvidarlo. Se rompió por dentro al admitírselo a sí misma.

Nunca fue una relación real, con futuro. Por mucho que las ilusiones de aquellos maravillosos momentos los hicieran olvidar la realidad de lo que les rodeaba.

Lloró mucho a partir de entonces, en el sofá antes de dormir, a escondidas de su padre, como cuando era niña. Lloró con Pili, en su hombro. Y lloró en la tumba de su madre, de la que ya no podría recibir consejos sobre el amor.

Se sintió desesperada, vacía, sola. Solo pudo volcarse en su trabajo.

Una mañana, tras la sesión con una paciente, la llamaron del hospital con relación a las pruebas que le realizaron para la policia. La citaron para el día siguiente, tranquilizándola para que no pensara que habían encontrado algo malo en la citología.

Acudió a la cita, rodeada de mujeres embarazadas en distintas etapas de gestación. Aquello le chocó.

—Señorita Pérez —llamó la enfermera.

—Soy yo. —Se levantó.

—Entre, por favor. Enseguida le atiende la doctora.

En la consulta, la saludó la ginecóloga.

—Soy Laura Gómez. ¿Me recuerda?

—Sí, por supuesto.

—No se preocupe, no se ponga nerviosa. Está usted perfectamente sana, no hemos encontrado nada raro o sospechoso. La llamo ahora porque el juez me ha permitido revelarle algo sumamente importante para usted.

Lorena se sintió descolocada, sin comprender.

—Está usted gestando.

—¿Qué?

—Está embarazada —repitió.

—¿Cómo voy a estar embarazada si soy estéril?

—No es estéril en absoluto.

—Pero lo intenté durante años con mi ex, incluso me sometí a tratamientos de fertilidad...

—Si lo desea le hacemos una ecografía ahora mismo.

Lorena asintió, en shock.

Se tumbó sobre la camilla y sintió el frío gel sobre su vientre. La Doctora Gómez le fue haciendo la ecografía y tomando imágenes.

—¿Lo ve? Está ahí...

Le señaló una pequeña forma.

—Yo diría que está de unas cinco semanas. Normalmente la ecografía se hace entre la sexta y la doceava, pero quería que lo viera por si misma, ya que parece tan incrédula.

Lorena se quedó mirando la pantalla, con lágrimas en los ojos al ser consciente de que era real.

—Pero soy estéril... Los médicos me lo dijeron...

—No le puedo dar explicación a eso. Ahora le daré unas recomendaciones para que se cuide hasta la próxima cita.

Lorena se limpió la tripa y colocó bien la camiseta.

Salió del hospital caminando de forma errática, hasta sentarse en un banco. Llamó a Pili por inercia.

—Dime, maja.

—Pili... Estoy embarazada.

—¿Cómo? ¿Pero no eras estéril?

—Sí...

—No lo entiendo.

—Creo que Raúl me estuvo engañando y que el estéril es él...

—¡Hijo de puta!

—Me hizo creer muchas cosas para controlarme... Ahora entiendo...

—Pero ¿con Adrien no usaste protección?

—No... Porque me creía que no me quedaría.

—¿Y no te extrañó que la regla no te bajase?

—Pensé que se trataba de un desajuste hormonal por el estrés.

—Madre mía, maja. Estoy flipando.

—Yo también...

—Pues se lo tienes que decir.

—Ya sabes que no sé dónde está.

—Menudo marrón, Lorena. No sé si felicitarte, o todo lo contrario.

—Ahora mismo, yo tampoco.

Pensó en Raúl y su engaño. Probablemente le debió de pagar a la clínica de fertilidad para que hicieran el paripé. Le metieron cosas muy fuertes que no necesitó. Eso tenía que ser denunciabile. En cuanto al porqué, quedó claro que fue para esconder su propia infertilidad y que ella, por pena, no le dejase. Además, así pareció que renunciaba a tener progenie.

Un grandísimo hijo de puta.

Cuando llegó el momento de decírselo a su padre, no fue tan traumático, pues habían pasado tres días donde pudo ir asimilando la situación.

—Papá, vas a ser abuelito...

—¿Vas a adoptar?

Lorena negó con la cabeza.

—No te entiendo.

—Estoy embarazada de Adrien.

José se quedó casi en coma, sin decir palabra y con la vista fija en ella.

—¿Papá?

De pronto se puso a sollozar como un niño.

—¡Papá! —Se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros convulsos.

—Pensé que nunca podrías...

—Resulta que sí, y está todo bien por ahora.

—Voy a ser abuelo. Oh, Dios mío. Hija, yo te ayudaré a criarlo, no te preocupes.

—Siento que todo esto haya pasado así.

—No importa, no importa. Oh, qué bien...

Al menos, la reacción de su padre alivió el peso que llevaba Lorena encima.

Lo siguiente; conseguir encontrar a Adrien y decírselo.

## Capítulo 26

El sacerdote ya llevaba casi un mes en casa de sus padres, que fue el peor castigo que el destino, o Dios, le había impuesto. Su madre, Apolline, le tenía aplicado el tercer grado.

—*Où vas—tu?*

—A ver al padre Bernardo, que está en la Archidiócesis —contestó a su madre, tras el escrutinio de esta.

No podía salir de casa sin ser prejuizado constantemente.

—Bien. Te esperaré aquí.

Adrien bufó y salió dando un portazo, como un adolescente en plena edad del pavo.

Tras lo sucedido, intentó retomar el camino de Dios, gracias a Bernardo y sus conejos. En el obispado se le juzgó severamente, y en todas las ocasiones tuvo que defender a Lorena, aguantándose la rabia por semejante machismo generalizado. Se le dio la oportunidad de seguir, mientras no volviera a acercarse a ella, ni a ninguna otra mujer laica, invitándolo a quedarse en casa de sus padres una temporada y acudir a la Archidiócesis de Madrid cada día, para limpiar su alma de pensamientos impuros.

Lo que no pudieron hacer fue que dejara de amarla. El enfado se le pasó, y tuvo que ser fuerte.

En una ocasión la buscó en Facebook, pero no debía de estar con su nombre real para que Raúl no la acosara por la red social. Y no se sabía su número de teléfono de memoria. El móvil, para colmo, se había quedado en la Comisaria, confiscado. Puede que ni lo volviese a ver.

Entonces, tuvo que resignarse momentáneamente.

Tras llegar a la sede de la Iglesia en la Capital, fue recibido directamente por Bernardo, que le dio la mano efusivamente. Se tenían mucho aprecio.

—¿Cómo estás? —indagó.

Adrien movió los hombros en señal de desidia.

—Bajo control policial materno —bufó—. Me ha dejado salir contigo, porque eres mi amiguito —dijo con sarcasmo.

—Bueno, si no le hubieras dado unas razones tan fuertes para sospechar de ti...

Adrien le echó una mirada matadora. Fue a preguntarle lo de siempre, y Bernardo le detuvo con la mano en alto.

—No, no sé nada de ella porque no me da la gana saberlo. Seguro que está bien.

—Vale...

Bernardo lo apartó a un lado y le habló discretamente.

—¿No te das cuenta de que esto es enfermizo para ti? No puedes estar con ella.

—No dejo de pensar en Lorena —gimió.

—Pues tienes que olvidarte como sea.

—Lo sé...

En Zamora, Lorena pidió a Sor Sofía reunirse en persona. Fue la única opción que tuvo para poder ponerse en contacto con Adrien.

Pasearon por los jardines del castillo, donde habían quedado, lejos del colegio.

Lorena cogió a la monja por las enjutas manos y la miró con ojos lagrimosos.

—Sor Sofía, tengo algo importantísimo que comunicarle a Adrien. Esperamos un bebé.

La mujer la miró, sin sorprenderse un ápice.

—Teníais que haber tomado precauciones —la regañó, pero sin soltarle las manos.

—Mi ex me engañó hace años sobre mi fecundidad. Me hizo creer que yo era estéril... Entonces no vi necesario tomar esas precauciones con Adrien.

—Entiendo...

—Lo justo es que sepa de mi boca que va a ser padre. No le pido que deje el sacerdocio, ni que lo crie, ni nada... Pero, al menos, que lo sepa y decida hasta qué grado desea implicarse, o no.

—Me encargaré de averiguar dónde se encuentra. Déjalo en mis manos.

Pasaron solo tres días antes de que la monja llamase a Lorena y le diera información:

—Se lo he sonsacado a la Madre Superiora —echó unas risillas—. Porque le propuse hacer dulces zamoranos y enviárselos. Y como tiene debilidad por él, cayó como una tonta en el engaño.

—¿Dónde está? —preguntó Lorena, ansiosa.

—En casa de sus padres, en Madrid. Pero se los van a mandar a la Archidiócesis. Por lo visto tienen un programa para sacerdotes descarriados.

La mujer suspiró con desesperanza. Ya se supuso algo así. Adrien era lo suficientemente adulto como para saber lo que quería hacer con su vida. Y ella

no formara ya parte.

Durante unos días estuvo dudando si ir o no, si volver a darle la vuelta a su vida o si dejarlo tranquilo.

Finalmente, decidió lo primero. Se pidió unos días libres en el trabajo, alegando que tenía que ir a una clínica madrileña por el tema de su embarazo, y partió hacia la capital en tren.

Durante el trayecto recordó, con lágrimas en los ojos, todo lo acontecido con Adrien. Había resultado hermoso sentirse amada de veras, entre sus brazos, sus labios, su cariño.

Raúl, a su lado, no valía nada, ni siquiera en su época inicial con él, cuando aún llevaba la máscara de hombre perfecto.

¿Cómo la había podido cagar tanto con Adrien?

Lorena se sintió más estúpida que nunca y más cabreada consigo misma. Además de desesperada por recuperar a aquel maravilloso hombre que había tenido la gran suerte de cruzarse en su vida.

No pudo evitar sentir un poco de esperanza. Tal vez, si podía contarle todo, si le expresaba sus sentimientos, él recapacitaría.

Un poco más animada se bajó del tren y dejó sus cosas en el hotelito donde se hospedaba. Desayunó y se encaminó hacia donde, se suponía, solía encontrarse Adrien.

Llamó y habló con la persona de la recepción, pero sin cita no se podía pasar. Preguntó por el hombre y no le pudieron ofrecer una respuesta, por lo que le dejó un mensaje con la esperanza de que le llegara al sacerdote.

El mensaje llegó a Adrien a la mañana siguiente, aunque al principio no supieron decirle de quién era. Extrañado abrió la nota, escrita de puño y letra por Lorena.

*“Te espero delante del Reina Sofía de cinco a ocho. Lo haré hasta que aparezcas, aunque pasen días.*

*Lorena”*

El hombre tragó saliva y miró el reloj y supo que no podía llegar a tiempo, lo cual le hizo sentirse muy frustrado. De hecho, no pudo pegar ojo, debatiéndose si acudir o no.

Al día siguiente, las charlas para sacerdotes con problemas de fe, o de otro tipo, le impidieron llegar antes de las ocho, por mucho que corrió por los pasillos del metro. Al llegar ya era tarde y ella no estaba.

El tercer día, habló con Bernardo que, ante su sorpresa, le instó a acudir.

—¿Qué?

—Ve, ve y habla con ella. Es una prueba de Dios para probar tu fortaleza y tu fe en él, y en nuestra institución religiosa.

—Pero...

—Ve —insistió—, y corta todo contacto con ella, para siempre.

Aquella primera tarde, Lorena lo esperó a las puertas del Museo Reina Sofía, y no apareció. Al día siguiente lo mismo; sin éxito. El tercer día, plantada como una estaca, y tras dos horas, Lorena vio a Adrien aparecer a lo lejos, con las manos en los bolsillos del abrigo negro.

El corazón le fue a mil a la mujer, y sintió derretirse su corazón. Seguía muy enamorada de él.

Observó su figura erguida, su cabello oscuro con canas en las sienes, sus gafas de montura fina y sus ojos intensos.

Adrien se quedó parado delante de ella, a varios metros.

—Vine ayer, pero ya no estabas —le dijo él.

—Me fui a las ocho, tras tres horas de espera.

—Por eso hoy he venido antes. Te pido disculpas, no tengo libertad horaria. Tampoco daba por seguro que estuvieras. Deseaba que no estuvieras —fue franco. Tanto que a Lorena le entró malestar físico y náuseas.

—No hacía falta decir eso...

—Supongo que ha sido Sor Sofía quien ha averiguado dónde me encontraba. Dale las gracias por los dulces.

—No se lo tengas en cuenta, por favor. Es muy buena persona.

Adrien asintió en silencio.

—Lorena, no me dejaste hacer las cosas a mi modo. Te pedí tiempo y no solo no me lo diste, sino que, además... revelaste lo nuestro delante de las personas menos adecuadas.

—En esos momentos... En esos momentos tan solo pensaba en salvarte de la cárcel.

—No lo pongo en duda, pero lo hiciste tan mal que se convirtió en irreparable.

Lorena sintió romperse algo en su interior. Se acercó unos pasos a él y este no reculó, solo la observó.

—¿Qué quieres decir con irreparable?

—Que no podemos estar juntos —fue tajante, aunque se le vio padecer. Adrien se destrozó por dentro también.

Lorena rompió a llorar y Adrien a punto estuvo de perder la compostura.

—Me rompiste el corazón aquella vez. Y, sin estar aún reparado del todo, me pusiste en evidencia. En ninguno de los dos casos se me permitió hacerlo a mi modo, ni decidir por mí mismo. Te comportaste tan egoístamente, aun pensando en que era por mi bien, que conseguiste cabrearme.

—¿Tan enfadado estás? —Lorena sacó un pañuelo del bolso.

—No, ya no lo estoy... Te perdono por cometer errores. Somos humanos.

—Pese a eso, te quedas aquí...

—Sí, Lorena, me quedo aquí. Cometí pecados muy graves y se me ha dado una segunda oportunidad que no puedo desaprovechar.

—¿Pecados? ¿Lo nuestro fue pecado? ¿Eso te han hecho creer? —inquirió, ofendida.

—Para una atea no lo son, para un sacerdote con votos que cumplir, sí. Te guste o no.

—¡Eres imbécil! —se ofuscó, llorando con fuerza.

Algunos transeúntes los miraron, otros ignoraron a la pareja.

—Perdona, Adrien... No debí decir algo así. —Se limpió las mucosidades—. Lamento haberme enamorado de ti, siento que tú me amaras, que tuviéramos relaciones indebidas. Te pido perdón por destrozarte la vida y te deseo lo mejor en tu nuevo camino. No volveré a molestarte, te lo juro por mi madre —se besó los dedos en señal de juramento serio.

—Lorena... —Adrien se debatió interiormente, la mujer lo supo.

—Quédate con esto; serás siempre el amor de mi vida, aunque el amor se seque y se apague por no poder alimentarlo, aunque haya mil hombres más después de ti.

El sacerdote cerró la boca, aguantándose las ganas de expresar lo que de verdad sintió en aquellos instantes tan intensos.

—Que seas feliz, Adrien, recorriendo ese camino que has elegido. Yo intentaré serlo también en el mío, te lo prometo.

Lorena se dio la vuelta y se fue, dejando al hombre de pie, mirándola, con los ojos llenos de lágrimas.

La mujer caminó sin rumbo fijo, con las manos en los bolsillos y el gorro tapándole media cara. No le pudo hablar de su paternidad, pues respetó su decisión de seguir siendo sacerdote. Hubiera sido un error hacerlo.

Algún día sabría que tenía un hijo o una hija y, entonces, sería libre de elegir conocer a su descendencia. Ella jamás le negaría ese derecho.

Aquella misma noche compró el billete de vuelta a Zamora. Se duchó y se miró la tripa en el espejo, pero fue muy pronto para notar nada evidente. Luego se metió en la cama y, de puro cansancio, se quedó dormida hasta la mañana siguiente, que la despertó la alarma del móvil. Se levantó agotada aún, pero debía coger un tren a las nueve de la mañana.

Se vistió, cogió su maleta y bajó a la recepción, dejando la llave en una caja. Caminó por la callecita, de una sola dirección para los coches.

Apenas si pudo reaccionar cuando un automóvil se detuvo unos metros por delante de ella y abrió la puerta. Un hombre salió y la cogió con tal fuerza que casi ni gritó cuando la metió en el interior.

Le quitó el móvil y subió su maleta también.

—¡Vamos! —le dijo al conductor.

Estuvo resistiéndose mucho tiempo, pero la mano en la boca y el brazo retorcido no ayudaron, por lo que tuvo que parar.

—Es un secuestro. No la vamos a violar, señora —el individuo al menos tuvo la deferencia de avisarla para que se quedara algo más tranquila, si es que eso fue posible.

Tras un rato de silencio, el conductor habló, dejando helada a la mujer.

—Lorena, nos vamos a casa.

La voz de Raúl la puso mucho más nerviosa. Casi se ahogó por falta de oxígeno y la ansiedad.

Intentó decir algo y movió la cabeza.

—Suéltale la boca.

La fuerte y caliente mano dejó de oprimir su cara y, al fin, Lorena pudo respirar.

Lo hizo con fuerza, hasta dejar de sentirse mareada y recuperar un ritmo cardíaco más estable.

—Si te estás calladita, no tendrá que volver a taparte la respiración.

Lorena no dijo nada, muerta de miedo. Y no por ella, sino por la vida de su interior.

—Nos vamos a la casa de la sierra, donde estaremos mucho más tranquilos.

Y totalmente aislados, Lorena bien lo sabía.

## **Capítulo 27**

Tras un viaje que le pareció eterno, el coche se detuvo, y Lorena escuchó la puerta automática abrirse. El auto volvió a ponerse en marcha y Raúl lo aparcó.

El rudo hombre la sacó del coche y cogió su maleta. Le tendió el móvil apagado a Raúl, que se lo guardó en la chaqueta.

Luego cogió el coche y se fue, dejándolos solos.

Lorena observó a Raúl, que le sonreía como si tal cosa.

—Vamos, cariño. Aquí hace mucho frío.

Lorena cooperó, tal y como estaba muerta de miedo. Su marido la alentó a sentarse en el amplio sofá del impoluto salón y le puso una mantita por encima, como un caballero.

—No has cenado, ni desayunado, así que te traeré un zumo y unas frutas.

La mujer tembló de miedo, hecha un ovillo rodeada por la manta.

Raúl le puso un zumo y una manzana pelada y cortada sobre una bandeja, luego se sentó a su lado.

—Al principio pensé que fue el profesor —empezó a decir—. Que menuda pieza, por cierto.

—No te entiendo... —musitó ella.

—Con quien estabas liada —aclaró—. Pero... Me he dado cuenta de que es el cura.

Lorena le miró con los ojos desorbitados, sintiendo un intenso frío en su espina dorsal.

—Me cargué al que no era, vaya...

Ella abrió la boca sin decir palabra, estupefacta.

—Fue duro de pelar.

—¿Le mataste tú?

—La humanidad debería de agradecérmelo. Los he librado de un perverso violador de crías.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Estás loco? —Lorena perdió los nervios.

—Te puse un detective privado ya que no me convino quedarme por Zamora tras acabar con ese panoli. Y no te vio muy afligida por su detención y muerte. Pero sí cuando se llevaron detenido al padre Adrien.

—No es lo que crees.

—Sí que lo es. Tengo fotos vuestras de ayer tarde. Lo has estado esperando tres días, durante horas. Si es que se os nota a la legua.

—Déjalo en paz... —rogó—. Él y yo no tenemos nada. Solo una amistad.

—¡Y por eso ayer se puso a llorar como un niño de parvulitos cuando te fuiste! —bramó—. Es un hombre y tiene más polla que cerebro. Y seguro que te la metió bien hasta el fondo.

Agarró a Lorena del brazo, con mucha fuerza. Ella se aguantó el dolor como pudo, con tal de no ceder, y luego le pegó un bofetón a su marido.

—Vaya... Te has vuelto contestona. Voy a pasarlo muy bien doblegando ese carácter que te gastas ahora.

—Has matado a un hombre. Quién me dice que no harás lo mismo conmigo...

—Te quiero, cariño. No puedo ni pensar en matarte.

Se acercó a ella, pareciendo dulce de pronto. Lorena aguantó estoicamente el asco.

—Te pido perdón por haberte forzado la última vez. Te deseaba mucho... Me arrepiento sinceramente y no volverá a pasar. Cuando estés lista de retomar nuestra intimidad, aquí estaré.

Lorena sabía que era un comecocos y un mentiroso, pero decidió tener al loco contento para poder tener tiempo de trazar un plan.

Raúl le preparó la comida a su esposa, pero esta apenas probó bocado.

—¿No te gusta? —le preguntó él, en tono suave, sin enfadarse.

—Tengo el estómago algo revuelto...

—¿Quieres ir a descansar?

—Sí... —intentó responder sin estridencias, para que él no se alterara innecesariamente.

—Te he preparado la habitación de invitados, para que estés cómoda.

El hombre cogió la bandeja de comida, sin cuchillos ni tenedores, y una botella de agua. Lorena lo acompañó a la estancia.

—Te dejo esto aquí, para cuando tengas hambre. Si necesitas algo me avisas.

—Gracias...

Al salir, la cerró por fuera la cerradura que había instalado previamente.

A Lorena le dieron ganas de lanzar el plato de sopa contra la puerta, pero se contuvo.

Se sentó en la cama y se puso a llorar lo más silenciosamente que fue capaz.

Tras calmarse, buscó cámaras y micrófonos por todas partes. Sin embargo, no halló nada en absoluto. Simplemente, ese cabrón disfrutaba haciéndole sufrir allí encerrada.

Cayó derrengada sobre el colchón, y se durmió hasta escuchar la puerta abrirse un tiempo indefinido después.

—Te traigo tu móvil para que llames a mi suegro. Enciéndelo.

Se lo tendió y ella lo asió con desconfianza.

—Has de decirle que te demorarás en la vuelta, simplemente. Suena natural.

Lorena buscó su contacto y llamó.

—Papá... Voy a estar unos días más en Madrid. No, no pasa nada grave, tranquilo. Está todo bien. ¿Vale? Te iré llamando. Vale, vale. Adiós, papá.

Colgó tras aquella breve conversación.

—Tengo que avisar en el trabajo.

Raúl le hizo un gesto para que lo hiciera, así que Lorena realizó la llamada y todo resultó normal.

—¿Puedo escribir a mi amiga? Ella se extrañaría si no lo hago.

—Bien, pero quiero leer la conversación.

“Hola, guapa. Me quedo unos días más en Madrid. Ya te contaré. Saluda a tu marido y a los nenes.”

Envió el mensaje y esperó a que Pili respondiese. Se la jugó y cruzó los dedos.

“Hola, maja. Vale, ya me dirás. Un besito de los tres.”.

Lorena respiró por dentro, aliviada y con algo de esperanza. Raúl, al no ver nada raro en los mensajes, se volvió a quedar el móvil, apagándolo.

—Veo que no has comido.

—He estado durmiendo.

—Vamos a bajar a cenar, ya está preparado todo.

La asió levemente del brazo, para guiarla, sin ser brusco o agresivo.

En la mesa de la cocina estaba preparada la comida. A pesar de tener el estómago aún cerrado, Lorena se esforzó en comer por su bebé.

—Bien, veo que ya tienes hambre.

—Sí, dormir me ha sentado mejor de lo esperado.

—Tengo una sorpresa para ti. Ya te la enseñaré en un par de días.

Raúl pareció ilusionado y aquello le puso los pelos de punta a Lorena, que podía esperar cualquier cosa de aquel psicópata.

Después de la cena, Raúl puso una película de las que le gustaban a ella. No le pudo prestar demasiada atención, el brazo que él le pasó por los hombros le pareció como si fuera un yugo. Tenía miedo de que le estrujara el cuello y la ahogara o se lo partiera.

—Es hora de dormir —determinó él al terminar el metraje.

La llevó hasta el cuarto y le dio las buenas noches con un beso en la mejilla. Luego la volvió a encerrar.

Lorena fue a lavarse la cara de inmediato, asqueada. Se miró en el espejo y vio a una mujer completamente asustada, y asustada es como se fue a la cama. Hasta las cinco de la mañana no se quedó dormida.

Se levantó de golpe y miró a su alrededor; todo estaba bien. Ella lo estaba. En el reloj eran las 10:23.

Salió de la cama y se duchó rápidamente. Esperó a que Raúl abriera, y no apareció.

Lo llamó débilmente al principio, y más fuerte después.

La puerta se abrió desde fuera, sin el cerrojo.

—Estaba abierto, cariño.

Lorena se quedó desconcertada.

—Esta mañana vine a despertarte, pero dormías profundamente, así que te dejé descansar y esto abierto. Te estás portando bien, así que te merecías un poco más de libertad.

—Gracias... —atinó a decir, pero por dentro le pareció un hijo de puta jugando con ella.

—Vamos, te haré el desayuno.

—Puedo yo misma... —sugirió. Raúl sonrió con afabilidad, pero sin dar permiso, ignorando sus palabras deliberadamente.

Lorena se bebió el zumo y comió la pera pre cortada. Miró a su alrededor; no había cubiertos punzantes que pudieran servir para defenderse o atacar.

—¿No vas a trabajar?

—Lo bueno de ser tu propio jefe es que no has de ir a trabajar si no quieres. Me lo he cogido de relax para disfrutar del tiempo contigo, mi amor.

Ella sonrió un poco, fingiendo.

—No tengo ropa, Raúl. No me quedan mudas. Necesito ir a la habitación de matrimonio.

—Claro, es tu casa. Puedes ir donde quieras menos a la cochería.

—¿Por qué?

—Porque ahí tengo guardada tu sorpresa.

La mujer subió y se metió en el vestidor. La ropa que tenía allí le era prácticamente inservible. Había pasado de una 36 a una 42, casi 44. Tuvo que subir al desván y buscar las cajas de ropa vieja y ponerse lo más adecuado para su nuevo físico.

—Llevas ropa de hace años... —comentó Raúl.

—La de ahora no me cabe.

“Y más que voy a engordar”, pensó.

—Haremos algo al respecto...

—Raúl, yo me siento sana así.

A él no pareció gustarle la idea de tener una mujer con más donde agarrar, pero se contuvo y asintió.

—Voy a cambiar, Lorena. Te acepto así, con más kilos.

Ella lo miró, angustiada.

—Seré un marido ejemplar. Viajaremos más, trabajaré menos horas, saldremos donde quieras, o nos quedaremos viendo series o una película.

—¿Y mi trabajo?

—Te montaré tu despacho de psicología. Comprendo que necesitas entretenerte.

Lorena sintió ganas de matarlo.

—Sí, claro... También quiero mi propio dinero, ganado por mí.

—Es importante para ti.

—Exacto, lo es.

—Y por el momento dormirás ahí, no te preocupes. Cuando estés preparada para que retomemos nuestra relación de pareja, solo tienes que venirte conmigo a nuestro cuarto.

—Eso es indispensable para que esto vuelva a funcionar —Lorena le siguió la corriente.

—Espera aquí, voy a por una cosa.

La dejó sentada en la mesa de la cocina un par de minutos. Aprovechó para observar si quedaba algo que pudiera usar como arma, pero Raúl no tardó mucho más en volver.

Le entregó una carpeta marrón.

—Son los papeles del divorcio firmados por ti. Quiero que los rompas.

Lorena los sacó y los fue rasgando uno por uno y en varios trozos, que dejó dentro de la carpeta.

—Ya está.

Raúl pareció exultante, cogiendo la carpeta y echándola al contenedor de papel.

“Está loco. Ha matado a Lorenzo y piensa que podemos volver a la normalidad como si tal cosa”, pensó ella.

—Bien, ahora quiero comentarte una serie de normas, todas serán temporales en la medida que crea conveniente y según cómo te portes.

—¿Qué normas?

—No hay Internet en casa, por lo que no podrás navegar. He quitado el teléfono fijo, como habrás observado, y el móvil te lo dejaré solo en las ocasiones que crea necesarias. No lo podrás usar sin estar yo presente.

—Vale...

¿Qué podía decir? Estaba secuestrada.

—Cambié la alarma de casa, y solo yo tengo llaves.

—De acuerdo, Raúl.

—Por lo demás, eres libre de campar a tus anchas por la casa y el jardín.

“Libre, dice. Hijo de puta”, se dijo ella.

Lorena se fijó en una foto suya, sujeta con un imán a la puerta de la nevera. Se acercó y vio que era ella en Viriato, sentada, de los primeros días en Zamora.

Se sintió estúpida. Él la había localizado desde el principio.

—No podías estar en otro lugar que no fuera con tu padre. Tengo más fotos tuyas; las hizo el detective, o yo mismo. Con tu amiga, tu padre, el muerto... o el curita...

—No le hagas nada, por favor —le rogó.

—¿Lo ves? Tú misma te descubres. Es él desde el principio.

—Fue consensuado —admitió.

—Si le entiendo, no te creas. Eres una mujer atractiva e inteligente. Y él, supongo, que era virgen. Debió de ser sencillo para ambos. Pero esta mujer atractiva e inteligente es mía. Y va a quedarse conmigo para siempre, si quiere que ese curita siga tranquilo.

—Ya te he dicho que sí, Raúl. He roto los papeles, estoy aquí... No me he resistido... Pero necesito tiempo de adaptación.

Raúl le dio un beso en la mejilla y la miró con una sonrisa.

—Tengo que ir a recoger parte de tu reglo. Estaré fuera bastantes horas.

Su marido la dejó sola y Lorena se quedó sentada durante mucho tiempo, dando vueltas al coco para saber cómo escapar de aquel horrible cautiverio.

## **Capítulo 28**

Lorena aprovechó la ausencia de Raúl lo mejor que pudo y se fue a buscar cosas que le pudieran servir como arma de defensa. Recordó el regalo de boda de sus padres: una vajilla completa con sus cubiertos de buena calidad y

que Raúl jamás quiso usar, relegándolos al desván.

Le hicieron los ojos chiribitas al ver tantos cuchillos y tenedores. También dio con herramientas viejas, como destornilladores.

Se lo guardó en el bolso y bajo el colchón de su cama.

Luego salió al frío del invierno y observó que sería muy complicado huir de allí sin que él se diera cuenta.

Bajó a la puerta que daba al garaje, desde la parte interior de la casa. Como fue de esperar, la encontró cerrada y con candado. Se sintió como la mujer de Barba Azul. Una esposa encerrada, bajo el yugo de un marido déspota que le escondía secretos y habitaciones en las que tenía prohibido adentrarse. Aquel cuento lo escuchó de niña y le aterraba, ya que hablaba del maltrato, el asesinato, de la misoginia... Y ella lo estaba viviendo tal cual.

Todo aquello le dio que pensar; ella no tenía unos hermanos que acudirían a salvarla y matarían al malvado esposo, justo antes de que la asesinara. Así que tendría que buscarse la vida solita.

Estaba segura de que Pili algo habría hecho, pero allí no aparecieron las fuerzas de la ley.

Finalmente, Raúl volvió a la hora de la comida, y le indicó que se irían a pasar el fin de semana a una casa, también de la sierra madrileña, pero de tipo rural.

—¿Qué? —Se puso pálida ante la noticia.

—Tranquila, tiene chimenea de leña, jacuzzi y está equipada.

—Oh, qué bien... —fingió.

—Mañana mismo te daré tu regalo y partiremos camino de la casa rural.

La idea le pareció un horror a Lorena, y tuvo que disimular su malestar. Se excusó con estar agotada y volvió al cuarto.

Tal vez, aquel viaje, era la oportunidad que estaba esperando para poder escapar.

Llegó el viernes por la tarde y se notó a Raúl bastante ilusionado. Estaba que no cabía en sí de gozo, todo lo contrario que Lorena, que se halló muerta

de miedo.

—Ve haciendo la maleta, cariño. Tengo muchas ganas de llegar esta noche y encender la chimenea, que tomemos una copa de vino y estemos tranquilos charlando de nuestras cosas.

—Claro, yo también —le sonrió haciendo un esfuerzo titánico.

Lorena escondió los cubiertos y destornilladores por la maleta y dentro de la chaqueta de invierno. Se vistió con unos leggins, un jersey de cuello alto y unas botas gruesas. El pelo lo recogió en una trenza y se puso un gorrito de lana.

—Ya estoy —dijo.

—Espérame al lado de la salida del garaje, voy a por tu regalo.

Lorena esperó pacientemente a que saliera, y él lo hizo con un Audi blanco perla de primera gama. Se quedó estupefacta al verlo, pues él usaba siempre un Mercedes.

Aprovechó para mirar dentro del garaje y no vio nada de particular, aparte del auto de Raúl.

Este se bajó del coche y dejó la puerta abierta.

—Mira, cariño. ¡Tu regalo!

—¿Dónde?

—¡Es el coche!

Lorena se llevó las manos a la boca, incrédula.

—Me dijiste que te gustaban los Audi.

—Sí... pero no pensé que el regalo fuera uno.

Ciertamente algo de ilusión le hizo.

—Lo vas a conducir tú hasta la casa.

La empujó levemente hacia el interior.

Lorena se colocó el asiento y los retrovisores a su gusto. Su marido se sentó de copiloto y le dio las llaves.

Se acercó a ella y la besó con delicadeza en los labios. Lorena tuvo que aguantar con estoicismo y devolverle el beso. Raúl puso una expresión que

nunca le había visto.

—Te quiero, Lorena. Te voy a hacer feliz.

Pero en vez de apaciguarla, aquello le hizo sentir más miedo.

Pusieron el GPS del coche y fueron por un puerto de montaña. Comenzó a nevar levemente y Lorena tuvo un poco de miedo al conducir un coche nuevo.

—No te preocupes, es de los buenos.

—Se ve, se ve. Pero hacía tiempo que no conducía.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho. Es precioso.

Raúl pensó que con un Audi podía comprar a su mujer. Pero ella solo le daba vueltas a cómo usar el coche para escapar y dejarlo allí tirado.

Tras dos horas de precaria conducción, llegaron a una casa de campo enorme. Raúl abrió con un mando, por lo que no se bajó del Audi. Entraron y la puerta se cerró de nuevo. Pero Lorena supo así que existía una forma de salir de allí.

Ya nevaba bastante, por lo que entraron enseguida en la casa.

El hombre puso el aire acondicionado con rapidez y encendió la leña que ya había preparada en la chimenea.

—Ponte aquí cerca, enseguida entrarás en calor.

Lorena tembló de frío, sentada frente a la pantalla del hogar, que comenzó a dar calorcito.

Se fijó en que Raúl ya sabía dónde estaba todo. Se preguntó si habría llevado a alguna amante o si, simplemente, ya tenía todo planeado. Pensó en que daba más grima lo segundo. Todo estaba hecho con alevosía.

—Es bonito, ¿verdad?

—Sí, muy rústico.

—Qué diferencia de vivir en aquel colegio.

La mujer echó de menos la escuela católica, a las chiquitas, a las monjas, hasta a la Madre Superiora. Al menos allí siempre estuvo a salvo. En cambio, en aquel lugar, se sintió desprotegida y sola.

—Te voy a hacer una cena para chuparse los dedos. No sé por qué no cocinaba más a menudo. Con lo divertido que es.

Sacó del frigorífico todos los ingredientes.

Lorena se acercó lentamente.

—Quédate allí, ya empieza a notarse el calorcito.

—Tú ya has estado aquí.

—Claro, vine a prepararlo todo ayer. Quería que fuera perfecto.

—Ya...

—Mira la tele, es más grande que la nuestra.

Lorena no hizo caso y se dirigió hacia la escalera que daba al piso superior.

Cuando se dispuso a subir, Raúl la retuvo.

—No puedes ir arriba —dijo, muy tenso.

—Necesito ir al baño...

—Tienes uno aquí.

La acompañó hasta un aseo.

Al salir de nuevo, le preguntó directamente:

—¿Por qué no puedo subir?

—Cariño, porque todo es una sorpresa. Si te lo cuento, dejará de serlo.

Raúl le sonrió como años atrás y un escalofrío recorrió la espina dorsal de Lorena. Esta se sintió cada vez más como la esposa de Barba Azul.

Sacó, disimuladamente, un cuchillo de su maleta y se lo metió entre la espalda y las bragas, bien sujeto por la goma de los leggins.

Cenaron delante de la chimenea, con sendas copas de vino. Lorena tuvo que comer con una cuchara y no beber.

—El vino tiene quince años, es maravilloso. —Lo olió—. ¿No bebes?

—Preferiría agua.

—Bebe un poco y te la traeré.

Lorena hizo un esfuerzo, pues con el embarazo no debía beber. Supuso que un par de sorbos, o una copa, no harían nada al feto.

—Muy bueno para acompañar tu asado.

Raúl le trajo agua, como prometió.

—¿Estás a gusto?

—Sí, este lugar es estupendo. ¿Lo buscaste en una agencia?

—Sí. Es muy caro un fin de semana aquí.

—Lo imagino.

—Pero por ti lo que haga falta, para que estés tranquila y a gusto.

Lorena sonrió, otra cosa no podía hacer; tan solo llevarle la corriente hasta dar con un momento adecuado y largarse de allí.

Tras el postre, ambos se acomodaron en el sofá, pegados el uno al otro. Lorena sintió el cuchillo punzarle el trasero, pero aguantó.

—Lorena...

—¿Sí?

Raúl la miró a los ojos.

—Estás mucho más guapa ahora. He de reconocer que... Esos kilos de más te sientan muy bien.

—Solo estoy en mi peso normal...

—Siento no haberlo visto. Todas las mujeres de mis amigos son casi modelos...

—Yo no puedo ser una modelo, ni por altura ni por físico. Y con la edad, te cambia el metabolismo. Cuando nos conocimos yo no era tampoco una modelo, sino una chica normal...

—Eras preciosa. Y te has vuelto aún más guapa. Yo, he estado pensando...

Él la cogió de las manos y las acarició.

—Podríamos adoptar —le dijo.

Lorena se quedó de piedra.

—¿Estás seguro de que no podemos tener hijos?

Él pareció titubear, pero, finalmente, volvió a mentir.

—Ya sabes que eres fértil, amor mío.

“Si tú supieras, hijo de puta”, se dijo.

—Me parece bien adoptar —concluyó ella, cabreada, pero sin que se le notara un ápice.

Raúl la abrazó contra sí y comenzó a besarle el cuello y los labios.

Lorena soportó aquello con mucho estómago.

—Ahora sí podemos subir, verás lo que tengo preparado.

El corazón de la mujer fue a mil por hora. No supo sin ceder, con tal de que él se confiara, o si dejarse vencer por el impulso del rechazo que sentía hacia su persona.

Solo pensar en volver a tener sexo con aquel hombre le resultó repugnante. Pese a eso, vio ahí una oportunidad para que bajara la guardia.

Raúl la asió en brazos y subió las escaleras con ella a cuestas. Lorena respiró con dificultad, miedosa de que se cayera el cuchillo de su espalda. Él se introdujo en una habitación con velas eléctricas encendidas y una tenue luz de lámpara. Dejó a su mujer sobre el lecho con sumo cuidado y la besó, acariciándole el pecho por encima del jersey de lana.

—Me gusta que tengas más... —susurró, refiriéndose a su delantera.

Lorena cerró los ojos cuando él comenzó a quitarle los botines y los leggins. No se movió mucho, rezando para que Raúl no viera el arma.

—No quiero —lo empujó cuando él quiso despojarla de su ropa interior.

Su marido se quedó quieto y la miró. Dejó sus bragas y se acostó a su lado, mirándola. Aquello puso a la mujer de los nervios.

Raúl deslizó una mano por su cuello, acariciándolo suavemente.

—No estés nerviosa... —susurró en su oído—. No voy a obligarte...

Ella asintió con la cabeza, mirando al techo. Una lágrima se deslizó por su rostro, hacia la oreja. Él la limpió. Luego, con la mano, le hizo girar la cabeza hacia su cara.

—¿Aún estás colada por el cura? —fue directo al grano.

—No es justo que me preguntes eso.

—No me voy a enfadar, te lo prometo.

—¿Qué más da? No podemos estar juntos, nunca podremos.

—Eso es cierto; nunca podréis —Raúl sonrió—. Porque eres mi mujer y siempre lo serás. Seremos papás, viviremos felices y comeremos perdices.

Lorena se estremeció con sus palabras y la mueca retorcida de sus labios. Aquel hijo de perra lo estaba disfrutando de veras.

Su mano de hombre se deslizó por dentro de las bragas hasta alcanzar el clítoris, que masajeó con pericia. Pero Lorena lo odió con tanta fuerza, y sintió tal rechazo, que se apartó y aprovechó para coger el cuchillo de punta afilada. Se lo puso a Raúl en el cuello cuando este se abalanzó sobre ella, bien apretado junto a la nuez.

—No me toques, hijo de puta —escupió Lorena.

—Está cometiendo un error, cariño. Deja eso, puedes hacerte daño.

La mujer apretó más la punta del cuchillo y le hizo sangrar levemente.

Raúl se mantuvo impávido, mientras ella lo miró con dureza y odio.

—Has estado fingiendo...

—¿Y qué querías? Me has secuestrado.

Raúl la cogió de la muñeca derecha, para torcérsele y que soltara el cuchillo, pero Lorena le dio un cabezazo instintivamente y su marido la soltó.

Con rapidez, la cautiva saltó de la cama y salió por la puerta, bajó las escaleras, descalza, y cogió las llaves del coche. Pero cayó en que no podía abrir la verja sin aquel mando a distancia.

Sin pensarlo dos veces, salió; fuera nevaba. Corrió hacia el enrejado con la intención de saltarlo como fuera.

Raúl la cogió de la cintura y ambos cayeron al suelo. Le rasgó con el cuchillo en un brazo. La nieve se tiñó ligeramente de rojo.

—¡Si te vas mataré a Adrien! —gritó Raúl a pleno pulmón, taponándose la herida con la mano.

—¡Y una mierda! —le contestó, aterida de frío y tiritando.

—Vamos, Lorena, entra en la casa. ¡Te vas a congelar!

—¡Que te jodan!

—Lo mataré —amenazó de nuevo.

Lorena reculó, cuchillo en mano.

—La policía irá por ti si intentas cualquier cosa...

—Le tengo dentro de la casa, imbécil.

—¡Es un puto farol!

—No lo es. Está aquí desde ayer. Así que, si no entras conmigo, entro yo y lo mato. ¡¡Sabes que ya me cargué al otro!! —bramó, fuera de sí.

Lorena no supo si estaba mintiendo, porque aquel hombre era un loco demente.

La mujer, muerta de miedo y frío, caminó con dificultad hacia la casa, sin perder de vista a Raúl, ni dejar de apuntarle con la única arma de la que disponía.

De inmediato sintió el calor del hogar, que al menos alivió lo aterida que estaba.

—Sube —dijo él sin más.

Lorena, intentando no tropezarse con los escalones, fue lentamente ascendiendo por la escalera. Ni siquiera se sintió los pies.

Raúl abrió la primera puerta del pasillo con una llave que se sacó del pantalón, y que estaba junto al mando de la verja y las llaves de la casa.

—Adelante.

—Ni te acerques... —volvió a apuntarlo con el rudimentario cuchillo.

Miró dentro medio de lado, y se quedó pasmada.

—Adrien...

Este estaba sobre el lecho, atado de pies y manos a los cabezales de la cama, e inconsciente, con la cara llena de golpes.

## **Capítulo 29**

La puerta se cerró tras de sí, de un portazo, y Lorena escuchó la llave girar

en la cerradura. Sin soltar el cubierto, ni dejar de tiritar, corrió hacia la cama donde yacía Adrien, inconsciente. Se subió a ella y sujetó al pobre hombre por el rostro macilento. No llevaba las gafas y tenía cortes y moretones, además de una inflamación en el pómulo izquierdo que tocó con mano temblorosa.

—Adrien... Cariño...

Se puso a sollozar con amargura y rabia, sobre su pecho. Tras calmarse, sin bajar la guardia, fue serrando las ataduras pacientemente hasta poder soltar al sacerdote. Les castañearon los dientes con fuerza, del tremendo frío que sintió en sus pies y piernas desnudos y congelados. Todo su cuerpo estaba tenso, intentando aguantar el helor, pues en aquella habitación no había calefacción.

—Adrien... —susurró, palmeando levemente su mejilla. Este no despertó. De hecho, tenía arremangado un brazo y vio señales de pinchazos con sangre seca. Con toda probabilidad estaba dormido por el efecto de algún tipo de droga o medicamento.

Movió su cuerpo hacia un lado, empujándolo con fuerza, para poder sacar el edredón, luego lo colocó por encima de él y se acurrucó a su lado, intentando entrar en calor, hecha una bola. Se acomodó, sin bajar la guardia ni soltar el cuchillo.

Durante aterradoras horas, en las que Raúl no hizo ni un solo ruido, se mantuvo alerta por si entraba. Solo se escucharon los silbidos del fuerte viento, chocando con los viejos ventanales. La noche fue oscura y la nieve se fue acumulando en los cristales.

Aunque Adrien hubiera despertado, salir por allí no era viable en aquellos momentos y Raúl fue consciente, por eso simplemente los dejó encerrados sin hacer nada más, jugando con ellos.

Cuando entró algo en calor, Lorena salió de la cama y tuvo que orinar en una esquina de la habitación pues no aguantó más la presión de su vejiga.

Luego rebuscó en el armario y solo dio con otra manta, que se agenció para ponerla sobre la colcha. Se introdujo inmediatamente en el lecho, sentándose. En la mano derecha seguía asiendo el cuchillo, y con la izquierda acarició el cabello de Adrien y su mejilla inflamada. Lo miró en varias ocasiones, muerta de pena por haberle arrastrado a aquella situación.

—No, no es mi culpa... —se dijo—. Está loco... —susurró, refiriéndose a

su marido.

Lorena fue recuperando el calor en el cuerpo con el paso de las nocturnas horas, pero también le sobrevino todo el cansancio acumulado y energías gastadas. Los ojos se le fueron cerrando y comenzó a cabecear. Se le volvió la respiración pesada, y los párpados cedieron. La puerta de la habitación se volvió cada vez más borrosa hasta desaparecer del todo. La consciencia de Lorena se fundió en negro.

La mujer despertó de golpe, de un respingo. La luz del día invadía la estancia. Buscó el cuchillo, pero no dio con él. Sobre la mesilla encontró una botella de agua y algo de comida. Bebió de inmediato, muerta de sed, y luego mojó los labios resecaos de Adrien. Le pasó el antebrazo por el cuello y le levantó la cabeza y un poco del cuerpo. Pareció que él bebía un poco y acabó tosiendo, así que lo colocó de lado mientras se fue despertando.

Definitivamente el cuchillo no estaba. Raúl debió de entrar a dejar aquello y aprovechó para arrebatárselo. Lorena se sintió estúpida, pero culparse de tener sueño y dormirse no fue una solución.

—Adrien... —Este gimió y tosió de nuevo—. Adrien...

—Lorena —jadeó con voz ronca, mirándola con dificultad—. ¿Estás bien?

—Sí. Quédate tumbado, no te vayas a desmayar de nuevo.

—Me han drogado, creo... —Se rascó el dolorido brazo—. Un tío...

—¿Raúl?

—No, otro. El que me secuestró.

La mujer dedujo que fue el mismo que la metió a ella en el coche.

—Raúl vino y me pegó.

—¿Por qué no te defendiste? Cariño... —Lo abrazó contra así y él la rodeó con sus brazos.

—Es difícil cuando estás atado y no puedes protegerte de un cobarde pirado hijo de puta... —susurró, con rabia.

—Lo siento tanto... Lamento que te haya involucrado en toda esta locura.

—Prefiero saber que tú estás bien y entera. Le he rogado a Dios por ello

—Adrien sonrió un poco, mirándola. Levantó la mano hasta el rostro de Lorena y lo acarició—. Porque no sabía nada, ese cabrón no me lo quiso decir.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Creo que ayer, o no lo sé. Un hombre me dijo que entrara en su coche si quería verte con vida... Me hizo perder el conocimiento y aparecí aquí, atado. Luego tu marido vino y me amenazó mientras me pegaba.

Lorena creyó que le iba a estallar la cabeza.

—Él mató a Lorenzo.

—Lo sé...

—No va a dejarnos libres...

—Eso también lo sé.

Adrien se irguió y sentó, para poder abrazar mejor a Lorena. Ella le acarició las muñecas, aún con las cuerdas alrededor.

—Estoy agotada, Adrien... He pasado unos días horribles —confesó con angustia—. Me ha sometido a una tortura psicológica tremenda....

—¿Y te ha violado? —fue al grano.

—No, pero ayer noche intentó tener relaciones conmigo y no lo pude soportar, así que acabé aquí. Pero prefiero estar contigo, prefiero morir contigo, prefiero todo contigo antes que estar con él —no pudo evitar sollozar con desconsuelo.

—No voy a permitir que te haga daño.

—Ni yo que te lo haga a ti. Antes lo mato —sentenció ella con los dientes apretados.

—No hables de matar, por favor...

—¿Tú no lo harías? —Lorena le miró. Adrien la observó y negó con la cabeza.

—Sería incapaz de eso.

—¿Ni para defenderme?

—¡No quiero pensarlo!

Lorena comprendió su debate interior. Adrien era humano, un sacerdote, una buena persona. Ella también, pero odiaba a Raúl hasta límites insospechados y no deseó otra cosa que su muerte.

Se escucharon unos pasos y la puerta se abrió. Entraron Raúl y el tipo al que había pagado para hacer todo aquello. Este último se sacó una pistola del interior de la chaqueta.

Lorena sintió un miedo irracional y se abrazó a Adrien como si la vida se le fuera en ello.

Raúl los separó y la arrastró fuera de la cama. El sacerdote intentó impedirselo, sin embargo, el tipo lo apuntó de cerca con el arma.

—Déjalo, Adrien... —le rogó Lorena a su compañero, que la tuvo que soltar.

El marido empujó a Lorena contra una fría pared y la miró.

—Te he dejado con él para que pudieras despedirte —sentenció con una sonrisa socarrona.

—Haré lo que quieras, pero no le mates.

—Eso no es una opción.

—¡No le mates! —Intentó empujar a Raúl con todas sus fuerzas, aunque este la estampó más fuerte contra aquella pared.

—¡¡Déjala, hijo de puta!! —le insultó Adrien.

—No estás en posición de pedir nada.

Le hizo un gesto al hombre que lo acompañaba y este se acercó apuntando a Adrien a la cabeza. El sacerdote lo miró de reojo, con el corazón a mil.

Raúl le bajó las bragas a Lorena, de un tirón.

—¡No! ¡No quiero! —se negó ella, revolviéndose.

El agresor la ignoró, subiéndola hasta su cintura y sacando su miembro erecto.

Adrien quiso morir al ver aquello, aunque ella se resistiera con todas sus fuerzas.

—¡No, por favor! —sollozó Lorena, intentando evitar la violación. Sintió vergüenza y asco.

—¡O te estás quieta, o le mato y sigo follándote con su cerebro esparcido por la habitación!

Aquello, en vez de amilanar a Lorena, le hizo clic en la cabeza, que estampó contra la frente de Raúl, agarrándolo por la cara con rabia. Le dio varios cabezazos hasta que este refuló aturrido.

Lorena cayó medio al suelo y se llevó a su marido por delante.

Adrien aprovechó el desconcierto para forcejear con el tipo de la pistola.

Escuchó un disparo, pero la bala acabó en el techo.

Muy mareada por los golpes, la mujer se puso sobre Raúl para evitar que se levantara y le clavó las uñas en la cara. Este le retorció las muñecas hasta conseguir que le soltase. La empujó hacia un lado y fue a ayudar a su secuaz.

Lorena agarró una silla de madera y se la partió en la espalda, quedándose con un trozo de pata rota en la mano.

Se escuchó otro disparo y Adrien cayó de la cama, dolorido.

—¡Dios! —bramó al sentir la laceración en el hombro, que se tapó con una mano.

—¡Adrien!

Raúl le quitó la pistola al hombre y apuntó con ella a Lorena. Esta se irguió, para mostrarle que no le tenía miedo.

—¿Sabes, Raúl? Lo mejor de todo esto es que irás a la cárcel, hagas lo que hagas.

—Vete de aquí —le ordenó al tipo.

Este se fue corriendo.

Luego, Raúl, observó de nuevo a su mujer.

—No voy a ir a la cárcel, Lorena.

Esta observó a Adrien, que la miró con ojos vidriosos por el dolor en el hombro. Estaba tirado en el suelo, a varios metros de Raúl que, de pie, la apuntaba a ella con la pistola.

—Lo tienes todo bien pensado...

—Sí... —Raúl sonrió.

—Pero no te preocupes por este, lo voy a dejar vivir para que vea cómo mueres delante de él y su puto Dios no ha podido hacer nada.

Adrien se arrastró lentamente hacia Raúl, ella pudo verlo de refilón, pues no podía quitarle la vista de encima a la pistola.

—Raúl... ¿Sabes por qué he engordado? ¿No te lo imaginas?

Este se quedó algo desconcertado.

—No quería decírtelo, porque es un milagro... —Lorena sollozó—. Pero estoy embarazada.

—¡Mentira!

—No, no lo es... —Se levantó el jersey, dejando a la vista su redondeado vientre. Se lo sujetó como hacían las futuras madres.

—No me intentes embaucar, Lorena, no soy imbécil.

—Sé que pensábamos que era estéril... Pero no, Raúl. Me dejaste embarazada la última vez, antes de irme.

Este pareció dudar, le tembló la mano.

—El estéril soy yo... —confesó con los dientes apretados—. Así que no me engañes.

—¿Cómo? —fingió no entenderle.

—¡Que el estéril soy yo! No tú... Así que no intentes engañarme.

—No puede ser, me dejaste embarazada. Estoy de 15 semanas.

—¡Es de este hijo de puta! —bramó, apuntando a Adrien con la pistola.

—¡No, con él no me acosté hasta más adelante! No puede ser el padre — intentó convencerlo.

Raúl dudó.

—Si quieres te puedo enseñar todo: los análisis, las ecografías... Podrás hablar con mi ginecóloga...

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Tenía miedo de que nos hicieras daño... De no poder divorciarme si te enterabas. Vamos a tener un hijo, pero no te quiero. Me has hecho cosas horribles —no quiso mentir por ese lado, para que fuera más realista—. Pero

este pequeño no se merece que trunques su nacimiento... —lloró de forma real al pensar en que podría llegar a ser realidad.

—¿Este lo sabía? —Raúl apretó los dientes de nuevo, mirando a Adrien.

—No.

Adrien algo estaba susurrando, una oración. Rezaba por aquel bebé del que hablaba Lorena.

—Te quiero, Lorena... —gimió Raúl, casi sollozando—. ¿Por qué tú a mí no?

—¡Porque me has maltratado!

Bajó un poco la pistola, dubitativo.

—¿Podríamos ser felices el bebé, tú y yo? —inquirió, casi de forma inocente.

—Podrías ver a tu hija... Aunque fuera en la cárcel... La verías crecer... Estás a tiempo.

—¿Es una niña? —Lorena asintió. En realidad, aún no podía saberse, así que se lo inventó.

Raúl bajó la pistola. En ese momento, Adrien lo cogió de las piernas y le hizo caer. La pistola rodó hacia un lado, pero Raúl la recuperó y apuntó al sacerdote con ella, ambos sobre el suelo.

—¡Basta! Raúl, no lo hagas —rogó con desesperación.

—Voy a ir a la cárcel, ¿no? Pues que sea por algo consistente.

—Si lo matas me encargaré de que jamás veas a tu hija —lo amenazó. Eso hizo dudar a Raúl.

—Ya mataste a Lorenzo, vas a ir a la cárcel por eso. No añadas otra muerte, por favor...

Lorena se puso de rodillas y gateó hasta él, con valentía.

—Por favor... Deja a Adrien seguir con su vida. Eligió ser sacerdote, no a mí...

Adrien la miró con una pena tremenda, blanco como el papel por la sangre perdida, incapaz de hacer nada para ayudarla.

—Pasó algo entre nosotros y se acabó. Ya está. Tú y yo no estaremos juntos más. Pero podrás ver a tu hija —insistió en ello pues fue su única baza.

El sacerdote perdió el sentido ante la mirada de Lorena, que se tuvo que mantener impávida ante ese hecho. Luego puso la temblorosa mano sobre el brazo de Raúl, para que bajara el arma. Le asió del rostro y lo miró con una sonrisa, entre sollozos.

—No lo compliques innecesariamente. Todo lo que haya pasado entre él y yo fue decisión mía. Irme de tu lado fue decisión mía. Y no volver contigo fue decisión mía.

De pronto, se escuchó la puerta de la entrada abrirse. Raúl se levantó con rapidez y miró por la ventana.

—Es la Guardia Civil...

Lorena se quedó perpleja.

—¡Vamos!

La asió del brazo para que se pusiera en pie y salió de la estancia con ella, bajando al salón.

—Tienes que entregarte.

—Lorena, aún podemos salir por detrás. Tengo billetes para irnos esta noche del país. No pensaba matarte, solo a él...

La mujer se quedó atónita ante tal revelación.

—Te quiero demasiado, y ahora a nuestra hija. Allí podremos rehacer nuestras vidas.

Lorena se echó a sollozar.

La policía irrumpió en el caserón, y apuntó de inmediato a Raúl, que sujetó a Lorena y le puso la pistola en la sien.

—Solo queremos irnos del país, y no le haré nada.

—¡Suelta el arma! —gritó el agente al mando, apuntándolo con la suya reglamentaria.

—Por favor... Estoy embarazada... —gimió Lorena, para que los policías tuviesen constancia.

—Suelta el arma —intentaron apaciguarlo—. Suelta a tu mujer, y todo irá

bien.

—¡No! Ella y yo vamos a rehacer nuestras vidas —insistió, obcecado.

—No añadas más cargos a tu condena —indicó el policía.

Raúl dudó unos instantes y empujó a su mujer hacia los agentes, que la sujetaron. Pero no soltó el arma, que se llevó a la sien.

—Cuida a la niña —fueron sus últimas palabras.

—¡No!

Raúl apretó el gatillo y se pegó un tiro. Su pesado cuerpo cayó como un plomo.

Lorena chilló desesperada al verle quitarse la vida así. Todo el odio hacia él, todos sus deseos de que muriera desaparecieron en aquellos instantes donde se hizo realidad su deceso.

—No... —Hundió el rostro sobre el policía que la sujetó con fuerza. Tuvo que reponerse rápido e informar a la patrulla de que arriba estaba Adrien, herido de bala.

Ella fue en la ambulancia con Adrien y dejó atrás aquel horror, destrozada por dentro, pero aliviada de que su bebé estuviera bien.

## Capítulo 30

—El feto está bien, no se preocupe —dijo el médico que examinó a Lorena.

Ella suspiró de alivio, aún con la tremenda escena de Raúl pegándose un tiro fija en las retinas.

—Quédese aquí y la enfermera le dará algo para los nervios que sea compatible con el embarazo, ¿de acuerdo?

Lorena asintió, limpiándose las lágrimas.

Inmediatamente después entró una agente de la Guardia Civil para que le relatara los hechos.

—¿Estás usted preparada?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí, sí.

Fue describiendo la situación desde el mismísimo principio, cuando Raúl la violó meses atrás, hasta llegar al momento en el que este se quitó la vida.

Entre tanto, la enfermera le puso suero y un calmante, que le hizo adormilarse.

—¿El padre Adrien está bien? —indagó.

—Sí, no te preocupes.

Cuando la Guardia Civil la dejó tranquila, sollozó en silencio para no molestar a su compañera de habitación, pues ya era muy tarde. Se sintió totalmente sola y echó de menos a su padre. La agente le dijo que ya se le había avisado, pero tardaría en llegar unas horas a Madrid. También le estuvo

explicando que fueron Pili y él quienes acudieron a la policía en Zamora al darse cuenta de que algo anormal estaba sucediendo. Pero que, cuando se inició oficialmente la investigación, y consiguieron saber dónde la retenía Raúl, la ventisca nocturna impidió poder acceder al caserón por estar cortado el puerto debido a la copiosa nevada.

Lorena acabó por quedarse dormida de puro agotamiento, casi toda la noche. Por la mañana la despertaron los ruidos del personal cambiando de turno. Un nuevo auxiliar de enfermería le puso otro suero y le tomó las constantes básicas.

—Tu padre ya está aquí, ¿quieres que pase?

—Sí... —hizo un puchero.

José se acercó a ella y la estrechó, con fuerza infinita, entre sus brazos. Ambos lloraron durante largo tiempo.

—Hija mía... Qué mal lo hemos pasado Pili y yo. Ella no ha podido venir, pero te manda muchos besos.

—¿Entendió mi clave? Le dije... Le hablé de sus dos hijos...

—Sí, sí. Y fue a la policía enseguida. Mi amigo me llamó y yo también fui. Les contamos todo lo que sabíamos, más la denuncia que le pusiste aquella vez que te asaltó en la calle.

—Tardaron mucho.

—Ya sabes cómo va esto...

—Adrien y yo lo hemos contado de milagro... —se puso a sollozar.

Su padre le acarició los cabellos con dulzura.

—Lo he podido visitar. Estaba dormido.

—¿Se pondrá bien?

—Seguro que sí. Han venido otros curas de esos importantes —susurró.

Lorena asintió.

—Supongo que me darán el alta hoy, papá. No tengo nada malo y el feto está bien. Pero necesitaré ropa, porque no tengo. Unos leggins, bragas, calcetines, zapatillas, una camiseta de manga larga y un jersey grueso. También

alguna chaqueta de invierno.

—Vale, hija. Me quedo aquí hasta que sea la hora de que abran los comercios.

José se fue a hacer los recados cuando entró, pidiendo permiso, un sacerdote de una edad similar a la de Adrien. Su rostro le resultó afable.

—Hola, Lorena.

—Hola...

—Soy el padre Bernardo, amigo íntimo del padre Adrien. —Le tendió la mano y ella se la estrechó—. Creo que alguna vez te ha comentado que soy su confesor.

—Sí. ¿Y cómo está Adrien?

—Bien. Le operaron anoche, le extrajeron la bala y, gracias a Dios, no ha sufrido ninguna pérdida grave de tejidos. Aunque tendrá que hacer rehabilitación para la movilidad.

Lorena volvió a suspirar con alivio.

—He venido porque me lo ha rogado. Quiere saber cómo estás.

—Estoy bien, que no se preocupe por mí. Es más por el trauma psicológico que otra cosa. Necesitaré terapia...

—Bien... Se lo trasladaré.

—Gracias. ¿Crees que podré verlo pronto?

Bernardo negó con la cabeza y una sonrisa triste en la barbuda cara. Lorena sintió algo malo por dentro.

—Verás, he hablado con él de todo esto, desde que me contó por primera vez sus pensamientos. Tú ya sabes a qué me refiero.

—Sí.

—Sé muchas cosas y le aconsejé, como sacerdote y buen amigo. No me hizo caso y ahora está como está. No es culpa tuya, no me malinterpretes — aclaró al ver el rostro de Lorena—. El único culpable de sus decisiones es él. Se le perdonó, se le dio otra oportunidad. Y quiero que le dejes tranquilo. Por favor, te lo pido como amigo suyo que le ha visto sufrir lo indecible por ti.

Bernardo no fue agresivo, ni tajante. El tono de su voz destiló piedad y

verdadera preocupación.

Lorena quiso revelarse, replicar, gritarle, echarlo de la habitación. Sin embargo, se contuvo de palabra, pero sus ojos se llenaron de unas lágrimas que le rodaron por las mejillas.

—Lo siento mucho, Lorena. No era mi intención.

—Lo sé...

—He de irme. Le diré que estás entera y bien de salud. ¿Tu hija también lo está?

—¿Qué?

—La bebé —dijo, señalándole la tripa.

—Está todo perfectamente, que no se preocupe —sonrió con amargura.

Se rodeó a sí misma la panza con los brazos y plegó las piernas contra el pecho.

Después de aquella conversación, el padre Bernardo se fue y Lorena hundió el rostro entre las rodillas, para poder sollozar.

Después de comer, Lorena recibió el alta y se puso la ropa que le trajo su padre. Sin otra pertenencia más, abandonaron la habitación.

A lo lejos pudo ver a algunos sacerdotes charlando en una zona de espera. Hizo amago de ir, pero José la detuvo.

—¿Qué pretendes hacer?

—Quiero hablar con ellos para saber si está bien.

—¿Y por qué no vas a verlo directamente?

—No puedo, papá. No puedo volver a verlo nunca más.

—¿Por qué?

—Casi se muere. Casi pierde todo por lo que ha trabajado su vida entera. No tengo derecho a romper su fe.

—¿Y el bebé? Tiene que saber que es suyo.

—Piensa que es de Raúl. Y, por ahora, es mejor que lo siga creyendo. El día que sepa la verdad tendrá todo el derecho del mundo a verlo. Pero no será

hoy cuando se entere.

—Hija, vamos a decírselo. No le niegues su paternidad, no sabes lo que sufrirá.

Estiró de su hija, que dudó unos segundos, con angustia.

—Vamos, ahora mismo —insistió.

Lorena se armó de valor y entró junto a su padre en la habitación.

Adrien se la quedó mirando, con cara de alegría y alivio.

—¡Lorena! —Intentó levantarse, pero Bernardo, que también estaba allí, se lo impidió.

—Quédate tumbado, haz el favor —le riñó.

—Deberíamos dejarlos a solas —propuso José, pero el sacerdote no se movió del lado de Adrien, como si fuera una carabina.

—Bernardo, déjanos un momento, por favor.

Este le echó una mirada matadora que Adrien ignoró deliberadamente.

José y Bernardo salieron al pasillo, dejando solos a Adrien y a Lorena. Esta se sentó en la silla y cogió la mano que el hombre le tendió.

—He rezado mucho para que estuvieras bien —le dijo él, mirándola obnubilado.

—No te apures más, lo estoy.

—Siento haber perdido el conocimiento —pareció echárselo en cara a sí mismo.

—Raúl se pegó un tiro al verse acorralado por la policía...

—Me he enterado... ¿Lo presenciaste?

—Sí. Fue... aterrador.

—Le prometí a Dios que, si te salvabas, le serviría toda mi vida —dijo de pronto, sin soltarle la mano a Lorena.

—Es un buen trato, debes cumplirlo... —se le quebró la voz, perdiendo la fuerza con la que entró, animada por su padre.

—No quiero... —susurró Adrien, estirando de ella para que se acercara.

Lorena sintió aquel imán que se activaba cuando estaban tan cerca. El corazón le fue muy deprisa. Él la observó con esos ojos tan enamorados de ella.

—No quiero cumplirlo —repitió al deslizar la mano por el rostro de Lorena, que no pudo evitar observar sus labios entreabiertos. Deseó besarlos y los tocó con dedos temblorosos, dispuesta a perderse en ellos.

—¿Qué pasa aquí?

Una voz de mujer interrumpió aquel instante tan íntimo.

Adrien soltó a Lorena por inercia, asustado.

—Mamá...

—¿Esta es la zorra?

—¡No la llames zorra! —Intentó erguirse sin conseguirlo.

—No te levantes, Adrien —rogó Lorena.

—¡Venga! Fuera de aquí, lejos de mi hijo.

—¡Mamá! —la reprendió él, ofuscado.

José entró e increpó a la mujer

—¡No llame así a mi hija!

La señora frunció la nariz con cara de asco.

—¡¡Fuera de la habitación!!

Los echó casi a empujones, ante la estupefacta mirada de Adrien.

—¿Cómo me atreves a hacer algo así?

—¡Casi estás muerto por su culpa! —sentenció Apolline.

—Ahora no puedo discutir —se dolió del hombro y su madre llamó a la enfermera de inmediato.

Adrien observó la puerta, con los labios apretados, harto de que todo el mundo pretendiera protegerlo de aquella relación con Lorena.

Lorena y José se encaminaron al ascensor, muy alterados.

—¿Se lo has dicho?

—¡No, papá! Ha entrado su madre y se ha puesto a insultarme.

—Volvamos.

—¡Basta! —gritó ella, con un ataque de ansiedad.

Una enfermera que pasó por allí la ayudó a respirar hasta que fue calmándose.

—Te lo ruego, papá... Vayámonos para siempre.

Este claudicó al ver el estado tan alterado en el que se encontró su hija.

—Volvamos a Zamora entonces.

—A casa.

—Sí, a casa, hija mía. Tenemos que cuidar de la personita que va a venir al mundo...

## Capítulo 31

José condujo hasta Zamora, desde Madrid, con su hija durmiendo en el asiento del copiloto casi todo el camino, de puro agotamiento. Lorena se despertó cuando iban por Valladolid.

—Me he quedado totalmente dormida.

—Por eso no he puesto la radio —dijo, apretando el botón de esta. Comenzó a sonar música aleatoriamente, de diversos géneros musicales.

—No te he preguntado si mi jefa sabe todo esto.

—Sí, yo fui a hablar con tus compañeros de trabajo. Me pidieron que llamara en cuanto supiera cosas de ti. Será mejor que vayas tú misma en cuanto puedas.

—Lo haré... ¿Quién más lo sabe?

—Sor Sofia, pero ya la he llamado. Ha rezado mucho por ti y por Adrien. Sé que no eres creyente, hija, pero deberías agradecerérselo.

Lorena soltó una lagrimilla, emocionada.

—Qué buena mujer es...

Sacó un paquetito de pañuelos de la guantera, y se sonó las mucosidades.

Su padre le tocó el brazo en señal de cariño, sin perder de vista la

carretera.

Comenzó a sonar una canción de MClan en la radio, que hizo pensar a Lorena en su situación con Adrien. Giró la cara hacia la ventanilla, posando la vista en el paisaje de invierno, y dejando caer sus lágrimas en silencio.

*Para empezar  
Diré que es el final  
No es un final feliz  
Tan solo es un final  
Pero parece ser que ya no hay vuelta atrás*

*Solo te di  
Diamantes de carbón  
Rompí tu mundo en dos  
Rompí tu corazón  
Y ahora tu mundo está burlándose de mí*

*Miedo  
De volver a los infiernos  
Miedo a que me tengas miedo  
A tenerte que olvidar*

*Miedo  
De quererte sin quererlo  
De encontrarte de repente  
De no verte nunca más*

*Oigo tu voz  
Siempre antes de dormir  
Me acuesto junto a ti  
Y aunque no estás aquí  
En esta oscuridad la claridad eres tú*

*Miedo*

*De volver a los infiernos  
Miedo a que me tengas miedo  
A tenerte que olvidar*

*Miedo*

*De quererte sin quererlo  
De encontrarte de repente  
De no verte nunca más*

*Ya sé que es el final*

*No habrá segunda parte  
Y no sé cómo hacer para borrarte*

*Para empezar*

*diré que es el final.*

*Miedo*

*De volver a los infiernos  
Miedo a que me tengas miedo  
A tenerte que olvidar*

*Miedo...*

*y aquí en el infierno  
oigo tu voz.*

A la mañana siguiente de llegar a Zamora, y un poco más descansada, Lorena fue al trabajo y les explicó algunas cosas, pero no todo. Luego quedó con Pili, que la abrazó con fuerza cuando le abrió la puerta de su casa.

—¡Pili! Me vas a ahogar, cariño.

—Ay, maja, qué mal lo he pasado desde aquel mensaje que me mandaste.

—Lo siento, no sabía qué otra cosa probar. Aproveché ese momento en el que tuve la oportunidad.

Pili la miró con ojos vidriosos y luego le tocó la pancita.

—Está todo bien —la apaciguó.

—¿Y lo sabe Adrien? —Lorena negó con la cabeza, mientras se sentaba en el sofá.

—Lo he intentado y no soy capaz, siempre hay algo que me lo impide, algo con mucho peso.

—Pero tiene derecho...

—¡Lo sé! Y lo sabrá... Solo necesito un tiempo para poder... poder volver a verlo sin que piense “quiero a este hombre con toda mi alma”. Además, él eligió seguir siendo sacerdote y respeto eso. No quiero que lo deje por mí, si quiere que lo deje por el bebé, pero no por mí.

—¿Te dijo él que eligió a Dios?

—Sí, algo así. Y un amigo suyo, sacerdote, me pidió que no le hiciese sufrir más, que Adrien lo había pasado muy mal con lo mío. Se me rompe el corazón.

Pili estuvo en silencio un rato, antes de retomar la conversación, pensativa.

—No te culpes de decisiones que él tomó. Ni de las que tomaste tú. Pasó porque sois humanos.

Lorena afirmó ligeramente con la cabeza, a la par que se secaba los ojos.

—Llevo llorando ya no sé cuántos días. Me duelen hasta las pestañas.

—Tienes una pinta horrible, maja —Pili se echó a reír y Lorena también.

Esta última abrazó a su amiga con infinita fuerza.

—Te quiero mucho, Pili.

—Y yo, amiga.

Pili le preguntó sobre Raúl, pero no tenía superada su muerte por suicidio. Por mucho que la hubiese hecho sufrir, no era ese el final que hubiera querido para él.

Luego fue al colegio, a ver a su amiga Sor Sofía.

El nuevo bedel abrió al llamar a la puerta secundaria.

—¿La puedo ayudar?

—Busco a Sor Sofía.

Se escuchó la voz de la Madre Superiora detrás, que se asomó para verla. La oronda señora la miró sin acritud, cosa que le resultó extraña a Lorena.

—Señorita Pérez... ¿Cómo está?

—Afortunadamente, bien.

—Um... Me alegro mucho. ¿En qué puedo ayudarla?

—Busco a Sor Sofía.

—Ahora la llamo. Déjela pasar, Luís —dio permiso al bedel. Este le cedió el paso y esperó a la monja, paseando por el claustro.

Las alumnas, al verla, corrieron hacia ella y le hicieron mil preguntas, emocionadas de verla.

—¡Niñas! Venga, circulando que es hora de entrar a cuarta hora —Sor Sofía se puso en modo sargento.

—¡Me alegro de verla! —Lorena abrió los brazos y la estrechó con alegría, casi la levantó del suelo, pues era de tamaño mini.

—¡Qué efusividad, Señor! Me vas a espachurrar los huesitos.

—Estoy tan contenta.

—¡Otra vez llorando! No tienes remedio, maja.

—Perdón.

—Venga, vamos a sentarnos en el comedor, ahora no hay nadie.

Caminaron hasta este y se sentaron a tomar un café que la propia Sor Sofía preparó.

—Descafeinado, como me pediste. Yo un carajillo, pero no digas nada.

—Es usted una loquilla.

—A ver, ¿qué ha pasado con el padre Adrien?

Lorena suspiró.

—Él ha elegido a Dios.

—El amor de Dios es grande, pero el de una mujer enamorada de veras... lo puede ser más. Adrien es imbécil —concluyó.

—¡Sor Sofía!

—Nada. Ese chico se ha dejado liar la cabeza por esa panda que tiene alrededor; otros sacerdotes y sus padres. Le tengo mucho respeto, pero como me lo encuentre... Como me lo encuentre le pego un sopapo, y que Dios Misericordioso me perdone por adelantado. Dejar pasar a una chica como tú. No, no me parece normal.

Lorena se puso bermellón.

—Su madre me llamó zorra en el hospital.

—Esa señora es una maleducada. Ya la conozco, de cuando vino a verlo una vez. Estiradilla pija.

—Ya me gustaría tener tanta mala leche como usted.

—Maja, eso es la edad. Experiencia de vida la llaman. Seré monja, pero no tonta. Si yo tuve un novio...

—¿Qué me dice?

—Bueno, un novio a los quince añitos. Pero mi amor por Dios fue más intenso. Lo dejé, si se le puede llamar así, y me ordené a la mayoría de edad. Esa resultó ser mi decisión. Sin embargo, lo tuyo con Adrien son palabras mayores. Estamos en otra época, y las circunstancias son distintas.

—Todos me dicen que luce...

—¡Y qué haces! ¿Qué haces aquí aún? Vete a Madrid, vete a por él. Pero esta vez de verdad.

—¿Y si...?

—¡Y si nada! Maldita sea, Lorena, ¿quieres a ese hombre?

—Claro que sí.

—Pues venga, vamos, ya.

La mujer no le dejó ni terminarse el descafeinado, la empujó hacia la salida.

—Ya me contarás —dijo al abrazarla y darle un beso.

—Gracias.

—Un secretito... —La monja miró a sendos lados—. La Madre Superiora casi se muere del disgusto al saber que te había secuestrado ese hombre. Se sintió muy mal.

Lorena sonrió, con cierta emoción, asintiendo.  
Luego se marchó a casa, resuelta a ir a por Adrien.  
No debía tener miedo. No era el final. No le tenía que olvidar.

## Capítulo 32

Lorena subió a la casa que compartía con José, y se lo encontró leyendo el periódico.

—Salís en las noticias.

—¿Qué?

—Mira...

Ella le arrebató el periódico de las manos y leyó atentamente, horrorizada.

—Qué vergüenza.

—Tampoco dice mucho, solo que una zamorana fue secuestrada por su exmarido, etc. Nada que tú no sepas.

—Papá, tengo que volver a Madrid. No solo por el tema de Raúl, el piso y todo... También porque quiero ver a Adrien.

—¿Estás segura?

—Sí. Necesito que me aclare qué quiere de mí. Si me dice que prefiere seguir con los hábitos le diré que va a ser padre pero que conmigo se acabó. Si me dice que quiere estar conmigo, también le diré que será padre... Evidentemente.

—Me parece lo más correcto. Llévate el coche, hija.

—¿Seguro? Puedo ir en tren.

Su padre la asió de las manos.

—En cuanto haga buen tiempo, me iré a hacer el Camino. Así que más te vale traerte a ese buen hombre aquí, para que te cuide con el embarazo. Que luego tendré que estar con el bebé pringando y no tendré tiempo de Caminos.

—¡Papá! —José se echó a reír con ganas.

—Déjame ser un abuelo al que se le caiga la baba. Un abuelo joven, eso sí.

—Te quiero mucho, papá.

Lo apretó contra así.

—Y yo a ti, y al bebé, lo que más quiero del mundo.

Se puso en marcha dos días después, recuperada del todo y con suficientes fuerzas para afrontar una dura jornada con los abogados. El seguro de decesos se hizo cargo del cadáver de Raúl, así como su familia, con la que apenas tenía contacto. Raúl era hijo único y sus padres habían fallecido años atrás. Solo le quedaban tíos y primos, que se pegarían por rapiñar lo que pudiesen de la abultada herencia.

Entró en el piso donde solían residir en invierno y del que salió despavorida meses antes. Todo estaba impoluto, como de costumbre.

Dejó la maleta en la habitación de invitados, pues no concibió dormir en la de matrimonio, aunque sí entró y la observó en silencio. Cogió algo de ropa y zapatos, sus enseres personales, maquillaje y otras cosas necesarias, y cerró la puerta tras de sí, para siempre. Aquel apartamento no lo quería, pues formaba parte un pasado a olvidar.

Durmió en cierto modo tranquila, pero con el gusanillo de ver a Adrien en el estómago cuando lo visitara en el hospital al día siguiente.

Durante la mañana, acudió al centro hospitalario, pero a Adrien ya le habían dado el alta.

—Perdón, ¿y el sacerdote que estaba aquí? —indagó en la recepción de

aquella planta.

—Como ya estaba mejor, lo mandaron para casa. ¿Usted es la mujer que estaba en la 406? —preguntó la auxiliar.

—Sí...

—¿Y cómo está? Debe ser durísimo...

—Estoy bien. Em... ¿Y sabe dónde podría encontrar al padre Adrien?

—Siento no poder ayudar...

—Gracias.

Se despidió, con ánimo desinflado.

Acudió primero a ver a los abogados, antes de volver a buscar a Adrien a la Archidiócesis.

—Lorena, pase —le dijo el abogado personal de Raúl.

Se sentó delante de la mesa.

—Bien. Esta tarde se dará lugar a la lectura del testamento, a las 18:00, en la notaría de siempre.

Lorena ya conocía la dirección.

—¿Y cómo ha ido el entierro?

—Bien. Sin incidencias.

—Yo... No sé lo que dirá el testamento, pero no quiero nada.

—Lorena, le aconsejo que no renuncie a todo, quédese al menos el piso, o el chalé. Son bienes gananciales.

—No, no quiero nada. Ya se lo dije a él cuando le pedí el divorcio.

—Y yo le aconsejé que la dejara divorciarse, pero...

—No estaba en sus cabales, Alfonso, es evidente.

El hombre suspiró, asintiendo con la cabeza.

—Piénselo bien.

—Lo haré, no le quepa duda. Nos vemos esta tarde.

Se levantó y le tendió la mano al abogado.

—Lamento todo lo que le hizo. No me lo podía creer... No hubiera podido

defenderlo en un juicio, éticamente es superior a mí.

—Ya no importa, Alfonso. Hasta la tarde —reiteró ella, y se fue.

Después de comer algo, por el bien de feto, acudió a buscar a Adrien a la Archidiócesis. Le atendió de nuevo la misma persona que la vez primera.

—El padre Adrien se ha ido directamente en casa de sus progenitores.

—¿Y me podría dar la dirección?

—No, señorita.

Lorena ya se lo temió.

—¿Conoce a un sacerdote llamado Bernardo? Muy amigo del padre Adrien.

—Sí, casualmente aún está aquí.

—¿Le podría usted llamar de mi parte?

—Faltaría más. Tome asiento, por favor.

—Gracias.

Estuvo cerca de una hora esperando al padre Bernardo, hasta que este apareció. Ansiosa, Lorena se dirigió hacia él, que la saludó en voz baja.

—¿Qué haces aquí?

La mujer se retorció las manos.

—Necesito hablar con Adrien. Es muy urgente.

—Lorena, por favor... —La miró con reproche—. Además, está convaleciente.

—Ya lo sé. Pero quiero verlo.

—No creo que a sus padres les guste la idea. Ahora está con ellos.

Lorena se miró los zapatos.

—Y su madre ya has visto el genio francés que se gasta. Así que te desaconsejo, fervientemente, que sigas insistiendo —se puso algo brusco.

Lorena se armó de valor ante aquella actitud.

—Quiero confesarme.

—Tengo entendido que no eres practicante.

—Ni si quiera soy creyente. Pero quiero confesarme y que lo hagas tú.

—Si eres atea no se puede.

—Mis padres me bautizaron, hice la comunión, la confirmación y me casé por la Iglesia. ¿Suficiente?

Bernardo no tuvo más que decir y le indicó que la siguiera, claudicando.

Ya en el confesionario de una de las capillas, cada parte se sentó en su apartado correspondiente.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Bien, Lorena. Puedes contarme todos tus pecados.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

—No te burles —se molestó él.

—¿No es eso lo que se dice?

—Ve al grano —la instó.

—Me acosté con Adrien y me quedé embarazada —susurró por lo bajini.

—¿Qué?

—Que me acos...

—Shhhh —la silenció—. Ya te he oído. ¿Estás encinta de él? ¿No era de tu difunto marido?

—No. Eso fue una mentira para conseguir que no nos matase —masculló de nuevo.

—¿Estás segura?

—¿Te crees que me acuesto con todos los tíos que pasan por delante? Claro que estoy segura. Las cuentas no fallan —musitó, ofendida.

Bernardo se quedó en shock un rato y Lorena se impacientó.

—¿Me vas a decir ya dónde viven sus padres?

—Vete a la salida y te daré un sobre con la dirección.

—¿Me puedo ir ya?

—Reza un Padre Nuestro y dos Ave María. Ve con Dios.

Lorena salió de la archidiócesis con el sobre en la mano, temblando. Lo metió en el bolso y fue a la lectura del testamento. Allí se encontró de pleno con las dos tías que le quedaban a Raúl, y sus hijos. No tenía buena relación con ellos, como tampoco la tuvo Raúl en vida. Apenas si la saludaron.

Tomaron todos asiento y se procedió a ello.

Todos habían recibido unas instrucciones sencillas para entender aquel proceso jurídico por lo que, probablemente, aquella tarde no se resolvería del todo.

—Bien —comenzó el Notario—, en cada sobre tienen ustedes lo que sería una copia del testamento. Les ruego no me interrumpen y que las dudas se presenten al finalizar.

Lorena fue leyendo a la vez que el hombre dio las pautas. Como esperó, le había dejado casi todo y unas pequeñas, pero nada despreciables, cantidades a sus tías y primos, por igual.

Por supuesto, estos últimos elevaron sus quejas, esperando más de Raúl.

—Que esta estúpida herede todo, qué poca vergüenza, si se quería divorciar de él —comentó una de las tías.

—No ha ido ni al entierro —dijo la otra.

Lorena suspiró y las miró con cara de rabia.

—¡Cómo voy a no querer divorciarme de un hombre que me maltrató!

—¡No tienes pruebas de eso!

—¡Os parece poco que me secuestrara y amenazara con matarme! ¿Eso también está en mi cabeza?

Se quedaron calladas ante la evidencia.

—De todos modos, presento mi renuncia a todo, aunque me pertenezca por ser su viuda y tener bienes gananciales.

A los familiares de Raúl le hicieron los ojos chiribitas y el abogado suspiró, asumiéndolo.

—Alfonso, por favor, encárguese usted de todos los trámites que deba firmar, tengo que marcharme.

Lorena no aguantó más las malas miradas, las feas palabras y el tiempo perdido.

—Y todos vosotros, idos a tomar por culo, gilipollas avariciosos. Ya podéis reventar con la puñetera herencia.

Al salir de la notaría, Lorena se sintió libre del todo. Dejó atrás a Raúl por fin. Y en cuanto abandonase el piso, más aún.

Abrió, ansiosa, el sobre que le dio el padre Bernardo, y leyó la dirección.

—Viven en La Moraleja.

Esa gente era jodidamente rica.

## Capítulo 33

Adrien estuvo en el hospital un par de días y luego el dieron el alta. Volvió a casa de sus padres con paciencia, esperando estar mejor para poder volver a Zamora sin miedo a que se le abrieran los puntos.

Estaba como al principio; sin saber nada de Lorena. Pero se sintió tranquilo porque iría a buscarla a Zamora a la mínima oportunidad.

Su madre, en especial, estaba totalmente en contra de eso. Bernardo también intentó convencerlo de lo contrario.

Aquella tarde, este incluso fue a verlo.

—¿Cómo estás del brazo?

—Bastante bien, parece ser.

—Rezo por ti. —Adrien le sonrió, contento. —Em... ¿Has sabido algo de Lorena?

—No.

—Te veo muy tranquilo con eso.

—Es que lo estoy.

—No vas a seguir con el sacerdocio...

—¿Tú qué crees?

Bernardo no dijo nada.

—No tenemos que dejar de ser amigos. Lo somos desde los veinte años.

—Ya lo sé...

Adrien alargó el brazo sano hacia él y le tocó el hombro.

—Gracias por todos tus consejos. Hiciste lo correcto.

—Pero no conseguí retenerte al lado de Dios.

—No me he ido de su lado, solo he tomado otro camino. Sin embargo, él seguirá conmigo. Eso nunca cambiará. Dios es amor.

Bernardo sonrió con una lagrimilla en un ojo, que no tardó en retener.

Lorena dirigió el coche hacia Alcobendas, donde se situaba La Moraleja, y entró en la urbanización residencial. Con el GPS del nuevo móvil llegó hasta el chalé de los padres de Adrien. Aparcó y se bajó, dispuesta a todo.

Tocó al telefonillo, nerviosa.

—¿Sí? —una voz femenina le atendió.

—Busco a Adrien.

—¿De parte de quién?

—De Lorena Pérez.

—Un momento, por favor.

Minutos después, la mujer volvió a hablarle por el telefonillo.

—Lo siento, pero no está. Buenos días.

—Pero...

Se escuchó el sonido de corte de conexión. Volvió a llamar, aunque no le contestaron.

La situación estuvo clara; no la dejarían entrar.

Se quedó dentro del coche hasta que fue bastante tarde y decidió irse a casa, con el tesón de volver a la mañana siguiente.

Y así lo hizo, volvió a personarse en la verja y llamar al telefonillo. La

segunda vez le contestaron los mismo, pero al tercer día directamente ni le respondieron pues se trató de un interfono con cámara.

En algún momento, Adrien o sus padres tendrían que salir, por lo que decidió quedarse toda la cuarta jornada, llevándose comida y bebida. Ese día no llamó y se quedó aparcada a distancia prudencial.

Habló con Pili y con su padre, por entretenerse. Incluso se bajó un libro de Amazon para leer en las horas muertas.

Bufó, dolorida por la postura tantas horas.

Alrededor de las seis de la tarde, un coche salió de la finca, así que se bajó rápidamente y corrió tras él. El auto se fue, pero en algún momento tendría que volver, por lo que esperó de nuevo, en aquella ocasión de pie al lado de la entrada, pasando un frío tremendo.

Se puso a llover, así que se colocó la capucha, pero acabó empapada hasta los huesos.

El coche volvió, y tocó a la ventanilla, mientras las verjas le daban paso. Vio a la madre de Adrien, que le instó al conductor, que debía de ser su marido, a no hacer caso.

La cuarta jornada terminó de forma infructuosa.

Bastante derrotada, con un agotamiento tremendo, Lorena se fue una noche más a casa.

—Joder... —dijo al entrar en el coche de José, chorreando. Encendió el calefactor, pero fue insuficiente y llegó al apartamento con el cuerpo temblando.

Se metió rápidamente en la ducha, para entrar en calor y desentumecerse.

Al salir escuchó el interfono repetidas veces, por lo que corrió hacia él, extrañada por las horas que eran.

—¿Diga? —Observó la imagen y se quedó congelada al ver de quien se trataba.

—Soy Adrien...

Durante unos segundos no pudo reaccionar. Luego, con rapidez, le abrió.

Nerviosa fue a quitarse el turbante de la cabeza y desenredarse el cabello.

El peine se le quedó colgando en una maraña de pelo.

—¡Joder! —Estiró hasta casi arrancarse la cabellera, mientras el timbre sonaba—. Voy, ya voy —se dijo para sí, nerviosa.

Finalmente se quedó en albornoz, al no darle tiempo a ponerse algo decente encima. Abrió la puerta, casi histérica, respirando con dificultad.

Adrien la miró y sonrió. Llevaba el brazo en cabestrillo.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro... —Le cedió el paso y cerró la puerta tras de sí.

—Perdona, acabo de salir de la ducha y no me ha dado tiempo a vestirme.

—Ve, no cojas frío. Espero aquí.

—No, no, por favor, pasa al salón —le indicó.

Adrien se sentó en el sofá, evidentemente nervioso.

Lorena se puso unos leggins, una camiseta y las zapatillas de ir por casa. No fue un atuendo muy sexy. Se secó un poco los cabellos, pero no aguantó más la espera y se quedó a medias.

—¿Quieres algo de beber?

Adrien se levantó al verla aparecer. Se la quedó mirando sin saber muy bien qué hacer.

—Te quiero pedir disculpas por el comportamiento de mi madre.

—Ella solo quiere protegerte.

—Ella solo quiere controlar al único hijo que cree que le queda —dijo, avergonzado—. Perdona también por haber tardado en llegar. Primero llamé al colegio para saber el número de tu padre, luego a tu padre que me dio esta dirección.

—Has sido muy rápido...

—He perdido el culo por dar contigo —contestó.

Se acercó a ella sin dudar y la rodeó por el cuello con el brazo sano, besándola después con efusividad, sin aguantarse las ganas.

Fue un beso apasionado, lleno de anhelo, de ganas, de hambre. Lorena lo abrazó por la cintura, agarrándose a su chaqueta negra con fuerza.

—Perdóname, por ser tan cobarde... —musitó Adrien, mirándola a los ojos—. Si no te hubiera dejado ir aquella tarde que me buscaste, si no me hubieran hecho creer que elegir a Dios era el camino correcto, no habría pasado nada de todo este despropósito. Si no hubiera estado tan enfadado con tus errores, cuando los errores fueron culpa mía también.

Lorena se derritió solo de escucharlo susurrar aquello, con su ligero acento francés.

—Mi padre me dijo que estabas fuera, bajo la lluvia. Mi madre se enfadó mucho con él.

—Llevaba cuatro días esperando a que saliera alguien —se echó a reír, apoyada en su pecho.

—Vida mía, lo lamento. No tenía ni idea. Cuando salí a por ti, bajo el aguacero, ya no estabas.

—Pensaba volver mañana... Y cada día, hasta verte y decirte que est...

Adrien atrapó sus labios de nuevo, le acarició con la lengua la suya, suspiró en su interior.

—No puedo más, te deseo —gimió él.

Lorena le cogió de la mano y lo llevó hasta su cama en la habitación de invitados. Le quitó el abrigo empapado, que solo llevaba enfundado en un brazo.

—¿Te duele el hombro?

—No te preocupes —tironeó de la camiseta de ella al decirlo, ansioso por ver su anatomía y poder tocarla.

La mujer se despojó de toda la ropa con rapidez, y lo ayudó a hacer lo mismo a él. No pudo quitarle la camisa, pero se la desabotonó para ver y tocar su vello y su piel ardiendo.

Adrien le acarició los pechos con la mano libre.

—Vendería mi alma al Diablo por poder tocarte con las dos manos —bromeó él.

Lorena se sentó sobre su pelvis, encima de la tremenda erección y los testículos hinchados. Él gimió al sentir sus húmedos labios vaginales frotarse

así.

—Te echaba de menos... —jadeó Adrien.

—Y yo...

Lorena se ayudó con las manos para introducirse su candente sexo erecto, respirando agitadamente. Con mucho cuidado, se tumbó sobre su pecho, rodeando su cuello con un brazo.

—No quiero aplastarte el hombro.

Adrien la observó y se echó a reír.

—Quítame las gafas, tengo esta mano ocupada —rogó, apretándole una nalga. Ella hizo realidad su petición y luego lo besó, moviendo las caderas y la pelvis, arriba y abajo, con cadencia. Aquella mano se deslizó por debajo de cuerpo, buscando el clítoris, que apretó poco a poco.

Un gemido de Lorena le indicó a Adrien que estaba disfrutando.

—Estoy muy cachonda —confesó, sin dejar de suspirar de gozo.

—Córrete mil veces, cariño.

Adrien dejó que ella hiciera todo el trabajo, pues él no pudo hacer esfuerzos físicos.

Lorena se dejó llevar, no quiso demorar más su inminente orgasmo.

—Quiero que... me... lamas —susurró sobre la oreja del hombre. Este se echó a reír y asintió con la cabeza.

Lorena puso su sexo caliente sobre el rostro de Adrien, que se deleitó con lo que tenía encima. Con la mano libre se masturbó poco a poco, aumentando la velocidad a medida que aquello le excitó.

Ella se sujetó al cabezal de la cama, retorciéndose y moviendo la pelvis, completamente extasiada. Agarró a Adrien del cabello también, para apretarle la cara contra la entrada a la vagina, donde más placer le daba su lengua. Cada gemido fue más intenso, hasta alcanzar el orgasmo.

Descansó casi sin respiración, y se levantó con cuidado, poniéndose al lado del cuerpo de Adrien, que siguió masturbándose.

Ambos se miraron y besaron.

—Tu boca sabe a mi coñito... —susurró ella y el sacerdote se echó a reír.

—Y yo quiero que la tuya sepa a mi poll... —Lorena no le dejó acabar, acallándolo con un beso profundo y sexy. Le apartó la mano de su pene y comenzó a frotarlo ella, antes de deslizarse entre sus piernas y aposentarse en medio. Se dedicó a lamerlo de arriba abajo, le mordió los velludos testículos, y acabó por metérselo en la boca. Ella misma deslizó la mano entre sus propias piernas, para estimularse.

Adrien miró al techo con ojos vidriosos, disfrutando lo que un día creyó que nunca más volvería a sentir: el sexo y el amor de Lorena.

Sonrió y se dejó llevar completamente del todo.

—Así... —fue lo único que pudo decir, todo lo demás fueron jadeos que crecieron junto con el orgasmo.

Lorena sintió el chorro de semen dentro de la boca, y se lo tragó completamente. Luego besó el miembro de su amante y lo dejó descansar.

Volvió a colocarse a su lado y Adrien le limpió los labios, tras lo cual los besó varias veces.

—Tócame... —demandó ella, con un gemidito avergonzado, hundiendo la cabeza en su cuello.

—¿Otra vez?

—Sí... Sabes que siempre me pasa contigo.

—Te pongo tonta, ¿eh?

—Completamente —admitió.

Un dedo de Adrien fue introducido en la candente vagina de Lorena y vibró en su interior.

—Sí, así, justo así... —se retorció de gusto.

—Qué guapa estás cuando te excitas. Eres preciosa —besó repetidamente sus mejillas y boca. Ella le sujetó la cara con ambas manos.

—Tú sí que eres guapo, joder... oh, sí... así... —Adrien se echó a reír. Hundió el rostro entre los pechos, para lamerlos, sin dejar de insistir con la penetración manual.

—Me encantan tus tetas, tu culo, tu coño... Todo me encanta —le hizo saber, para excitarla más.

—Me corro... Oh, sí, me corro... —Lorena se dejó llevar y apretó a espasmos la vagina, con el dedo dentro. Adrien sintió esas convulsiones, satisfecho. Luego la abrazó contra sí, asiéndola de la nuca y besando su oreja.

—Te quiero mucho —musitó.

—Y yo...

—Voy a dejar el sacerdocio por ti. Y esta vez no te voy a pedir que esperes o tengas paciencia. Tiene que haber un período para obtener la dispensa, pero lo haré bien. Solo eso.

—¿Y mientras tanto?

—Quiero vivir contigo. Aunque igual es muy precipitado, pero para mí todo esto es nuevo. Aunque entendería que tú quisieras esperar a que me dieran la dispensa.

—Soy atea, yo no tengo que esperar.

—Casi perfecta —susurró—. Pero lo pasaré por alto.

—Lo mismo podría decir yo.

Adrien sonrió con picardía.

Lorena estornudó, por lo que pusieron la calefacción y se taparon.

—Menudo chaparrón me cayó encima antes.

—Pero ¿cómo sabías dónde viven mis padres?

—Tuve ayuda.

Adrien se puso a pensar, hasta que cayó.

—Bernardo. Ya decía yo que estaba raro cuando vino a verme el otro día.

—Sí. Se resistió un poco, pero al final me lo dijo.

—Es un buen hombre, y un buen amigo. Desde el principio intentó persuadirme. No lo hizo con mala intención, ni tiene nada contra ti.

—Ya lo sé. Me cae bien.

Adrien le tocó la tripita con cariño.

—¿Me dejarás criar a la niña?

Lorena se quedó perpleja.

—Ya sé que es de Raúl, pero...

—Adrien... Raúl era estéril, no yo.

—Tú le dijiste que estabas embarazada. ¿No era cierto?

—Sí, lo estoy. Estoy gestando, pero él no es el padre, lo eres tú.

Adrien se quedó de piedra.

Lorena sintió temblar aquella mano posada en su vientre, así que se la asió con fuerza.

—Intenté decírtelo... Y no me dejaste... Luego tuve que inventar que era de él, fingirlo, para que no me matase. Apelé a eso y funcionó. Pero tú eres el padre.

Adrien se echó a llorar como un niño pequeño.

—¿Seré papá? ¿De una niña?

—Aún no se sabe el sexo —Lorena se echó a reír, de gozo.

—Os quiero mucho, de verdad, soy muy feliz. Si este es el camino que Dios preparó para mí, lo acepto con creces. Si el ser sacerdote me llevó a ti, está bien. Si dejar de serlo para tener una familia es su forma de decirme que puedo servirle, entonces está bien —repitió.

—Cada uno lo ve a su modo. Si tuve una vida anodina y triste con Raúl, para al final conocerte y poder darme cuenta de lo que es el verdadero amor, está bien también.

—Los caminos del Señor son inescrutables...

Lorena se acercó a su rostro y le robó un tierno beso.

—Así que le hiciste una promesa que no quieres cumplir.

Él negó con la cabeza.

—Me ha dado permiso para no cumplirla.

—Ya me va cayendo mejor...

—Lo sabía...

Y se quedaron abrazados, sintiéndose el uno al otro toda la noche.

## Capítulo 34

Lorena se despertó con la claridad del sol y se encontró a Adrien mirándola con ojos entornados. Él le quitó el cabello del rostro con delicadeza, y luego le acarició la piel de la mejilla y los labios entreabiertos, antes de atraparlos con los suyos y convertirlos en un beso entre dulce y apasionado.

El corazón de ella latió con fuerza y sintió cosquillas en el estómago.

—Estaba dando gracias a Dios.

—¿Por qué?

—Por tenerte a mi lado. De que esta vez no tengas que irte a ningún sitio, ni yo tampoco. Ni de escondernos.

—¿No vamos a escondernos? —le preguntó a Adrien, sorprendida.

—No. Y, si quieres, vamos a casa de mis padres y te los presento.

La cara de Lorena fue un poema.

—Veo que no te hace especial ilusión.

—Tu madre me llamó zorra y me dejó bajo la lluvia. Le faltó decirle a tu padre que me pasara por encima con el coche.

Adrien se echó a reír, pero se dolió del hombro.

—¿Estás bien?

—No me he tomado la medicación. Así que voy a tener que volver.

Lorena se vio en la tesitura de elegir si acompañarlo o no a La Moraleja.

—Voy contigo y que sea lo que Dios quiera.

—Dios quiere que estemos juntos.

—¿Hablas mucho con él? —se burló con una sonrisa en la boca.

—Mucho. Y no te mofes o me enfadaré.

Adrien se levantó para ponerse la ropa. Lorena le abotonó la camisa y le subió la bragueta del pantalón, aprovechando para frotar su erección matinal.

—Eres mala —ronroneó antes de robarle un beso, mordiéndole el labio inferior.

—Te salvas porque quiero que te tomes tus calmantes.

—¿Y no te molesta tener relaciones con el embarazo? —Le tocó la tripita.

—Qué va, estoy más cachonda.

—Voy a ser papá... —dijo, como si ella no lo supiera.

—Sí...

—Qué feliz soy. —La rodeó con el brazo—. Nunca creí que lo fuera a ser, tenía envidia sana de mi hermano. Cuando se lo cuente...

—¿Él sabe algo de lo nuestro?

Adrien asintió con la cabeza.

—Le llamé la vez que te fuiste a Francia.

—¿Qué te dijo?

—Que mandase todo a la mierda y te eligiera a ti.

—¿Y por qué te resististe?

—Estaba enfadado contigo y tu actitud, dejándome con una nota.

—Vale... Lo siento. Sé que en esta relación no he hecho más que cagarla una y otra vez.

—Un poco bastante.

Adrien le dio un beso en la comisura de los labios y la miró de cerca.

—Qué bonita eres.

—Y tú qué guapo...

—No tanto.

—Ya lo creo que sí —se echó a reír.

—Bueno, vamos, tengo que medicarme, me duele —se quejó.

Lorena se vistió e intentó peinarse, con una cola de caballo. Después de eso partieron en el coche de José y llegaron al chalé. Sin salir del auto, la mujer agarró la mano libre de Adrien en un acto de pavor.

—Tengo miedo. Sé que no me van a querer.

—¿Y qué? Tendrán que saber que van a ser abuelos.

—¿También piensas decírselo?

—¿No estás de acuerdo?

Lorena dudó.

—Está bien.

—Vamos, de mi mano, sin soltarnos ni un segundo.

Caminaron así, con los dedos entrelazados fuertemente. Él le insufló valor de aquella manera tan íntima.

Entraron y caminaron por el empedrado lleno de charcos de la tormenta nocturna, aunque brillaba el sol por fin.

—¿Preparada?

—No... —gimoteó.

Adrien sonrió, pero luego puso cara seria al entrar, más parecida a la de cuando lo conoció.

—Me sorprende cómo cambias... —susurró—. Cuando te pones en plan robot.

—Con un palo metido en el culo, ya lo sé.

Ella se aguantó las ganas de reír que, con los nervios, estuvieron a punto de dispararse en medio del hall.

La asistenta de la casa los recibió con cara de susto al ver a Lorena allí.

—No pasa nada, Adela. ¿Están desayunando en la salita?

—Sí, y su madre muy disgustada.

—Lo imagino... Antes de nada, vamos a mi cuarto a por la medicación.

—Prefiero esperarte aquí, me da reparo subir...

—Vale, ahora bajo.

Lorena se quedó sentada en una silla, frotándose las manos de puro nerviosismo.

—¿Quiere algo de beber?

—Agua, por favor —agradeció con la boca seca y tragando saliva.

Adela se fue con pies de plomo, sabiendo que se iba a armar la gorda en cuestión de minutos.

Lorena se dispuso a escribir a su padre por el chat, por distraerse, cuando la madre de Adrien apareció ante ella en actitud desafiante.

—Fuera de mi casa, zorra —fue directa a herir.

—Cuando baje Adrien, señora —le contestó, levantándose.

—Lo has seducido, has conseguido que quiera dejar el sacerdocio.

—Yo no lo he seducido. Surgió entre ambos de forma natural.

—¿Natural? Qué poca vergüenza. Venga, sal de mi casa ya.

La señora la agarró del brazo y Lorena se soltó con rabia.

—¡No me toque! Cuando baje Adrien me iré, no antes.

—Pues llamo a la policía. ¡Adela! —chilló.

Esta apareció con el vaso de agua en la mano, que dejó en la mesa de la entrada.

—Llama a la policía local.

—¡Mamá! —El hombre bajó las escaleras rápidamente—. ¡No vuelvas a

faltarle al respeto a Lorena!

—*Je n'aime pas qu'elle soit chez moi.*

—*Je vais l'épouser.*

—*Tu es un prêtre!*

—*Non, mère!* —se encaró a su madre, que era mucho más baja.

—*Mon Dieu, quelle aversion... Un fils homosexuel et un fils comme toi...*

—se echó a llorar, sentándose en una silla, disgustadísima.

Lorena los escuchó atentamente, pero sin entender una palabra de francés.

Adrien se dio cuenta de inmediato.

—Se acabó hablar en francés delante de ella, no nos entiende.

—¡Ni falta que me hace que no me entienda! —cambió al español.

De pronto, apareció el padre del sacerdote, que miró a su esposa.

—Ya está bien, Apolline.

—Pero Víctor...

—Pero nada.

Luego miró a su hijo, seriamente.

—Adrien, te voy a hacer la misma pregunta que cuando te fuiste al seminario. ¿Estás seguro de tu decisión?

—Sí, papá —contestó tajantemente.

—Te veo más seguro ahora que entonces.

—No me arrepiento de nada. Ni de haberme ido al seminario, ni de ordenarme, ni de los estudios que realicé, ni del viaje a Roma, ni mucho menos el haberme enamorado de esta mujer. La quiero con toda mi alma, más de lo que quiero a Dios. Y eso hace incompatible que siga ejerciendo el sacerdocio.

—¿No ves que te ha engañado? —inquirió Apolline, señalando a Lorena.

—Discúlpeme, señora, ¿en qué le he engañado yo? —se le encaró Lorena, ofendida y harta de su maltrato y desprecio.

—Haya paz —aplacó los ánimos Víctor.

—Ella no me ha engañado en nada. Fui yo el que la busqué desde el principio.

—¡Qué vergüenza! —exclamó su madre.

—Bueno, yo también lo busqué... —intervino Lorena—, fue algo mutuo.

Adrien la cogió de la mano con fuerza y la miró.

—Tenemos que decírselo, cariño.

—¿Eso...?

—Sí, eso.

Ella se sintió mareada por el agobio.

—¡Lorena!

Adrien intentó sujetarla y su padre le ayudó a llevarla a otra silla.

Adela le dio el agua, que Lorena bebió con avidez.

—Gracias...

—¿Estás bien, cariño?

Cada vez que Adrien mostraba afecto por Lorena, Apolline emitía bufidos.

—Sí, mejor sentada, así no me caigo de culo.

—Si quieres lo aplazamos.

Ella negó con la cabeza y lo miró a los ojos, luego dirigió su mirada hacia los padres de Adrien, y se armó de valor.

—Estoy embarazada —soltó a bocajarro.

Apolline se quedó muda.

—¿Embarazada de mi hijo? —preguntó su marido.

—Claro que sí, papá —Adrien se indignó.

—¡A saber de quién es! —exclamó Apolline.

El sacerdote fue a replicar, pero Lorena le detuvo y se levantó.

—No sé por quién me toma. Pero mi marido era estéril.

—No hablo de tu marido.

—¡No me he acostado con nadie más, ni soy una zorra! Y estoy harta de

que me falte así al respeto, y a su hijo también. No tengo por qué aguantar esto más.

—En vez de alegrarte, deduces que no es mío —le reprochó Adrien a su madre.

—No me voy a alegrar de que mi hijo cura tenga una querida embarazada.

—Como tampoco de tener un hijo gay con una niña adoptada —le soltó Lorena.

—¡Cómo le has dicho eso! —se dirigió a su hijo.

—Yo no me avergüenzo de mi hermano, ni de mí mismo. Sois vosotros dos —también miró a su padre al decirlo—. Pero no os preocupéis, que vais a ser una pareja que nunca tuvo hijos, a este paso, ni nietos. Porque yo me voy con Lorena hoy mismo.

Adrien la cogió de la mano con más fuerza, y la miró. Ella sonrió.

—Recogeré esta tarde mis cosas. Vámonos —le dijo suavemente a Lorena.

—¡Adrien! —le llamó su madre.

—¿Qué?

Ella pareció dudar. Le temblaron las manos.

—Lo que quiere decir tu madre, y no sabe cómo, es que te quiere y se preocupa por ti.

—Eso ya lo sé, papá. Pero así no se hacen las cosas. No podéis verlo blanco o negro, ni pretender que yo, con casi 40 años, no decida por mí mismo. Disfrutad de vuestra jubilación con vuestros nietos, hijos y parejas, no de la soledad de la vejez por empecinaros en lo creéis que está bien o mal.

Sus padres se quedaron callados.

—Pensadlo con detenimiento. Vamos, Lorena.

Ambos salieron de la casa y Adrien la estrechó contra sí al caminar hacia la verja.

—Qué bien hablas.

—Soy un buen orador, pero como no querías venir a mis misas...

—Me gustabas, Adrien... Y no quería verte ahí inalcanzable.

—Y porque eres atea.

—También.

Adrien la miró y le dio un beso suave. A Lorena le fascinó cómo él la observó, totalmente enamorado.

—Oye... ¿Qué le decías a tu madre en francés?

Adrien se ruborizó, dudando en responder.

—Que... Que me iba a casar contigo...

Lorena abrió mucho los ojos.

—¿Ah sí?

—Me salió... tal cual. Perdona. No he sido muy ortodoxo dándolo por hecho.

Lorena se empezó a partir de la risa y Adrien se puso más rojo.

—¿Para ti es importante que nos casemos?

—Sí... Creo en el sacramento del matrimonio.

—Con un par de condiciones.

Lorena lo abrazó por el cuello, donde apoyó su cabeza y le besó la piel caliente.

—Solo si es por el juzgado y dentro de un tiempo.

Adrien se molestó.

—Piensa que he estado casada diez años.

—No me compares con ese... ese desgraciado.

—Sí, te comparo. Tú eres maravilloso, entregado, cariñoso, bueno... Te quiero demasiado. Solo te pido un poco de tiempo para asimilar que soy viuda, que voy a ser madre, que empiezo una nueva vida contigo...

Le acarició la cara y él besó la palma de su mano.

—Siempre me convences...

—Ahora quiero que vuelvas con tus padres, y hables con ellos. Te esperaré en mi casa, haremos las maletas y nos iremos a Zamora.

Adrien sonrió.

—Tienes una sonrisa preciosa. Al principio de conocernos no sonreías nada en absoluto.

—Siempre he sido serio. Y empecé realmente a sonreír, de este modo, cuando te miraba de lejos a hurtadillas, o salías del despacho.

—¿Me espiabas?

—No deliberadamente, sino cuando te veía hacer tareas.

—¡Por eso supiste que me escondía!

Adrien se echó a reír a carcajadas y asintió con la cabeza.

—Capullo.

—Yo me divertí un montón.

—Ve con tus padres, nos vemos luego.

Adrien le asió de la nuca y la besó con ansia, tanta que a Lorena le excitó. Le devolvió todos los besos con igual ímpetu.

Jadearon al separarse.

—Te quiero, Lorena.

—Y yo a ti.

Ella le vio caminar en dirección a la puerta de entrada y sonrió, feliz por fin.

## Epílogo

Lorena había roto aguas horas antes y ya estaba en el Hospital Provincial de Zamora, dilatando y con terribles contracciones. Miró a José y a Adrien, que ponían esa cara de sufrimiento por empatía. Y los odió porque no tenían ni idea del umbral de dolor que tenía que soportar.

—¡Que me pongan la epidural! —gritó a pleno pulmón al sentir la última contracción.

—Cariño, no se te puede poner y lo sabes.

—¡Joder! ¡No me toques! —apartó a Adrien y volvió a agarrarse a las sábanas.

—No recuerdo que tu nacimiento fuera tan doloroso para la mamá —dijo José.

—Papá, vete fuera.

—Pero...

—Paso vergüenza, papá. Estoy con las piernas abiertas.

—Muy bien, muy bien —rezongó y se marchó.

En el pasillo se encontró con Pili, que iba a verla tras enterarse de que se había puesto de parto.

—Probablemente te chille, chiquilla. Está de muy mal humor.

—Es normal, José, duele mucho. Y los hombres os quejáis de un dolorcito de nada como si fuera el fin del mundo.

—¡No, si encima tendremos la culpa!

Pili se echó a reír y le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Qué tal estar a punto de ser abuelito?

—No sé, me hace ilusión y viejo a la vez.

—Váyase a la cafetería, aún quedarán horas para que suelte el bicho.

—Vale, maja. Gracias por ayudar tanto a mi niña.

Pili sonrió al verlo marchar retorciéndose las manos, tras lo cual entró en la habitación. Adrien la miró como si fuera su única salvación.

—¡Pili! Eres la primera persona que me alegro de ver... —gimoteó Lorena, sudando la gota gorda.

—¿Cada cuánto tienes contracciones?

—Diez minutos o así... La comadrona volverá en un rato a ver cuánto he dilatado.

—Venga, ya queda menos.

Evitó cogerle la mano, no se la espachurrara, pero le acarició el pelo y la cara.

—Te quiero, Pili, te quiero mucho —Lorena se echó a llorar como una magdalena.

Adrien se sintió algo celoso e intentó también acariciarle el cabello.

—¡Tú no me toques! ¡Estoy así por tu culpa!

—¿Qué he hecho yo?

—¿Cómo se hacen los hijos? —Le miró desafiante.

Adrien fue a quejarse, pero Pili le puso caras y decidió callar.

—Viene otra... —jadeó y berreó, entre espasmos, llorando. Pili la abrazó con fuerza.

La comadrona entró y comenzó a examinarla en cuanto se le pasó el dolor.

—Maja, esto ya casi está, se le ve la cabecita. Voy a llamar al doctor y que te lleven al paritorio.

—Dios, Dios, Dios... —susurró Lorena, muerta de miedo.

—El papá, que me acompañe si quiere prepararse para ver el parto.

—Sí. —Adrien se dispuso a seguirla, pero antes de irse del todo, besó a traición a Lorena, con fuerza.

—Estaré allí contigo.

—Vete a la porra... —sonrió al decirlo, y él al oírlo.

En el quirófano, Lorena siguió las instrucciones del médico ginecólogo. Intentó poner en práctica las enseñanzas de las clases preparto y respirar, así como tranquilizarse. Pero fue imposible.

—Lorena, haz fuerza —exigió el médico.

—Pero...

—¡Haz fuerza! —se reiteró en la orden.

Ella la hizo, muerta de cansancio tras tres horas allí en la camilla de partos, haciendo esfuerzos que nunca creyó posibles.

—Venga, ya sale... ¡Ya sale! ¡Fuerte, Lorena!

Adrien observó la escena, maravillado de cómo comenzaba una nueva vida, la de su hija. De que aquel cuerpecito saliera de Lorena.

Vio a Dios en ello, y se reiteró que había elegido el camino correcto.

La bebé comenzó a sollozar con rapidez, sana y entera. Le cortaron el cordón umbilical y luego procedieron a limpiarla.

Lorena se quedó derregada, pero con una sonrisa en la boca, medio dormida ya. Le pusieron a la niña sobre el pecho y la asió con delicadeza,

aterrada de hacerle daño a una personita tan pequeña.

Adrien besó a la bebé y luego a Lorena, llorando de pura emoción.

—Ahora nos la vamos a llevar un momentito —los informó una enfermera.

Lorena, ya sin fuerzas, se quedó dormida y Adrien dejó a los profesionales hacer su trabajo. Se quitó la bata y los guantes y salió a avisar a Pili y a José de la buena nueva.

El flamante abuelo se frotó las manos al ver aparecer a Adrien.

—Todo ha salido bien, no os preocupéis.

—¿Y Lorena? —indagó Pili.

—Se ha quedado agotada, luego la llevarán a una habitación, y a la niña.

—¿Estás contento?

Adrien echó la lágrima otra vez y José se dejó llevar con él.

—Igual que mi chico, de verdad. Para que luego digan que los hombres no son sensibles...

La reciente mamá se despertó, con Adrien al lado, y la bebé en una cunita.

—Está dormida... —informó él.

—Es muy fea... —fue lo primero que atinó a decir Lorena. Luego se echó a reír por lo bajo, dolorida.

—Es un bebé... Ya saldrá a su mamá en guapura.

—O a su papá.

Adrien acarició el cabello de Lorena, con amor.

—¿Y mi padre y Pili?

—Pili se tuvo que ir, y a tu padre le dije que se marchara a casa a descansar.

—¿Qué hora es?

—La una de la mañana.

Ella suspiró.

—¿Ya no me odias?

—Un poco —sonrió. Él la besó con la ternura de siempre, largo rato.

—Yo os amo mucho a las dos.

—Y yo...

—Hace un año que te conocí, Lorena... Y no me arrepiento de nada.

—Eso espero...

—Voy a llevar un poco mal la cuarentena —confesó.

—Y yo... —se echó a reír levemente—. Uf, me duele todo.

La niña comenzó a moverse y hacer ruiditos. Adrien corrió a su lado y la cogió cuando lloró un poco.

—¿Qué le pasa? —se asustó.

—Tendrá hambre.

Lorena se incorporó y abrió la bata. Él le tendió a la pequeña y la ayudaron con su primera comida.

—A partir de ahora se acabó dormir de una tirada. Mira cómo chupa la *jodía*.

—Me voy a poner celoso.

—Adrien...

—Es que se te han puesto enormes.

—Hace un año no pensabas en pechos grandes.

—Hace un año no pensaba que hoy tendría una hija con una mujer maravillosa, fuerte, valiente y guapa.

—¿Me puedo confesar? —preguntó Lorena, mientras daba el pecho a la niña.

—Sí... —jugueteeó Adrien, acariciando la cabecita de la bebé, que chupaba como una desesperada.

—Me he enamorado de un sacerdote...

—Vaya, eso es un pecado muy grave...

—Y él de mí...

—Uf... Más pecado aún.

—Pero... es el amor de mi vida. ¿Qué podemos hacer?

—Amaros...

Adrien sonrió y la besó. Luego a la chiquitina.

Había encontrado el camino de Dios teniendo su propia familia.

Lorena, por su lado, se sintió muy distinta al principio de la historia.

Aquella noche lluviosa perdió un zapato, pero ganó la felicidad.

*Fin*

**Otros títulos de Laura Barcali:**

*Despiértame cuando llegue septiembre*

*Cómo has cambiado mi mundo*

*Ángeles y Vampiros*

*Susurro de besos*

*La Flor del Mal*

*No te escondas*

*Confesiones*

*Razas*

